

RECSO

Revista de Ciencias Sociales



Volumen 2, año 2, Montevideo, 2011.

RECSO es la Revista de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica del Uruguay, publicación arbitrada de producción original en sociología, ciencia política y trabajo social, de frecuencia anual.

EDITOR

LEANDRO DELGADO
ledelgad@ucu.edu.uy

EDITORES ASOCIADOS

LUCÍA MONTEIRO
JAVIER PEREIRA

COMITÉ EDITORIAL ASESOR

PABLO MIERES
LUCÍA MONTEIRO
JAVIER PEREIRA
FEDERICO RODRÍGUEZ
IGNACIO ZUASNÁBAR

COMITÉ EDITORIAL ACADÉMICO

CÉSAR AGUIAR
Universidad Católica del Uruguay
JOSÉ AROCENA
Universidad Católica del Uruguay
LUIS EDUARDO GONZÁLEZ
Universidad Católica del Uruguay
MARÍA ESTER MANCEBO
Universidad de la República
ANTONIO PÉREZ GARCÍA
Universidad Católica del Uruguay
JOSÉ RILLA
Centro Latinoamericano de Economía Humana
Universidad de la República
CECILIA ZAFFARONI
Universidad Católica del Uruguay

COMITÉ EDITORIAL INTERNACIONAL

FRANCISCO ALBURQUERQUE
Consultor Internacional en Desarrollo Económico Local
MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ
Universidad del Rosario, Bogotá
JAVIER AUYERO
University of Texas at Austin
MARCELO CAVAROZZI
Universidad Nacional San Martín, Buenos Aires
ISMAEL CRESPO
Universidad de Murcia
FERNANDO FILGUEIRA
Comisión Económica para América Latina
y El Caribe, Santiago de Chile
CARLOS HUNEEUS
Centro de Estudios
de la Realidad Contemporánea, Chile.
RUBEN KAZTMAN
Universidad Católica de Chile
FERNANDO LÓPEZ-ALVES
University of California, Santa Bárbara
JUAN PABLO LUNA
Pontificia Universidad Católica de Chile
FRANCISCO PANIZZA
The London School of Economics and Political Science
MARIO RIORDA
Universidad Católica de Córdoba
BRYAN ROBERTS
University of Texas at Austin
ANTONIO VÁZQUEZ BARQUERO
Universidad Autónoma de Madrid
EUGENIO TIRONI
Universidad Alberto Hurtado, Chile

DISEÑO E IMPRESIÓN: MONOCROMO

Vázquez 1384, piso 8, apto. 12
11200 Montevideo, Uruguay
Teléfono: +598 2 400 1685
info@monocromo.com.uy

Las ilustraciones de este número registran las elecciones municipales en Montevideo el 9 de mayo de 2010 y no son necesariamente un comentario sobre el tema del dossier central. Pertenecen a Lucía Kacprzyznsky, estudiante de Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay.

Edición hecha al amparo del Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Papel)

ISSN: 1688-6682. ISSN en línea: 1688-7727. Depósito Legal: 354737

El contenido de los artículos y reseñas es responsabilidad de sus autores. No se pueden reproducir artículos ni parte de ellos sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN URUGUAY - PRINTED IN URUGUAY

PRESENTACIÓN

Esta revista constituye otro aporte a la tradición de enseñanza universitaria, investigación aplicada y servicio a la comunidad que, en el campo de las de Ciencias Sociales en Uruguay, ha venido impulsando la Universidad Católica desde hace más de veinte años. Aspiramos a contribuir al desarrollo de las Ciencias Sociales en el país y la región, al tiempo que generar insumos que permitan articular nuevas miradas y respuestas a los complejos desafíos que enfrenta nuestra sociedad contemporánea recibiendo artículos sobre sociología, ciencias políticas y trabajo social.

RECSO

Volumen 2. Año 2.

DOSSIER: POPULISMOS LATINOAMERICANOS DEL SIGLO XXI

- 10 *Introducción: El populismo en los tiempos de democracia*
ENRIQUE PERUZZOTTI
- 15 *¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? «¡Más populista será tu abuela!»*
FRANCISCO PANIZZA
- 39 *Populismo, rentismo y socialismo del siglo XXI: el caso venezolano*
MARGARITA LÓPEZ MAYA Y DINOLIS ALEXANDRA PANZARELLI
- 63 *Las tensiones no resueltas entre el populismo y la democracia procedimental*
CARLOS DE LA TORRE
- 81 *Consejeros del príncipe: intelectuales y populismo en la Argentina de hoy*
VICENTE PALERMO

ARTÍCULO

- 105 *Las naciones rioplatenses: la construcción de percepciones contemporáneas sobre la nación en militantes uruguayos y argentinos*
JORGELINA LOZA

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

- 131 *La co-construcción de políticas públicas en el campo de la economía social,* de Mirta Vuotto (compiladora)
PABLO GUERRA
- 134 *La participación de las juventudes hoy,* de Federico Rossi
JAVIER PEREIRA
- 137 *Construcción social de la discapacidad,* de María Noel Míguez
LIDA BLANC

DOSSIER

**POPULISMOS LATINOAMERICANOS
DEL SIGLO XXI**

Editor invitado: Enrique Peruzzotti

El populismo en los tiempos de democracia

El populismo es un término siempre polémico, que ha generado y continúa generando calurosas discusiones académicas y políticas. A pesar de que, en el abordaje inicial del tema en América Latina, se buscaba encorsetar al término limitando su capacidad explicativa a la descripción de una etapa histórica específica del proceso de modernización, asociada a la incorporación social y política de los sectores populares, el debate sobre el mismo continúa vigente aun cuando el contexto contemporáneo dista mucho de asemejarse a la coyuntura que dio luz a los regímenes nacionales-populares de la posguerra. Es que el populismo no puede ser reducido a un paquete de políticas públicas determinado o a cierto tipo de régimen político o a un período histórico específico sino que expresa una concepción particular de la política democrática. Es por eso que el fenómeno aparece en diversos contextos, regiones y formatos complicando la tarea de conceptualización del mismo. El populismo refiere a una peculiar manera de entender la política y la democracia; por lo tanto, cualquier análisis deberá confrontar analítica y conceptualmente una serie de tensiones y ambigüedades que atraviesan la idea misma de democracia.

Dichas tensiones y ambigüedades se reflejan en la contrastante valoración normativa del fenómeno: mientras muchos lo consideran como un obstáculo para el desarrollo y consolidación de una institucionalidad democrática, para otros el populismo es la expresión misma de la democracia y de lo político. Quizá en esta última afirmación encontremos lo que considero es el desarrollo más novedoso en lo referente al populismo en años recientes: su asociación con proyectos de democratización radical. Si bien siempre se había señalado la ambigüedad del populismo con respecto a cualquier proyecto democratizante —reconociéndosele al mismo su aporte al proceso de incorporación política— dicho reconocimiento estaba frecuentemente coligado con llamados de atención sobre las formas institucionales y estilos políticos que acompañaron a dicho desarrollo. El populismo clásico latinoamericano se asociaba a regímenes que eran simultáneamente más inclusivos y más restrictivos, que instituían una forma política que combinaba al mismo tiempo un mayor grado de democracia y de autoritarismo.

Dicha ambigüedad del concepto desaparece en algunas de las formulaciones presentes, en las cuales el populismo aparece inequívocamente como democrático. En años recientes, el populismo es considerado por algunos grupos políticos e intelectuales como el único proyecto capaz de impulsar un proceso de radicalización

de las democracias representativas existentes. En su versión contemporánea, el populismo es concebido como un necesario antídoto contra las dinámicas elitistas y despolitizantes que inevitablemente genera el propio juego de la democracia representativa. En esta concepción —y en abierto contraste con los argumentos clásicos acerca de dicho fenómeno— el problema no radica en el populismo sino más bien en la forma representativa de la democracia. Es el populismo el que promueve la verdadera política frente a las tendencias despolitizantes del juego institucional de los regímenes representativos. De esta manera, el debate en América Latina, que se inició a partir de una visión crítica de las experiencias políticas del populismo clásico, termina de completar un giro de 180 grados por el cual se lo valora como la expresión más sublime de la política democrática.

Los artículos que reúne este número presentan contribuciones originales de cuatro destacados académicos de la región. Dos rasgos comunes caracterizan a las cuatro intervenciones. En primer lugar, analizan la expresión contemporánea del populismo en diversos países que ya han experimentado un proceso de democratización, es decir, indagan sobre el aporte del populismo a la agenda de profundización o mejora de la calidad de las democracias existentes. En segundo lugar, los autores comparten una visión específicamente política del concepto considerando al populismo como una forma de la política democrática que se organiza alrededor de una apelación al pueblo que generalmente se construye de manera antagónica.

El artículo de Francisco Panizza analiza la naturaleza política del populismo. Su punto de partida es la consideración del populismo como una forma particular de construcción de identidades políticas, que puede asumir diversas modalidades y puede brotar en una pluralidad de contextos muy diferentes. Es por esto que el autor prefiere hablar, siguiendo la sugerencia de Michael Kazin en *The Populist Persuasion*, de «intervenciones» más que de actores o regímenes populistas. El artículo presenta una serie de dimensiones que se consideran frecuentemente presentes a la hora de establecer una relación de identificación entre el líder y sus seguidores. Según Panizza, las características que asuma cada intervención populista en particular dependerán del énfasis otorgado a cada una de estas dimensiones. De esta manera, podemos encontrar una multiplicidad de intervenciones populistas que se ubican, cada una de ellas, a lo largo de un espectro que gira alrededor de dos ejes: el de un populismo «leve» e inclusivo que actúa contra las inequidades sociales y políticas de determinado régimen sin eliminar el pluralismo y la institucionalidad democrática y un populismo «fuerte» o anti-sistémico que inaugura una política de confrontación que pone en riesgo la supervivencia de los mecanismos representativos de mediación institucional.

Carlos de la Torre analiza lo que, en debates recientes, se presenta como los casos que —tomando la metáfora de Panizza— se encuentran claramente ubicados en el eje de populismos fuertes o anti-sistémicos: Bolivia, Ecuador y Venezuela. Según de la Torre, estos tres países están experimentando con una forma radical de populismo

puesto que el objetivo de cada una de esas intervenciones populistas no es dinamizar el juego político representativo sino reemplazar la forma representativa de la democracia por un modelo de democracia sustantiva. De la Torre considera que los gobiernos de Evo Morales, Rafael Correa y de Hugo Chávez comparten un discurso de ruptura y refundación política que inevitablemente degrada la dimensión procedimental de la democracia representativa y liberal. La instrumentalización o el no reconocimiento de los diversos mecanismos de división del poder y de mediación institucional que caracterizan a la democracia representativa y la búsqueda de una nueva forma de democracia sustantiva generan, en su opinión, importantes riesgos para la democracia representativa. De la Torre destaca, sin embargo, diferencias entre dichos procesos y proyectos políticos en lo que hace a la relación entre liderazgo presidencial y participación social. Mientras que en Bolivia el proceso político parece estar alimentado por fluidas relaciones entre movimientos y organizaciones sociales y el Poder Ejecutivo, en Venezuela y Ecuador observamos una tendencia a manipular y/o organizar la movilización social desde el Estado.

El artículo de Margarita López Maya y Dinolis Alexandra Panzarelli hace un muy interesante análisis de lo que es generalmente considerado por todos como la experiencia política actual que más se asemeja al canon clásico del populismo latinoamericano: el chavismo. El trabajo analiza las condiciones que propiciaron un proceso de ruptura populista en Venezuela que posibilitó el triunfo y la consolidación en el poder de Hugo Chávez. Según las autoras, el chavismo no es un fenómeno novedoso en Venezuela sino que representa la más reciente (y probablemente también la más radical) expresión de una forma de hacer política muy arraigada en la cultura política de dicho país, cultura política que se alimenta simbólicamente de discursos nacionalistas y apelaciones al pueblo y, materialmente, del empleo discrecional de los ingresos fiscales del petróleo. El trabajo analiza los rasgos discursivos y los peculiares estilos y actitudes que contribuyeron a moldear el fenómeno político de Hugo Chávez y el chavismo. En la descripción que realizan las autoras aparecen elementos que han sido frecuentemente asociados con el populismo: el recurso a una retórica redencionista, nacionalista y polarizante. El lenguaje coloquial e informal de Chávez y su constante presencia en los medios así como la construcción desde el Estado de redes de organizaciones populares de apoyo complementan dicho proceso de construcción política. López Maya y Panzarelli reconocen que el chavismo fue importante a la hora de poner fin a una estructura institucional corrupta y anquilosada promoviendo la movilización e inclusión de nuevos actores sociales (la sección cuarta del artículo realiza una interesante descripción de las bases sociales del chavismo). Sin embargo, también reconocen que, si bien el populismo puede resultar una estrategia exitosa de ruptura de un orden establecido, su propia forma tiende a que, una vez obtenido el poder, el mismo se utilice para concentrar y fortalecer el poder en el presidente, lo cual lejos de contribuir a la profundización o radicalización de la democracia abre la puerta para una regresión autoritaria.

Finalmente, el artículo de Vicente Palermo se concentra en la relación entre Ernesto Laclau —uno de los intelectuales que más férreamente ha defendido el potencial democratizante del populismo— y los respectivos gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina. Palermo se concentra exclusivamente en las intervenciones públicas de Laclau con respecto al kirchnerismo dejando de lado un análisis de sus trabajos académicos sobre el populismo. Laclau, sostiene Palermo, se encuentra preocupado pues considera que el kirchnerismo no es aún una fuerza claramente populista y por lo tanto hace un llamado a reforzar sus rasgos populistas. En la opinión de Laclau, las «limitaciones» progresistas del kirchnerismo se deben, en primer lugar, al contexto en el que opera. En primer lugar, Laclau considera que la democracia argentina presenta, por un lado, una serie de pesos y contrapesos institucionales y, por otro, una sociedad civil articulada que dificulta la construcción de una identidad populista. En segundo lugar, el autor señala algunas limitaciones en la identidad y estrategia del kirchnerismo que se expresan en las dificultades que encuentran a la hora de trazar una línea divisoria con capacidad de polarizar políticamente a la sociedad argentina. Tanto Laclau como los intelectuales agrupados alrededor del grupo Carta Abierta pregonan la necesidad de radicalización populista del kirchnerismo. Estos últimos vieron en el llamado «conflicto con el campo» una ventana de oportunidad para que el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner finalmente se decidiera por una estrategia abierta de polarización. Según Palermo —y en su opinión el caso del conflicto con el campo sirve de ilustración de los eventuales costos políticos de asumir dicha estrategia— existen importantes razones por las cuales el gobierno ha sido reticente a adoptar la estrategia populista pregonada por Laclau y Carta Abierta, las cuales no solamente hay que buscarlas en las características del electorado y sociedad civil argentina sino también en las estructuras políticas del propio peronismo que le sirven actualmente de importante sustento político.

Los diversos análisis y debates que se abren a continuación son un claro indicador que la temática del populismo está lejos de quedar relegada al análisis historiográfico. Más bien, tanto en el debate académico como en la vida pública de muchas de las actuales democracias, el populismo está más vigente que nunca dividiendo las aguas políticas de varios países de la región.

Enrique Peruzzotti*

* Profesor en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad Di Tella e investigador del CONICET en Buenos Aires. Doctor en Sociología (New School for Social Research), su trabajo se concentra en la emergencia de nuevas formas de acción política en la sociedad civil. Guggenheim Fellow (2009-10), ha sido profesor e investigador en el Wilson Center, NED, FLACSO Ecuador y Columbia University, entre otras instituciones. Ha publicado varios libros y numerosos artículos. Su más reciente publicación es *Participatory Innovation and Representative Democracy* (Johns Hopkins University Press). Actualmente está trabajando en un libro sobre la teoría democrática de Andrew Arato.

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE POPULISMO? «¡MÁS POPULISTA SERÁ TU ABUELA!»

*¿What are we talking about when we talk about populism?
«¡Más populista será tu abuela!»*

FRANCISCO PANIZZA*

Resumen. El artículo discute el concepto de populismo a partir de sus dimensiones retóricas, representativas, políticas y normativas y las relaciones entre ellas. Tras definir el populismo como una estrategia de identificación política, se argumenta que es más propio hablar de «intervenciones populistas» que de actores o regímenes populistas y que el énfasis puesto por algunos análisis del populismo en las relaciones de antagonismo como definitorio del mismo debe ser complementado con una mayor atención a su dimensión normativa. El artículo concluye que la relación entre populismo y democracia no puede ser establecida en abstracto sino que depende de los contextos políticos en los cuales se establece dicha relación¹.

Palabras clave: populismo, antagonismo, democracia, reconocimiento, redistribución

Abstract. *In this article we deal with the concept of populism starting from its rhetorical, representative, political and normative dimensions and relationships among them. After defining populism as a strategy of political identification we argue that it is more accurate to speak about «populist interventions» than about populist actors or regimes; we also argue that the emphasis that some analysis of populism put on the antagonistic relationships to define it must be complemented with more attention to its normative dimension. In the article we conclude that the relationship between populism and democracy cannot be established in the abstract, on the contrary, it depends on the political contexts in which said relationship is established.*

Keywords: *populism, antagonistic, democracy, acknowledgement, redistribution*

* Francisco Panizza es uruguayo, profesor de Política Latinoamericana en The London School of Economics and Political Science desde 1995. Ha publicado varios trabajos sobre populismo y democracia en América Latina. *Contemporary Latin America. Development and Democracy Beyond the Washington Consensus* (Londres: Zed Books, 2009) es su libro más reciente.

1 Una versión de este artículo fue presentada en el ciclo de conferencias *El populismo del siglo XXI* organizado por The Woodrow Wilson International Centre for Scholars, Washington D.C., el 8 de octubre de 2009. La traducción del inglés para RECSO fue realizada por Juanita Sabath.

El título de este artículo alude al debate, aparentemente de nunca acabar, sobre la definición de populismo, mientras el subtítulo refiere las fuertes connotaciones negativas asociadas generalmente al término. Como es sabido, no existe acuerdo en el debate académico sobre el significado del un término que ha sido relacionado, entre otros, con períodos históricos, procesos sociales, políticas económicas y estilos de gobierno. No estoy ignorando en este artículo las distintas perspectivas sobre el populismo ni estoy tratando de cerrar el debate sobre el mismo, pero me gustaría sugerir que existe una considerable acumulación de producción teórica donde se argumenta que el populismo se caracteriza principalmente por la constitución discursiva de una relación de antagonismo político entre «el pueblo» y algún tipo de estructura de poder o actor político opresivos.

Margaret Canovan resalta la naturaleza sistémica de los enemigos del pueblo cuando define populismo como «una apelación al “pueblo”, tanto contra la estructura de poder establecida como contra las ideas y valores dominantes de la sociedad» (2), mientras Carlos de la Torre (2009, 24) destaca los actores en conflicto cuando lo define como la construcción de un discurso maniqueo y moralista que sitúa al «pueblo» en posición antagónica a la «oligarquía» en la búsqueda de mayor participación política e inclusión (ver también Laclau 1977, 2005a, 2005b; Panizza 2005; Peruzzotti 2008). Para esta noción de populismo resulta crucial su naturaleza discursiva o lingüística (Laclau 1977, 2005a). Michael Kazin lo define como «un estilo de retórica política persistente aunque mutable» (5) y traza la historia del populismo a lo largo de la vida política norteamericana mostrando cómo el mismo cambia la identidad recíprocamente construida del pueblo y de sus opresores y cómo su uso por diversos actores hace mutar sus colores políticos al ser hegemonizado por progresistas radicales y por conservadores de extrema derecha en distintos momentos a lo largo del tiempo. Desde luego, hay otras definiciones de populismo y muchas preguntas quedan abiertas con esta definición minimalista como, por ejemplo, si el populismo hace referencia a los líderes, movimientos o regímenes políticos, sobre los vínculos entre líderes y seguidores y, sobre todo, sobre sus efectos democráticos o anti-democráticos².

En este artículo tomo como punto de partida la noción discursiva de populismo presentada más arriba y la deconstruyo para argumentar que: 1) Para comprender el populismo es necesario tener en cuenta sus dimensiones retóricas, representativas, políticas y normativas y las relaciones entre ellas. 2) Si el populismo es un discurso político o, en términos de Kazin, «un modo flexible de persuasión» (3), tiene más sentido hablar sobre «intervenciones populistas» que sobre actores o

2 Por definiciones de populismo que, a la par de enfatizar su naturaleza política toman en consideración otros elementos, ver Freidenberg 2008; Knight 1998; Roberts 1995, 2007; y Weyland 2001. Sobre una discusión de las relaciones entre populismo y democracia ver Abts y Rummens 2007; Arditi 2004; Panizza 2005; Panizza y Miorelli 2009.

regímenes populistas. 3) El énfasis puesto por algunos estudios sobre populismo en el antagonismo político como definitorio de su naturaleza quita visibilidad a sus elementos normativos o a lo que Canovan llama su dimensión «redentora». 4) Mientras los juicios normativos sobre populismo son inevitables, la relación entre populismo y democracia no puede establecerse en términos abstractos sino que debe ser evaluada en relación al contexto político en el que ambos se insertan.

En las secciones siguientes examino cada una de las dimensiones mencionadas de populismo y concluyo sugiriendo que las diferentes variedades de intervenciones populistas tienen relaciones de dependencia contextual respecto a las instituciones democráticas y que es importante hacer explícitos sus alcances normativos.

HABLANDO Y VISTIÉNDOSE «COMO EL PUEBLO»

Comienzo esta sección con una historia que contiene muchos de los asuntos —incluyendo las ambigüedades— que se afrontan al estudiar el populismo. Una apreciación completa de la relevancia de la historia requeriría de una larga descripción del escenario referido, pero trataré de ser lo más conciso posible. La historia se refiere a la campaña electoral del hoy presidente uruguayo, José «Pepe» Mujica. En un artículo, publicado en mayo de 2009, un economista, Ernesto Talvi, alegó que los cambios estructurales profundos en la sociedad uruguaya habrían configurado las condiciones socioeconómicas para la emergencia de «tendencias populistas» en el país. Sostiene Talvi que un deterioro en los estándares educativos y la emigración de cientos de miles de ciudadanos altamente calificados habrían conducido a una disminución de la clase media tradicional y a la expansión de un sector social pobremente educado y pobremente calificado para quienes las oportunidades de movilidad social son extremadamente limitadas, por lo que se han convertido en dependientes de la asistencia social del Estado. Talvi (2009) argumenta que, dado el aumento en tamaño de este grupo social, no debería resultar sorprendente la emergencia y el éxito político de lo que describe como «candidatos atípicos cuyo lenguaje, forma de vestir y actitud contrastan con la de los candidatos de “traje y corbata”, más formales, característicos de la clase política del país» (s/p).

En todo, menos en el nombre, Talvi se estaba refiriendo a José «Pepe» Mujica, el entonces candidato presidencial del Frente Amplio (FA). La respuesta de Mujica, publicada en su blog, fue tan rápida como ingeniosa. «Más populista será tu abuela», retrucó (2009a). El tono coloquial y «políticamente incorrecto» de la respuesta de Mujica parece darle crédito al argumento de Talvi de que, al menos a juzgar por su uso del lenguaje, Mujica es, ciertamente, un populista. Sin embargo, envuelto en el lenguaje coloquial, que es parte de su marca registrada política, la respuesta de Mujica muestra no sólo una perspicaz comprensión de las implicancias políticas de la afirmación de Talvi sino también de los argumentos

sobre el populismo. Vale la pena citar un extracto considerablemente largo de su respuesta para apreciar su verdadero sabor.

Parece que una nueva y terrible amenaza se cierne sobre el Uruguay: se llama José Mujica y es portador de un virus tenebroso, el «populismo».

No exagero; lean los diarios y se van a encontrar con el resumen de la teoría formulada por el economista Talvi, del instituto CERES. Se van a enterar de que en nuestro pobre país hay un tercio de la población que por falta de educación no sirve para nada, sólo aspira a que el Estado les dé todo y por definición votan a quien tiene pinta de ser bueno para hacer llover dinero público sobre sus cabezas.

Un saltito más en la teoría y nos enteramos de que esa manga de inútiles reconocen a sus líderes por lo mal que se visten, lo toscos que son para hablar y la falta de alfombras en sus viviendas.

No nombraron a nadie, faltaba más. Probablemente se referían a Ignacio de Posadas o a Pedro Bordaberry [dos políticos de clase alta, de centro derecha]. Pero como yo tengo manía de persecución y además me gusta hacerme la víctima, se me ha metido en la cabeza que se referían a mí. Por lo que me apuro a contestarle, al economista Talvi, que más populista será tu abuela. (Mujica 2009a).

Hay más en la respuesta que el uso de un lenguaje popular para dejar sentado un argumento político. Mujica reconoce que el término «populismo» tiene múltiples significados y que, dentro de ciertos contextos, puede ser considerado un elogio. Comprende claramente, sin embargo, que ese no es el significado en el que Talvi utilizó el término. Citando a Mujica nuevamente:

Estoy enterado que en el mundo del análisis político se usa la palabra «populismo» en más de un sentido y que en algún contexto puede considerarse hasta un elogio.

No es esa la versión a la que se refirió Talvi ni menos los diarios.

Dijeron «populismo» en el sentido de todos los días, el que está asociado a políticos más bien baratos, que consiguen votos prometiéndole el paraíso a los pobres y, una vez en el poder, usan al Estado para regalarles un tiempito de prosperidad mentirosa, hasta que todo revienta. (2009a)

No sé si Mujica haya leído alguna vez la definición económica de populismo de Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards como la búsqueda del crecimiento a corto plazo y de la distribución del ingreso a costa del aumento de la inflación y de voluminosos déficit fiscales. Pero, diferencias lingüísticas aparte, los parecidos entre ambas definiciones son destacables. Mujica (2009a) niega rotundamente ser un populista en el sentido económico del término usado por Dornbusch y Edwards, pero también en el sentido político común usado por algunos analistas políticos, es decir como sinónimo de demagogia y de manipulación de los sectores de más bajos recursos de la población. Dicho con sus palabras: «Nosotros no usamos a los pobres. Si los expresamos políticamente es porque sienten que nos importan y vamos a hacer todo lo posible, de buena fe, para que mejoren. Tal como sucedió en Brasil con Lula» (2009a).

Hay varios puntos que vale la pena hacer notar en este intercambio. Mujica está en lo correcto al rechazar que es un populista según el significado económico del término de Dornbusch y Edwards o en el equivalente político impregnado de la carga normativa de la demagogia. Como político de izquierda ha sido crítico del neoliberalismo y aboga por más intervención del Estado en la economía, pero nunca ha respaldado la irresponsabilidad fiscal u otras políticas comúnmente asociadas al populismo económico. Políticamente, establece una distinción entre «manipular a los pobres», acusación frecuentemente formulada contra los políticos populistas, y «expresarlos políticamente», lo que él reivindica. Él se compara a sí mismo con el Presidente Lula da Silva como forma de dar una señal sobre su ubicación en los debates actuales sobre la izquierda «populista» y la izquierda «moderada» en América Latina y se sitúa a sí mismo en la última categoría. Aún así, su apreciación de que dentro de ciertos contextos el término «populismo» puede ser usado como una expresión de elogio plantea la interrogante de si él puede ser considerado como lo que llamaré aquí un «populista bueno», término que exploraré más extensamente a continuación.

¿En qué sentido puede entonces decirse que, a pesar de sus protestas, Mujica es ciertamente un populista, posiblemente «uno bueno»? El primer nivel en que esto puede ser sostenido es el de alguno de los indicadores de identidad tradicionales al populismo aludidos por Talvi. Se refiere al uso de un estilo de retórica política distintivo que lo separa del *establishment* político y lo acerca a los sectores populares. Debido a los rasgos personalistas y anti-institucionales del populismo, los símbolos, la retórica y estilo políticos han pesado mucho en su análisis. La identificación populista se refuerza por la adopción de elementos culturales por parte del líder que son considerados como marcas de inferioridad por la cultura dominante. No tengo espacio aquí para realizar un análisis detallado de los discursos de Mujica, pero su discurso transgrede permanentemente las reglas de la retórica del discurso político, particularmente las reglas altamente convencionales del lenguaje público seguido por la gran mayoría de los políticos uruguayos. Él utiliza un lenguaje vulgar en dos sentidos, en el de lengua plebeya de los sectores populares (la «plebe») e incluso en el uso ocasional de términos groseros en público (Gatto 2009). Su vestimenta es también una parte integral de su figura política. Es sabido que, hasta antes de la campaña electoral, nunca había usado traje y corbata en público y cuando se hizo su primer traje a medida, en ocasión de una visita al Presidente Lula da Silva en Brasil, esto se convirtió en titulares de prensa. Vive una vida notablemente austera en una pequeña chacra en un suburbio rural de Montevideo donde a menudo recibe a los visitantes en un galpón. En el estilo de vida simple de Mujica hay un fuerte componente ético. Es un fuerte crítico del consumismo y, lo que es raro en un político, sigue lo que predica (Nogueira 2009). Pero también es un político experimentado y, como tal, muy consciente de que la retórica y las apariencias son poderosos impulsores de identificación política. No estoy diciendo aquí que la retórica y la forma de vestir por sí mismas hacen de un político un populista, sino que no se puede comprender la política sin ser conscientes de la

importancia de los símbolos en la vida política. El uso de una retórica no-política (por ejemplo, una retórica que no se ajuste a las normas del discurso político) denota que quien enuncia ese discurso es ajeno a la clase política. Más aún, cuando este lenguaje incorpora expresiones, formas de habla, estilos musicales y características de la vestimenta de los sectores populares, no sólo transmite un mensaje anti-elitista sino que invierte las jerarquías sociales al introducir, en la esfera pública, elementos culturales que se consideran característicos de personas socialmente inferiores o sin educación. En América Latina abundan ejemplos de este tipo de juego simbólico. En Ecuador, la falta de buenos modales de Abdalá Bucaram y el estilo poco ortodoxo de su campaña electoral que incorporaba lenguaje irreverente e impropiedades verbales fue presentado por los medios de ese país como una vergüenza para el civismo y una prueba de que Bucaram no estaba a la altura de su investidura. Sin embargo, como lo señala De la Torre (2000), al haber personificado conscientemente la vestimenta, el lenguaje y los modales de la gente común, que era despreciada por las elites y sus imitadores de clase media, Bucaram atrajo el voto de aquellos que veían en él un espejo de su forma de ser y la elevación de su propia cultura a la esfera pública. En Estados Unidos, George Wallace mal pronunciaba palabras a propósito para crear una imagen de pueblerino ignorante, un rasgo que destacaba tanto su distancia de los centros de poder como su proximidad a la gente común (Kazin 1998; Lowndes 2005). En un ejemplo más reciente, Hugo Chávez tiene un dominio magistral de los códigos de la retórica política que le permite deslizarse fluidamente dentro del mismo discurso, desde la cita de cifras económicas expresada como estadista hacia formas de enunciación coloquiales y personales y del lenguaje cuasi religioso de profeta visionario, hacia la retórica nacionalista y anti-imperialista mezclada con un grosero «que se vaya al carajo»³ contra el embajador de Estados Unidos (Zuquete, 2008).

Un análisis sobre la «política de la vestimenta» del populismo, desde la celebración de los «descamisados» con Perón hasta las icónicas chompas de Evo Morales reforzaría la evidencia de que, mientras los símbolos son aspectos importantes de cualquier juego político, son particularmente cruciales en el modo de identificación populista. Los orígenes socioeconómicos, la raza, las raíces étnicas y otros marcadores de exclusión han sido también elementos simbólicos importantes que han ayudado a políticos como Evo Morales, Lula da Silva y aun a Barack Obama a ser percibidos por sus seguidores como «uno de nosotros», en contraste con las elites políticas y económicas tradicionales de sus respectivos países. No estoy afirmando que los políticos que hablan, que se visten y son vistos como «el pueblo» son necesariamente populistas o que, a la inversa, todos los políticos populistas hablan, se visten y se ven como «el pueblo». Lo que digo es que, si el populismo es un modo de identificación, se necesita ser consciente del repertorio completo de marcadores simbólicos de identidad para hacer que la identificación con los sectores discriminados y subordinados sea más probable.

3 <http://www.youtube.com/watch?v=toKXMcfOBY>

REPRESENTANDO AL PUEBLO

Es necesario transitar ahora desde el hablar *como* el pueblo hacia el hablar *por* el pueblo, esto es, de la retórica a la representación. La distinción es, hasta cierto punto, analítica, ya que la forma y su contenido no pueden ser separados completamente en el análisis del discurso, pero en el populismo hay una pretensión de hablar *por* el pueblo que necesita ser explorada más en profundidad. En un discurso improvisado, luego de ganar las elecciones primarias para la presidencia del Frente Amplio, Mujica captura los elementos formales y sustantivos de la representación política que busco discutir aquí: «Sé lo que represento dentro del Frente Amplio y dentro esta sociedad que construyó arquetipos. Hay un negro en Estados Unidos, un indio en Bolivia y sin odio lo digo, que el país sepa que represento a los que vienen bien de abajo» (2009b).

La mayoría de las definiciones de populismo enfatizan la voluntad del líder de interpelar al pueblo como «los desposeídos» o, como lo dice Mujica, aquellos «que vienen bien de abajo». Es difícil, sin embargo, establecer si existe efectivamente una relación directa entre el líder y el pueblo o determinar con precisión lo que ésta implica. Una apelación directa del líder al pueblo tiene más chance de ser posible en sistemas políticos débilmente institucionalizados, en los que hay pocas instancias institucionales de mediación entre los políticos y aquellos a quienes se dirigen. Sin embargo, incluso en países con instituciones representativas relativamente fuertes y estables, particularmente en aquellos con sistemas presidenciales, los ciudadanos se identifican directamente con líderes políticos más allá o por encima de los partidos a los que pertenecen. Un caso claro es el de Lula da Silva quien, en la elección de 2006, ganó casi el 60% del voto popular, mientras que su partido, el Partido dos Trabalhadores (PT) obtuvo apenas alrededor del 20% de los votos. En Estados Unidos sólo un porcentaje relativamente pequeño de los ciudadanos se identifica a sí mismo como partidario de uno de los grandes partidos, lo que quiere decir que cualquier candidato presidencial exitoso debe tener la capacidad de atraer a la mayoría de los electores independientes. Por otro lado, en Argentina, el Partido Justicialista (Peronista) ha sido una estructura de mediación fuerte en las relaciones entre los supuestamente populistas candidatos peronistas y el pueblo argentino.

Lo característico del populismo no es tanto la relación directa entre el líder y el pueblo sino la habilidad del líder para llegar a aquellos que sienten que no tienen voz en el sistema político. ¿Quiénes son estos desamparados «sin voz»? Para ponerlo en términos un poco simplistas, son los que sufren de exclusión económica, social o política o, al menos, quienes se consideran a sí mismos como tales. «Hablar por el pueblo» es una construcción política que no necesariamente coincide con categorías socioeconómicas. Pero en una región como América Latina, que tiene los niveles más altos de desigualdad socioeconómica en el mundo, los pobres ocupan verdaderamente el lugar más bajo de la sociedad y cualquier pretensión de representar a los más desposeídos debe procurar mejorar su condición y obtener su apoyo electoral.

En muchos países de América Latina las preferencias electorales se han vuelto crecientemente determinadas por clivajes socioeconómicos según los cuales las clases medias votan por los políticos del sistema tradicional y los pobres por políticos externos al mismo. La tendencia a la polarización electoral de acuerdo a divisiones socioeconómicas se ha visto reforzada por la implementación de programas sociales focalizados y otras prestaciones de bienestar que han consolidado los vínculos entre los líderes (ahora presidentes) y el pueblo, desde las «misiones» de Chávez a la «Bolsa Familia» de Lula da Silva. En el caso de este último, los programas sociales han sido un importante factor contribuyente en el cambio significativo de su base de apoyo electoral, desde las clases medias progresistas y la clase trabajadora organizada del cinturón industrial del estado de San Pablo en 2002 hacia los votantes pobres en las zonas relativamente menos desarrolladas en el norte y noreste del país en 2006 (Hunter y Power 2007; Zucco 2008) reviviendo la vieja imagen varguista del presidente como «el padre de los pobres».

En el caso de Uruguay, en el que el gobierno del Frente Amplio ha implementado programas sociales similares, las implicancias políticas de este cambio fueron encapsuladas en el argumento de Talvi sobre la nueva base social del populismo de los dependientes de los programas sociales, que no tienen educación o no pueden conseguir empleo, y en la aguda reinterpretación de Mujica de ese argumento en términos de «un tercio de la población que por falta de educación no sirve para nada, sólo aspira a que el Estado les dé todo y por definición votan a quien tiene pinta de ser bueno para hacer llover dinero público sobre sus cabezas» (2009a). De forma más sofisticada, Kurt Weyland (2007) establece la relación entre representación populista y beneficios económicos cuando argumenta que las luchas redistributivas para la apropiación de las rentas de las *commodities* son la razón del resurgimiento populista en América Latina, lo cual es compartido por Joseph Stiglitz (2006) con una carga normativa diferente cuando afirma con cierta liviandad que: «si por populismo uno quiere decir preocuparse por los dos tercios de más bajos recursos de la población, entonces el populismo no es una cosa mala» (62). La identificación de «el pueblo» como los pobres y su corolario, la importancia de la política de redistribución económica para comprender el populismo, son un aspecto importante de la representación populista en América Latina contemporánea y despierta un considerable número de interrogantes sobre las relaciones entre el populismo político y económico. Por sí solos, sin embargo, los beneficios económicos y la apelación a los pobres no dan cuenta de la representación populista. La representación trata de dar voz y reconocimiento a los políticamente excluidos tanto como de dar beneficios económicos a los excluidos del sistema socioeconómico. A lo largo de la historia del populismo latinoamericano, la política del reconocimiento ha marcado la irrupción en la escena política de los sectores populares urbanos subalternos. Carlos de la Torre muestra ejemplos tempranos de la política del reconocimiento en Ecuador cuando recuerda que José María Velasco Ibarra introdujo la política de masas en Ecuador incorporando a personas previamente excluidas del sistema a la comunidad política.

En palabras de De la Torre «[Velasco] democratizó los espacios públicos trayendo la política de los salones de las élites a las calles. Sus seguidores *a quienes, por primera vez, se les dirigió el discurso en las plazas públicas, afirmaron su derecho a ocupar espacios públicos*» (1994, 689, énfasis de Panizza). Una similar irrupción plebeya en el espacio público aún resuena en el imaginario político argentino en referencia a la mítica ocupación de la Plaza de Mayo por los trabajadores de la periferia de Buenos Aires el 17 de Octubre de 1945.

La política del reconocimiento y la política de la redistribución fueron de la mano en el ascenso de Evo Morales a la presidencia de Bolivia. La importancia de la redistribución de las rentas del petróleo queda testimoniada en la campaña de su partido, Movimiento al Socialismo (MAS), por el incremento de las regalías pagadas al Estado por las compañías de gas y petróleo y por las confrontaciones subsiguientes entre el gobierno central y las provincias ricas en gas y otros recursos naturales de la llamada «media luna» boliviana (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija) por la asignación de las rentas de los hidrocarburos. Pero mientras que la política del reconocimiento y la política de redistribución rara vez puedan llegar a separarse completamente, la campaña para el reconocimiento de la igualdad cultural, política y social de la mayoría indígena boliviana fue una característica dominante del discurso político de Morales. Resulta llamativo en la lectura de los discursos de Morales ver cómo están dominados por universales morales y políticos: «la dignidad», «la equidad», «la soberanía», «la justicia», «la liberación», en lugar de cuestiones estrictamente económicas. La razón para este énfasis descansa, según el discurso inaugural de Morales, en la historia de la discriminación cultural y racial, la exclusión política y la explotación económica de la mayoría indígena boliviana:

Los pueblos indígenas —que son la mayoría de la población boliviana [. . .] Estos pueblos, históricamente hemos sido marginalizados, humillados, odiados, despreciados, condenados a la extinción. Esta es nuestra historia; a estos pueblos jamás los reconocieron como seres humanos, siendo que estos pueblos son los dueños absolutos de esta noble tierra, de sus recursos naturales. (2006 s/p)

En el caso de Venezuela no hay duda sobre la importancia de los altos ingresos relacionados al petróleo en la explicación de la popularidad de Chávez (Coronil 2008; Hidalgo 2009; Riutort 2007; Weyland 2007). Hay también argumentos para afirmar que Chávez ha administrado mal los ingresos petroleros y que sus políticas económicas no son sostenibles en el largo plazo y que pueden, en última instancia, socavar su base de apoyo social. También puede ser legítimo plantearse preguntas tales como si sus políticas sociales están atacando o perpetuando las causas subyacentes de pobreza y exclusión en el país (Penfold-Becerra 2007; Riutort 2007). Resulta importante cuestionarse, sin embargo, una explicación simplista de naturaleza economicista sobre el apoyo popular de Chávez como resultado exclusivo de las prestaciones sociales con las que atrae el respaldo de los pobres. Si el conflicto social en Venezuela en la década de los noventa y en la década del 2000 se hubiera definido sólo por las luchas sobre la distribución de las

rentas del petróleo, es improbable que el mismo hubiera conducido a una ruptura tan radical del orden político como el representado por la Revolución Bolivariana. Un relato completo del chavismo requiere poner en la mira sus elementos políticos tanto como los económicos. Como lo expresa Julia Buxton:

En 1998 Chávez no fue elegido en base a una plataforma de izquierda, por la promesa de una redistribución económica o porque prometió confrontar al neoliberalismo. Básicamente, Chávez fue electo porque prometió crear una forma completamente nueva de democracia, un modelo cualitativamente distinto de organización institucional y constitucional y un nuevo tipo de compromiso político para los ciudadanos venezolanos. (s/p)

Por ello, la definición inicial del proyecto fundacional de Chávez fue Bolivariano más que socialista. Chávez extrajo de la tradición populista la noción de un pueblo virtuoso erigiéndose, luego de un largo período de opresión, en una lucha de nunca acabar por la justicia social y, de la tradición militar, la noción de sí mismo como un patriota desinteresado y dispuesto a sacrificar su propio interés y bienestar por la gente de su país (Capriles, 9). Su discurso político se propone que sus seguidores sientan que son participantes de una lucha de larga data por la liberación del pueblo venezolano, de la misma manera que Miranda y Bolívar, junto con el pueblo venezolano doscientos años antes, liberaron a Venezuela del yugo español (Zuquete, 102).

ANTAGONISMOS POPULISTAS E INTERVENCIONES POPULISTAS

Es necesario ahora pasar de la política de la representación a las estrategias políticas en nuestro análisis sobre el populismo. Implementar políticas redistributivas o dar reconocimiento político a los discriminados y excluidos, sean estos ciudadanos individuales o actores sociales colectivos, son elementos importantes de la forma de identificación populista, pero no definen por sí mismos al populismo. El populismo es una estrategia política (Weyland 2001) tanto como un modo de identificación (Panizza) (o mejor dicho una estrategia de identificación política) y el antagonismo es el elemento que define dicha estrategia. La historia de Kazin sobre el populismo estadounidense muestra cómo diferentes narrativas políticas del conflicto entre los poderosos y los más débiles estuvieron presentes a lo largo de la vida civil norteamericana. Establecer quiénes son los poderosos y quiénes son los débiles fue definido y redefinido por versiones progresistas y conservadoras del populismo en diferentes momentos en el tiempo dibujando así las líneas de fuerza que caracterizaron y todavía caracterizan las batallas de la política norteamericana. Canovan también hace notar que el antagonismo político es de la esencia del populismo cuando lo define como un llamado a «el pueblo» *contra* la estructura de poder establecida y las ideas y valores dominantes (2). La existencia de un «Otro» externo al pueblo es una condición para la unificación de las identidades populares naturalmente fragmentadas y de los intereses divergentes

porque, como lo ha señalado Glenn Bowman, al oprimirlos a todos el opresor simultáneamente los transforma a todos ellos como «parte de lo mismo».

¿Cómo se construye discursivamente el antagonismo político característico de las estrategias populistas? Los escritos de Ernesto Laclau (1977; 2005a; 2005b) sobre el populismo ofrecen una elegante teoría formal sobre la construcción de los antagonismos a través del análisis de lo que él llama relaciones de diferencias y relaciones de equivalencias. Mientras que ninguna sociedad se estructura exclusivamente por relaciones de diferencias o relaciones de equivalencias, las relaciones de diferencias predominan en los órdenes políticos altamente institucionalizados como las democracias pluralistas y liberales, mientras que las relaciones de equivalencias predominan en tiempos de crisis y polarización cuando las instituciones pierden su poder para estructurar las relaciones sociales. Laclau señala que cuando una serie de demandas sociales no puede absorberse en forma *diferenciada* por los canales institucionales, éstas se convierten en demandas insatisfechas que entran en una cadena de solidaridad o *equivalencia* unas con otras, como reclamos igualmente desatendidos. Los líderes populistas plasman los reclamos comunes (las relaciones de equivalencias) alrededor de un antagonismo que simplifica el ámbito social en su oposición en común contra lo que ellos identifican como responsable del *statu quo*, tales como el «neoliberalismo» o «la partidocracia».

Se puede dar alguna sustancia a esta elaboración bastante abstracta de cadenas de equivalencias y relaciones de antagonismo haciendo referencia a desarrollos contemporáneos en América Latina. En una formulación que se aproxima mucho a la cadena de equivalencias de Laclau, Ken Roberts (2008) realiza un paralelismo entre la ola actual de incorporación política y la primera ola que tuvo lugar a mediados del siglo pasado, un período que también fue dominado por la política populista. Roberts (2008, 330) nota la capacidad decreciente de las instituciones del Estado para responder a las demandas sociales de la ciudadanía en medio de crisis por las deudas y programas de ajuste estructural orientados por el mercado en la década de los noventa y comienzos del 2000 para argüir que las necesidades sociales insatisfechas y las inseguridades económicas intensificadas proporcionaron una base «para la articulación colectiva de reclamos políticos» contra el neoliberalismo. La manera en que dichas demandas colectivas pudieron articularse efectivamente es analizada en el estudio sobre las protestas políticas en Bolivia en la primera mitad de la década del 2000 realizado por Moisés Arce y Roberta Rice (2009). Su estudio muestra cómo las protestas se caracterizaban por la formación de una nueva identidad colectiva que atravesó clases sociales, etnias, regiones, generaciones y otros sectores sociales, definidos en oposición al neoliberalismo. A pesar de que las protestas empezaron por ser específicas y localizadas, como las demandas por los derechos sobre el agua en Cochabamba, rápidamente se extendieron a otras partes del país y se desarrollaron en una oposición generalizada a las políticas económicas del gobierno y a los llamados partidos tradicionales del país. Lo que hizo tan efectivas a las protestas fue la habilidad de los organizadores de los movimientos para vincular las demandas

de grupos dispares a una crítica coherente del orden político y económico del país con el poder de movilizar miles de personas en marchas, bloqueos de carreteras y otras formas de acción directa (Arce y Rice 2009; Suárez 2003, Kohl y Farthing 2006). ¿Cómo fue posible alcanzar un nivel tan elevado de unidad y de movilización, en particular teniendo en cuenta que las nuevas coaliciones carecían de canales institucionales de representación social y las movilizaciones ocurrían frecuentemente sin una coordinación centralizada y con cada grupo de la sociedad civil persiguiendo su propia agenda? La respuesta de Arce y Rice es que el «neoliberalismo» se volvió un símbolo organizacional contra el cual los movimientos sociales reunieron apoyo para sus esfuerzos movilizadores (98).

En los análisis de Roberts y Arce y Rice sobre protestas sociales hay un conjunto de puntos que ameritarían mayor consideración siendo el más obvio el que fueron los movimientos sociales, más que los líderes populistas, los actores principales en la articulación de demandas. La versión de Arce y Rice sobre la movilización social en Bolivia también subestima el papel de los principales líderes políticos sindicales e indígenas en articular las protestas y no toma debidamente en cuenta la habilidad de Evo Morales para cristalizar los antagonismos sociales a un nivel político más elevado. Lo importante para el propósito de este artículo, sin embargo, es ilustrar las implicancias de los análisis de oposición social al liberalismo en la América Latina contemporánea para comprender mejor las políticas populistas.

En América Latina hay muchos ejemplos de la estrategia política de dicotomización del espacio social por líderes políticos. Hugo Chávez ha usado sistemáticamente los antagonismos políticos para unir a sus seguidores contra un grupo variado de «enemigos del pueblo», desde los partidos tradicionales a la oligarquía económica y la oposición y desde el Presidente Uribe de Colombia al «diablo Bush». Las políticas del antagonismo, enmarcadas en la oposición entre el pueblo por un lado y las partidocracias y el neoliberalismo por otro, también han jugado un papel significativo en las estrategias políticas de Evo Morales y Rafael Correa. Dada la centralidad del antagonismo en el populismo, tal vez se podría establecer una distinción entre los líderes «populistas» y los «populares» en torno a la constitución estratégica de los antagonismos políticos del populismo. Los líderes políticos como Mujica, Lula da Silva (y Obama) pueden hablar o ser percibidos como «siendo del pueblo» y «hablar por el pueblo», pero son constructores de puentes más que cavadores de trincheras. Lula da Silva es, seguramente, uno de los pocos líderes políticos en el mundo que se encuentra igualmente cómodo en el Foro Económico Mundial (WEF) y en el Foro Social Mundial. Obama vino a personificar la política post-racial en los Estados Unidos. Y en su lenguaje inimitable, Mujica (2009c) presenta un fuerte argumento a favor de la política de compromiso por sobre la política del antagonismo y contra el argumento populista de que el cambio es sobre todo una cuestión de voluntad política:

Gobernar no es hacer lo que se quiere. Gobernar con una visión progresista es zurcir todos los días. Es tejer incansablemente alianzas políticas y sobre todo alianzas sociales, para ensanchar todo lo posible la base de

sustentación. Las contradicciones sociales van a seguir existiendo, pero si uno deja que una punta dé fierro a la otra, sin piedad, terminamos todos lastimados y achicando la torta. (s/p)

La distinción entre políticos populistas (el predominio de la política del antagonismo) y populares (el predominio de la política de las diferencias), sin embargo, necesita al menos ser examinada. Si el antagonismo político está en la esencia del populismo, ¿quiere esto decir que toda estrategia política que dicotomiza el espacio político es necesariamente populista? Claramente no. En el siglo XIX, la elite urbana en América Latina enmarcaba su discurso político alrededor de la dicotomía «civilización o barbarie» para justificar su lucha contra los caudillos rurales, sin que por eso fuera precisamente populista. Es más, el antagonismo es, al menos de acuerdo a Carl Schmitt, constitutivo no sólo del populismo sino de lo político, por lo tanto no puede ser, exclusivamente, una característica distintiva del populismo. Laclau (2005a) resuelve el problema argumentando que efectivamente populismo es lo mismo que política (47). Por razones que no puedo elaborar aquí, pienso que ésta es una solución tanto teórica como empíricamente insatisfactoria. Desde mi punto de vista, no se puede dar una definición puramente formal (ontológica) del populismo basada en el papel constitutivo del antagonismo. En la comprensión del populismo es necesario incluir su dimensión normativa, contenida en el reclamo de que, con la exclusión de aquellos que no tienen voz en el sistema, el orden político viola principios fundamentales de equidad, ya sea en su dimensión política (representación) o en las dimensiones socioeconómicas (redistribución). Si este es el caso, la promesa de reparar la injusticia (la política de incorporación) es, por lo menos, tan crucial para la comprensión del populismo como la constitución de un antagonismo entre el pueblo y sus opresores. Si la reparación de la injusticia requiere de la destrucción del sistema (el aspecto fundacional del populismo) o trabajar dentro del sistema para dar voz política y beneficios económicos a los excluidos, esto depende más que nada del contexto. Históricamente, muchos movimientos populistas de América Latina han actuado con pragmatismo para incorporar a los de más abajo al sistema a través de formas corporativas de representación política, políticas sociales y prácticas de intermediación de naturaleza clientelar. Vale la pena recordar que esto fue denunciado históricamente por la izquierda como evidencia de la naturaleza conservadora del populismo. Más recientemente, los líderes de la izquierda radical populista han buscado restaurar la soberanía del pueblo a través del cambio de los órdenes constitucionales fundando Repúblicas Bolivarianas y democracias participativas plurinacionales. En la práctica, las dos alternativas —trabajar dentro del orden político existente o buscar un orden radicalmente nuevo— se encuentran en los extremos opuestos de un *continuum* que puede estar sujeto a una variedad de intervenciones populistas.

En un contexto de crisis de representación, como fue el caso en Bolivia, Ecuador y Venezuela hacia finales de los noventa y tempranamente en la década del 2000, los aspectos fundacionales del populismo se transformaron en dominantes

mientras que, en otros contextos más institucionalizados, los antagonismos populistas son mediados y constreñidos por el juego político institucional. Los gobiernos de los Kirchner en Argentina son un ejemplo de cómo el contexto define el alcance y límites del antagonismo populista. Para algunos académicos, los Kirchner representan el regreso del populismo a la Argentina. Ellos —particularmente el fallecido Néstor Kirchner— centralizaron el poder en la presidencia legislando por decreto y usando fondos públicos para asegurarse la lealtad de los gobernadores provinciales y para aceitar las ruedas de la máquina de clientelismo peronista. Ambos se manifestaron contra el neoliberalismo y la democracia de mercado de los noventa y revivieron la política popular nacional y las políticas de la izquierda peronista de la década del setenta. Néstor Kirchner llegó a ser bien conocido por su propensión a implicarse en querellas políticas con una amplia variedad de enemigos, desde el FMI hasta los militares, y por su estrecha alianza con Hugo Chávez. Tal vez el ejemplo más emblemático de la política del antagonismo en las administraciones de los Kirchner haya sido la confrontación entre los productores rurales y la presidenta Cristina Fernández de Kirchner en 2008, que siguió al intento del gobierno de introducir una nueva escala móvil para los impuestos a la exportación de granos y semillas oleaginosas. La confrontación polarizó a la sociedad argentina. Tuvo una dimensión normativa fuerte al acusar, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, a los productores (ricos) de negarle egoístamente los fondos necesitados por el gobierno para implementar sus ambiciosos programas sociales.

Por un momento, Argentina se pareció a los países andinos en cuanto a su nivel de conflicto social. La confrontación se derramó por las calles y los caminos, con agricultores bloqueando las carreteras y los partidarios y opositores del gobierno marchando por las calles de Buenos Aires. También evocaba las luchas pasadas entre Perón y la así llamada «oligarquía latifundista», tal vez con una connotación del aforismo de Marx sobre las diferentes formas en las que la historia se repite. Y sin embargo, el Gobierno perdió la pelea porque el Congreso votó en contra del impuesto. La resolución del conflicto a través de medios institucionales trae a consideración el argumento de Steven Levitsky y María Victoria Murillo (2008) de que cualesquiera sean las similitudes superficiales entre Kirchner y Chávez, Argentina no es Venezuela porque, a pesar de las intervenciones populistas de Kirchner y de la debilidad del sistema de partidos del país, las bases institucionales y sociales del pluralismo democrático en Argentina son mucho más fuertes que en Venezuela.

¿Tiene sentido hablar de populismo en sistemas políticos institucionalizados con controles y contrapesos, con una sociedad civil fuerte y activa y buen funcionamiento de las instituciones representativas? Yo pienso que lo tiene, siempre que no se haga referencia al populismo como un régimen político o como alguna clase de totalidad abarcadora sino, según lo sugerido anteriormente, como intervenciones populistas realizadas en un entorno discursivo e institucional político más amplio. Para comprender lo que se entiende por «intervenciones» es importante tener en mente la observación de Kazin (3) de que, cuando se traza la historia del populismo en los Estados Unidos, él no sostiene que sus sujetos

de estudio eran populistas, en el mismo sentido de que podrían ser unionistas o socialistas, protestantes o católicos, demócratas liberales o republicanos conservadores. Más bien, su premisa es que estos políticos empleaban el populismo como una «forma flexible de persuasión». Como lo pone en referencia a sus casos de estudio de populismo, «el populismo, claro, no fue el único elemento en su retórica pero creo que es imposible el negar su importancia» (6).

Aunque estoy de acuerdo con la formulación de Kazin, usaría «intervenciones» antes que «retórica» para significar un conjunto más amplio de prácticas materiales y simbólicas asociadas con el modo populista de identificación. En algunos casos, «intervenciones» refieren a las características personales del líder o a su trayectoria política que lo/la proyectan como ajeno al orden establecido, aunque no necesariamente en antagonismo con él. Basta con pensar cómo fue usada la vida de Obama por la extrema derecha en Estados Unidos para argumentar que ni siquiera es un ciudadano norteamericano o, en una versión menos fundamentalista, cómo ganó las primarias del Partido Demócrata presentándose a sí mismo como un político ajeno a la máquina del partido. No es trivial para comprender el atractivo de José Mujica, el tener en cuenta que fue un líder guerrillero tupamaro en la década de los setenta, una condición de la que nunca se arrepintió o renegó y por la cual pasó largos años en prisión bajo condiciones sobrecogedoras. La relevancia de su pasado es que el mismo no ha desaparecido completamente, no en el sentido de que esté abogando por una revolución violenta o que sus electores apoyen las metas y los métodos de los tupamaros sino más bien en el hecho de que los tupamaros fueron un movimiento anti-sistémico que desafió el orden político y económico, no en el nombre de la clase trabajadora o de la ideología marxista sino en el nombre del pueblo contra la oligarquía. No sin razón sus antiguos críticos y actuales aliados, los comunistas, los acusaron de «populistas». Como político, Mujica no denuncia las instituciones políticas de su país como ilegítimas y es un negociador político sagaz. Puede haberse transformado en una especie de viejo sabio de la política uruguaya y hay poco en su programa económico que pueda amenazar los intereses empresariales. Él trabaja dentro del sistema y no contra el sistema, pero sus raíces políticas y biografía personal tanto como su retórica política y su afirmación de representar a los de más abajo de la sociedad hacen de Mujica un extraño, si no al sistema como tal, al menos a la elite política, y lo convierten en un líder que es idolatrado por los pobres pero que, antes de llegar al gobierno, no le despertaba confianza a importantes sectores de las clases medias. Como sostuvo en su momento Jorge Lanzaro:

Mujica tiene un perfil populista, basado en el carisma, posturas anti-establishment y una apelación a los pobres que se vio reforzado por sus rasgos personales y su linaje como miembro del movimiento guerrillero tupamaro de la década de los 60, así como por su afinidad por los Kirchner gobernantes de Argentina y la izquierda «Bolivariana». (2009, 2)

En otros casos, los líderes políticos utilizan las intervenciones populistas junto con otras formas de retórica política para obtener ciertos efectos políticos. El caso de Lula da Silva ilustra este punto. Al enfrentarse a acusaciones de corrupción

contra su gobierno durante la campaña electoral de 2006, Lula usó ambos: el discurso populista de los excluidos contra la élite política y el discurso institucional de las diferencias para defenderse a sí mismo y a su partido contra las acusaciones. Así, durante una gira por el nordeste, donde tenía un fuerte apoyo popular entre los pobres, el presidente Lula dijo:

A mesma elite que levou Getulio [Vargas] a morte, que levou Juscelino [Kubitschek] ao maior processo de acusação e de mentiras, que tirou João Goulart, essa mesma elite tentou me tirar. Só que a diferença básica no meu caso não é que eu fosse melhor. E que tinha um componente que eles não contavam e descobriram que existia chamado povo brasileiro. (En *Folha de São Paulo*, 2006, s/p).

Sin embargo, al día siguiente, arguyó que la corrupción era un elemento estructural de la política brasileña: «Não pensem que o erro de cada um é individual ou partidário. O que acontece são os acúmulos de deformações que vêm da estrutura política do nosso país» (s/p).

Los extractos anteriores dejan en claro que Lula se estaba presentando a sí mismo como parte del pueblo bajo ataque por una siempre presente élite dominante que ya había hecho caer a otros líderes populares y, al mismo tiempo, presentaba la corrupción como un atributo del sistema político del cual, su partido el PT, formaba parte. En el primer argumento, él estaba siendo atacado de corrupción porque estaba bajo el ataque del sistema. En el segundo argumento, miembros de su partido estaban involucrados en actos de corrupción porque eran parte del sistema. Se puede recordar la tantas veces citada declaración de Lula de que la crisis financiera de 2008-09 fue causada por «gente blanca, de ojos azules» y no por «personas negras, pobres o pueblos indígenas» para hacerse una idea de por qué Lula se ha convertido «oficialmente» en el «político más popular de la Tierra» (en *Liveleak*, s/p).

Si las sombras de una vida vivida como un *outsider* o el hostigamiento ocasional al sistema fuera todo lo que son las intervenciones populistas, el atractivo del populismo en sistemas políticos altamente institucionalizados sería real pero limitado, un tipo de populismo leve. Hay, sin embargo, otra característica del populismo que lo vuelve potencialmente una fuerza política poderosa en cualquier contexto democrático. Canovan arguye que la democracia moderna tiene dos caras, una redentora y otra pragmática⁴. Sostiene además que, a pesar de que

4 Ella señala las distinciones en el trabajo de Michael Oakeshott quien argumentaba que la política en Europa ha estado marcada por la tensión entre dos estilos políticos que el denominó «la política de la fe» y «la política del escepticismo». Según esto, la política es tomada como el camino de alcanzar la perfección o salvación en el mundo asumiendo que es la acción del gobierno la que puede lograrlo. «La política de la fe», por lo tanto, implica la movilización del entusiasmo popular para este cometido, una búsqueda de mayor poder para lograrlo y la confianza de que es seguro otorgar ese poder a los seres humanos. La política del escepticismo, por el contrario, es recelosa tanto del poder como del entusiasmo y tiene expectativas mucho más bajas sobre lo que los gobiernos pueden lograr» (Canovan, 8).

las dos se oponen, las dos son también interdependientes; y que entre ellas yace una brecha en la que es presumible que aparezca el populismo (10-11). Canovan establece la distinción entre políticas redentoras y pragmáticas examinando diferentes elementos, como la atribución de que, pragmáticamente, la democracia es una forma de gobierno y una manera de sobrellevar pacíficamente los conflictos de las sociedades modernas por medio de un repertorio de reglas y prácticas mientras que, para la cara redentora de la democracia, el pueblo es la única fuente de autoridad legítima y la salvación se les promete siempre y cuando se hagan responsables políticamente de sus propias vidas. Concluye que, al menos en algún grado, la promesa de salvación de la democracia redentora resulta necesaria para lubricar la maquinaria de la democracia pragmática y que, si no está presente en el interior del sistema político establecido, bien podría reafirmarse en la forma de un desafío populista. Hay una formulación paralela a la relación entre la promesa redentora del populismo y la política democrática del día a día en la afirmación de Kazin, para quien el populismo se «enraiza en la brecha entre los ideales americanos y aquellas instituciones y autoridades cuyo desempeño los traicionan» y en su observación de que el populismo es «una forma de “optimismo retórico”» (289). Dicho en sus palabras: «Sólo cuando los izquierdistas o los propios liberales hablaron al estilo populista —esperanzado, sin reservas, hasta romántico— es que fueron capaces de conceder a su política un semblante de mayorías y de ayudar significativamente a mejorar el bienestar común» (6-7).

Para algunas versiones del populismo, la dimensión redentora de la democracia no se puede realizar al interior del sistema porque no puede haber espacios políticos comunes entre «el pueblo» y sus «opresores». De ahí que la brecha entre las dos dimensiones de la democracia sea insalvable bajo las reglas institucionales corrientes y se debe refundar el sistema sobre bases diferentes. La retórica redentora ahonda en el pasado para evocar formas de organización colectiva indígena y deliberación democrática en Bolivia o ideales bolivarianos selectivos en Venezuela con el fin de contrastarlas con las inequidades del presente e inspirar a las personas en la marcha hacia un futuro mejor. Sin embargo, el optimismo retórico del populismo también puede manifestarse en el intento de cerrar la brecha entre las dimensiones redentoras y pragmáticas de la democracia sin alcanzar nunca a hacerlo por completo o, alternativamente, haciendo trizas el orden político. Lula da Silva es percibido cada vez más, en particular dentro de Brasil, como un político ultra pragmático que pacta con sus antiguos críticos de derecha y ha adoptado el así llamado legado neoliberal de su predecesor, Fernando Henrique Cardoso. Muchos analistas, al rastrear el origen público del giro pragmático de Lula, lo encuentran en su famosa «Carta al pueblo brasileño» (Da Silva 2002) publicada a comienzos de la campaña electoral de 2002 en la que prometió que, si era elegido, su gobierno cumpliría con las condiciones fiscales y monetarias impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Pero vale la pena recordar que, en el centro de la campaña de Lula en el 2002, no estaba la promesa pragmática de reembolsar al FMI sino la promesa redentora de acabar con el hambre en un país

donde millones de personas aún lo sufrían. Y mientras su estilo de gobierno se ha vuelto más y más pragmático y menos redentor y la promesa de «Fome Zero» se ha transformado pragmáticamente en la altamente efectiva «Bolsa Familia», la dimensión redentora de la retórica del Presidente Lula todavía puede encontrarse, tal vez demasiado convenientemente, en sus intervenciones en las arenas internacionales en las que hace campaña por un nuevo equilibrio del orden mundial a favor de aquellos «debajo de todo». Como lo dijo en un discurso en el Foro Social Mundial en 2009:

O que essa gente [las elites políticas y económicas] não percebeu é que hoje o povo mais humilde da América Latina, os índios da Bolívia, os índios do Equador, os índios brasileiros, os seringueiros, os trabalhadores da Venezuela, do Paraguai, as pessoas aprenderam a não ter mais intermediário para escolher os seus dirigentes. As pessoas votam diretamente e escolhem em que elas confiam (Da Silva, 2009)

Hay momentos en los que un lema electoral capta el mensaje redentor del populismo. En la campaña electoral de 1989 Carlos Menem dijo al pueblo argentino: «Siganme, no los voy a defraudar». La apelación de Menem puede ser interpretada de muy diversas maneras. Puede ser vista como una evidencia de la naturaleza personalista y vertical del populismo y del vacío programático, si no de la duplicidad de las promesas de su campaña. Pero en el momento en que el pueblo argentino sufría de terribles dificultades económicas, su lema transmitió la promesa de sacar a las personas de su condición y de mejores tiempos por venir. En muchos aspectos Obama es la antítesis de Menem y así lo fue el eslogan de su campaña. «Sí, nosotros podemos» transmite un mensaje muy diferente de «siganme», una convocatoria a un esfuerzo colectivo más que el mandato de seguir al líder. A pesar de que Obama tiene una biografía que lo sitúa como el candidato presidencial con la historia de vida mas diferente en la historia de los Estados Unidos, nunca buscó hacer un capital político del hecho de no ser parte de la élite política, al contrario de Sarah Palin. Para algunos de sus críticos, uno los errores de Barack Obama es que busca demasiado el consenso a costa de comprometer sus ideales, demasiada articulación de las diferencias y demasiados pocos antagonismos, aunque su estilo consensual sea poco confiable para la derecha populista que prospera con los antagonismos hasta el límite de la paranoia y cree que Obama no es ciudadano estadounidense. A pesar de todo, «Sí, nosotros podemos» encapsula brillantemente el optimismo retórico que Kazin sostiene hizo del populismo un modo de persuasión tan poderoso y que dio esperanza y voz a millones de ciudadanos afroamericanos marginados que no se sentían representados por otros políticos.

CONCLUSIONES

¿Estoy argumentando aquí que los políticos como Pepe Mujica, Lula da Silva y Barack Obama son populistas? Si así fuera, ¿no estaría la afirmación expandiendo aún más un concepto de por sí altamente promiscuo? ¿Y qué decir de las implicancias políticas de llamar «populistas» a un grupo de políticos tan dispares? En verdad no estoy sosteniendo eso. En primer lugar, pienso que es importante tener en cuenta la advertencia de Kazin (1998, 6) de que los debates sobre quién es o no un verdadero populista, con frecuencia son una forma de enunciar las opiniones políticas de quien emite ese juicio o ¿debería decir las aversiones de esa persona? En segundo lugar, como sostuve anteriormente, el populismo es uno entre la variedad de discursos usados por los políticos para establecer relaciones de identificación con sus respectivos públicos. Es por eso que uso el término «intervenciones populistas» para expresar que, en última instancia, el populismo se refiere a una cierta estrategia política más que a la personalidad de un líder. En la práctica todavía llamamos «populistas» a algunos líderes aunque, con unas pocas excepciones, determinar quiénes son y por qué son populistas es algo que es fruto de fuertes polémicas. En la medida, y sólo en la medida, en que el modo populista de identificación es central para la apelación del líder y para su estrategia política, se puede decir que un líder como Hugo Chávez, *es* populista. En tercer lugar, el modo populista de identificación tiene varias dimensiones a las que me he referido como: i) «hablar como el pueblo» (la irrupción simbólica de un indicador de exclusión en la esfera pública); ii) «hablar por el pueblo» (dar voz a las reivindicaciones de aquellos que no se sienten representados en el sistema); iii) una estrategia política (la política del antagonismo) y iv) una promesa normativa de redención. Se puede pensar en estas dimensiones como una clase de gradiente político que se extiende desde los niveles más bajos de «populismidad» a los más altos. Puede argumentarse que estas distinciones son más analíticas que sustantivas, pero la mayoría de los estudios sobre populismo se ha centrado en la construcción discursiva del antagonismo entre «el pueblo» y la estructura establecida de poder como la esencia que lo define. En el discurso populista, sin embargo, este antagonismo es sólo parte de un camino político de redención que conduce a la plena incorporación de aquellos que se perciben a sí mismos denegados de algún derecho fundamental, económico o político, al cuerpo político. En algunos discursos populistas, la liberación del pueblo de la opresión requiere refundar el orden político. Otros, sin embargo, al buscar articular los reclamos del colectivo constituido por los denegados de reconocimiento y representación, enmarcan el conflicto entre los débiles y los más poderosos dentro de un conjunto común de normas de procedimiento democrático y del reconocimiento de intereses comunes. Existe en ellos la conciencia de que la equidad y el pluralismo son dos aspectos del orden político democrático que necesariamente incluyen conflicto y negociación y buscan promover un orden político más inclusivo que da voz y beneficios a aquellos que se encuentran en los niveles sociales más bajos.

Puede que, con todas las advertencias y salvedades señaladas antes, aún se pueda hablar de dos tipos de populistas o, al menos, dos tipos de apelación populista: uno es antisistémico, de mayorías, polarizado y basado en la lógica de los antagonismos, desprovistos de cualquier tipo de mediación institucional o valorativa. El otro es una mezcla de políticas pragmáticas y redentoras que, mientras denuncia las fallas del orden democrático y las limitaciones de las instituciones para definir el verdadero significado de la democracia, refuerza el pluralismo democrático dando voz a los excluidos y creando, en el proceso, un *demos* más inclusivo. Tal vez se pueda llamar a éste «populismo inclusivo» para distinguirlo del populismo de mayorías.

¿Por qué, entonces, no ir un paso más allá y llamar, a los líderes que han luchado para dar al pueblo reconocimiento y reivindicación pero al mismo tiempo reconocen que aquellos del otro lado de la partición populista también tienen intereses legítimos que requieren de compromiso y reconciliación, «populistas buenos», para distinguirlos de aquellos que valiéndose de llevar hasta el límite la estrategia del «nosotros contra ellos» acaban fracturando las sociedades y creando nuevas formas de exclusión en ambos lados de la división política? Creo que hay buenas razones para no tomar esta opción a la ligera. Primero, en su uso de sentido común el populismo es una marca de tal toxicidad que no debería ser otorgada livianamente a aquellos que la perciben como un término que implica la descalificación política. Segundo, aun si ninguna estrategia política del mundo real puede ser definida puramente en términos de relaciones de antagonismos, si creemos que el antagonismo entre el pueblo y sus opresores es el elemento que define al populismo, la voluntad de trascenderlo a través del reconocimiento de legítimas diferencias, tanto en el interior del *demos* como entre el pueblo y sus adversarios, significa que el término «populismo inclusivo» puede, ciertamente, ser un caso de extensión conceptual.

Finalmente, en el análisis de las variedades posibles del populismo hay también un rasgo normativo. Algunas veces, el pragmatismo, la reconciliación y el compromiso pueden no ser necesariamente algo bueno. Piénsese, por ejemplo, en el fracaso del estilo político pragmático del presidente Lula da Silva para limpiar la cámara séptica de corrupción de la política brasileña. Al contrario, algunos académicos han defendido las rupturas populistas como necesarias para la creación de un orden social más justo en países como Bolivia y Ecuador y aún en Venezuela. Hay indicaciones que muestran que algunos líderes comúnmente vistos como «populistas [radicales] malos» en América Latina son cada vez más conscientes de este argumento e incluso podrían estar abiertos a ser vistos como populistas. Curiosamente, tal vez, este poder transformador del populismo es aquel que el «populista bueno» Pepe Mujica tuvo en mente cuando notó que, dentro de ciertos contextos, el populismo puede ser considerado un calificativo honroso. La distinción entre populistas buenos y malos, en última instancia, depende de la política de cada uno. Cuando se trata de un análisis político, puede ser imposible evitar los juicios de valor, pero es importante dejar en claro sobre qué bases se realizan y este artículo ha buscado resaltar las zonas grises que matizan un tema presentado demasiadas veces en blanco y negro.

BIBLIOGRAFÍA

- Abts, Koen y Stefan Rummens. «Populism and Democracy» en *Political Studies*, vol.55, n.2, 2007, pp. 405-24.
- Arce, Moisés y Roberta Rice. «Social Protest in Post-Stabilization Bolivia» en *Latin American Research Review*, vol.44, n.1, 2009, pp.88-101.
- Arditi, Benjamín. «Populism as a Spectre of Democracy: A Response to Canovan» en *Political Studies*, vol.52, n.1 (Marzo), 2004, pp.135-43.
- Bowman, Glenn. «Constitutive Violence and the Nationalist Imaginary: The Making of “The People” in Palestine and “Former Yugoslavia”» en Panizza, Francisco (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso, 2005, pp.118-43.
- Buxton, Julia. «Venezuela: It’s Not the Economy Stupid», ponencia presentada en la conferencia *Latin American and the Caribbean in the Global Financial Crisis*. Institute for the Study of the Americas and Foreign and Commonwealth Office, Londres, 21-22 de abril de 2009.
- Canovan, Margaret. «Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy» en *Political Studies*, vol.47, 1999, pp.2-16.
- Capriles, Colette. «The Politics of Identity. Bolívar and Beyond» en *Harvard Review of Latin America* (Fall), 2008, pp.8-10.
- Coronil, Fernando. «Chávez’s Venezuela: A New Magical State?» en *Harvard Review of Latin America* (Fall), 2008, pp.3-4.
- Da Silva, Luiz Inácio «Lula». «Discurso do Presidente da República, Luiz Inácio Lula da Silva, durante o encontro com participantes do Fórum Social Mundial 2009: panel «América Latina e o Desafio da Crise Internacional.» Pará, 29 de enero de 2009. Disponible en <http://afinsophia.wordpress.com/2009/01/30/lula-e-presidentes-da-america-do-sul-desmistificam-a-criese-no-fsm-amazonia-2009/>
- . «Carta ao povo brasileiro». Partido dos Trabalhadores. Diretório Nacional, 22 June 2002. <http://200.205.248.99/site/jornalismo/openew.asp?IDNews512822&TPNews53> (accedido el 10 de junio de 2003).
- De la Torre, Carlos. «Velasco Ibarra and “La Revolución Gloriosa”: The Social Production of a Populist Leader in Ecuador in the 1940s» en *Journal of Latin American Studies*, vol.26, n.3, 1994, pp.683-711.
- . *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Centre for International Studies, 2000.
- . «Populism Radical y Democracia en los Andes» en *Journal of Democracy en Español*, vol.1 (Julio), 2009, pp.24-38.
- Dornbusch, Rudiger y Sebastian Edwards (eds.). *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago: University of Chicago Press, 1991.
- Freidenberg, Flavia (2008). «El flautista de Hammelin: liderazgo y populismo en la democracia ecuatoriana» en De la Torre, Carlos y Enrique Peruzzotti (eds.) *El Retorno del Pueblo. Populismo y nuevas democracia en América Latina*. Quito: FLACSO-Ecuador/Ministerio de Cultura, 2008, pp.189-237.
- Gatto, Hebert. «Cultura villera y política» en *El País Digital*, 2 de setiembre de 2009. Disponible en <http://www.elpais.com.uy/Paginas> (accedido el 2 de setiembre de 2009).
- Hidalgo, Manuel. «Hugo Chávez’s Petro-Socialism» en *Journal of Democracy*, vol.20, n.2, 2009, pp.78-92.
- Hunter, Wendy y Timothy Power. «Rewarding Lula: Executive Power, Social Policy and the Brazilian Election of 2006» en *Latin American Politics and Society*, vol.49, n.1, 2007, pp.1-30.
- Kazin, Michael. *The Populist Persuasion. An American History*. Ithaca and London: Cornell University Press, 1998.
- Knight, Alan. «Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially in Mexico» en *Journal of Latin American Studies*, vol.30, n.2, 1998, pp. 223-48.
- Kohl, Benjamin y Linda Farthing. *Impasse in Bolivia: Neoliberal Hegemony and Popular Resistance*. London: Zed Books, 2006.
- Laclau, Ernesto (1977) *Politics and Ideology in Marxist Theory*. Londres: Verso, 1977.

- . «Populism: What's in a name?» en Panizza, Francisco (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, 2005a, pp.32-49.
- . *On Populist Reason*. Londres: Verso, 2005b.
- Lanzaro, Jorge (2009) «Social Democracy Lives in Latin America». Disponible en <http://projectsyndicate.org/commentary/lanzaro1>
- Levitsky, Steven y María Victoria Murillo. «Argentina: From Kirchner to Kirchner» en *Journal of Democracy*, vol.19, n.2, abril, 2008, pp.16-30.
- Lowndes, Joseph. «From Founding Violence to Political Hegemony: The Conservative Populism of George Wallace» en Panizza, Francisco (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, 2005, pp.144-201.
- «Lula diz que, sem reforma, novos escândalos surgirão» en *Folha de São Paulo*, 24 July 2006. Disponible en <http://www1.folha.uol.com.br/folha/brasil/ult96u80639.shtml>
- Morales, Evo. «Discurso de posesión del Presidente Constitucional de la República, Evo Morales Aima pronunciado el 22 de enero de 2006» en *Portal de la Presidencia de Bolivia*. Disponible en <http://www.presidencia.gov.bo> (accedido el 8 de junio de 2009).
- Mujica, José. «Más populista será tu abuela!» en *Pepe tal cual es* (blog) 1 de junio de 2009, 2009a. Disponible en <http://www.pepetalcuales.com.uy/articulo/14> (accedido el 1/09/2009).
- . «Represento a los de abajo» en *Espectador.com*, 28 de junio de 2009, 2009b. Disponible en http://www.espectador.com/1v4_contenido_print.php?id=155498 (accedido el 29/06/2009).
- . «Gobernar no es hacer lo que se quiere. Es zurcir, bordar y tejer» en *Pepe tal cual es* (blog) 1 de abril de 2009, 2009c. Disponible en <http://www.pepetalcuales.com.uy/articulo/5/>
- Nogueira, Alejandro «El palo de la colmena» en *El País Digital*, 21 de junio de 2009. Disponible en <http://www.elpais.com.uy/Paginas> (accedido el 21 de junio de 2009).
- Panizza, Francisco. «Introduction» en Panizza, Francisco (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, 2005, pp.1-31.
- Panizza, Francisco y Romina Miorelli. «Populism and Democracy in Latin America» en *Ethics and International Affairs*, vol.23, n.1 (Primavera), 2009, pp.39-46.
- Penfold-Becerra, Michael (2007) «Clientelism and Social Funds: Evidence from Chávez's Misiones» en *Latin American Politics and Society*, vol. 49, n.4, 2007, pp.63-84.
- Peruzzotti, Enrique. «Populismo y Representación Democrática» en De la Torre, Carlos y Enrique Peruzzotti (eds.) *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO Ecuador - Ministerio de Cultura, 2008, pp.97-124.
- Riutort, Matías. «La economía venezolana en el 2007 y perspectivas para el 2008» en *Temas de coyuntura* vol.56 (diciembre), 2007, pp.115-26.
- Roberts, Kenneth M. «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case» en *World Politics*, vol.48, 1995, 82-116.
- . «Latin America's Populist Revival» en *SAIS Review*, vol.27, n.1 (invierno-primavera), 2007, pp.3-15.
- . «The Mobilization of Opposition to Economic Liberalization» en *Annual Review of Political Science*, vol.11 (junio), 2008, pp. 327-49.
- Schmitt, Carl. *The Crisis of Parliamentary Democracy*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1988.
- Stiglitz, Joseph. «Is Populism Really So Bad for Latin America?» en *New Perspectives Quarterly*, vol.23, n.2 (primavera) 2006, pp.61-62.
- Suárez, Hugo José. *Una semana fundamental: 10-18 octubre 2003*. La Paz: Muela del Diablo, 2003
- Talvi, Ernesto. «Tendencias Socioculturales y Cambio Político» en *CERES, Resumen de Prensa*, Montevideo: CERES, Mayo 2009.

- Weyland, Kurt «Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics» en *Comparative Politics*, vol.34, n.1, (octubre), 2001, pp.1-22.
- . «Politics and Policies of Latin America's Two Lefts: The Role of Party Systems vs. Resource Bonanzas». Preparado para *26th Congress of the Latin American Studies Association*. Montreal, 5-9 Setiembre de 2007.
- Zucco, César. «The President's "New" Constituency: Lula and the Pragmatic Vote in Brazil's 2006 Presidential Elections» en *Journal of Latin American Studies*, vol.40, n.1, 2008. pp.29-49.
- Zuquete, José Pedro. «The Missionary Politics of Hugo Chávez» en *Latin American Politics and Society*, vol.50, n.1, 2008, pp.91-121.

PRENSA CONSULTADA

Folha de São Paulo, 24 de julio de 2006.

Liveleak. Disponible en http://www.liveleak.com/view?i=37d_1238723472. (accedido el 21 de octubre de 2010)

Recibido el 26 de mayo de 2010.
Aceptado el 11 de noviembre de 2010.

POPULISMO, RENTISMO Y SOCIALISMO DEL SIGLO XXI: EL CASO VENEZOLANO

Populism, rentism and socialism in 21st. Century: the Venezuelan case

MARGARITA LÓPEZ MAYA* | DINOLIS ALEXANDRA PANZARELLI**

Resumen. En este artículo exploramos algunos aspectos centrales que permiten caracterizar al «chavismo» como un fenómeno populista. El artículo se compone de cuatro partes. En la primera, se enfatizan rasgos del proceso sociohistórico venezolano que crearon el escenario para un momento de ruptura populista en 1998. En la segunda, se analizan conceptos e imágenes del discurso chavista, que antagonizan al adversario y recrearon al sujeto político «pueblo» con una misión trascendente sellando la seducción entre líder y bases. En la tercera, exploramos los principales canales de comunicación entre Chávez y su «pueblo». En la cuarta, revisamos datos sobre la composición social de las bases y elites chavistas. En las reflexiones finales intentamos evaluar la potencialidad de permanencia de este fenómeno político.

Palabras clave: Venezuela, Chávez, chavismo, populismo, rentismo petrolero

Abstract. In this article we investigate some central aspects that allow «Chavism» to be characterized as a populist phenomenon. The article is made up by four parts. In the first part, we emphasize characteristics of the Venezuelan socio-historical process that created the scene for a moment of populist break in 1998. In the second part, we analyze concepts and images of the Chavist discourse that antagonize the opponent and that re-created the people as political subject with a significant mission sealing the seduction between leader and grassroots. In the third part, we investigate the main communication channels between Chávez and his «people». In the fourth part, we go through data about social composition of Chavist grassroots and elites. In the final reflections we try to evaluate the possibility of continuance of this political phenomenon.

Keywords: Venezuela, Chávez, Chavism, populism, oil rentism

* Historiadora y doctora en Ciencias Sociales. Investigadora y docente titular del CENDES de la Universidad Central de Venezuela. Directora de la *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* entre 1999 y 2004 y miembro del Comité Directivo de Clacso (2005-2008). Ha publicado *Del Viernes Negro al Referendo Revocatorio, 1983-2004* (Caracas: Grupo Alfa, 2005 y 2006), entre otros trabajos.

** Politóloga de la Universidad Central de Venezuela (2003). Ha trabajado en NN.UU. y en la OEA. Tiene una especialización en Gerencia Pública de la UNIMET (2005) y una maestría en Politics en New York University (2009). Recibió una beca Fulbright en 2007.

La victoria electoral de Hugo Chávez Frías y sus fuerzas «bolivarianas» en diciembre de 1998 significó un momento de inflexión en el proceso socio-político venezolano. La sociedad, padeciendo una crisis integral sin solución que demoraba ya dos décadas, había visto perderse muchos logros modernizadores alcanzados a lo largo del siglo xx. Los partidos hegemónicos, otrora populistas, habían terminado abrazando políticas y discursos neoliberales. El presidente Rafael Caldera había prometido revertir la situación al asumir por segunda vez el poder en 1993. También ofreció hacer una reforma constitucional. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Estos procesos crearon condiciones materiales y anímicas para que los votantes se pronunciaran por un cambio radical de elites y proyecto político. Chávez y su movimiento obtendrían el triunfo electoral al expresar políticamente lo que pareció en ese momento ser las aspiraciones de la mayoría: construir una democracia participativa, rechazar las políticas neoliberales y expulsar del poder a los partidos corruptos e insensibles. Diez años después el «Presidente comandante», ha transformado el proyecto inicial en lo que él llama un «socialismo del siglo XXI», de francas tendencias autoritarias. Habiendo concurrido a quince contiendas electorales, de las cuales ha ganado catorce, Chávez permanece firmemente anclado en el poder convirtiéndose en una de las figuras más emblemáticas del populismo latinoamericano.

Consideramos el populismo fundamentalmente como una forma universal de la política que aparece para empujar aspiraciones de inclusión social y cuyo eje definitorio es un discurso dicotómico de gran valor movilizador que construye sujetos políticos antagónicos e irreconciliables: el pueblo (los pobres y/o los que no tienen poder) y la oligarquía (el bloque de poder) (De la Torre 2000, 13). Lo reconocemos como una forma de democracia directa que privilegia el vínculo identitario entre líder y bases y rechaza las formas mediadas de la democracia. Si bien es en esencia democrático, tiende a prescindir de instituciones de representación, concentrándose en la movilización tras el líder como el instrumento político por antonomasia, lo que termina produciendo profundos déficits de democracia en la sociedad donde se establece (Peruzzotti 2009).

I. LAS CONDICIONES QUE PROPICIARON LA RUPTURA POPULISTA

La victoria de Chávez en 1998 significó la reemergencia en Venezuela del populismo, una arraigada tradición que, en el siglo xx, tuvo tanto versiones radicales como la del Trienio Adecó entre 1945 y 1948, como más moderadas como la de Carlos Andrés Pérez entre 1974 y 1979 durante el régimen democrático instaurado a partir de 1958 (Ellner 1997, Gómez Calcaño y Arenas 2006).

La persistencia en Venezuela de esta forma de hacer política ha tenido en la economía petrolera un factor de peso a su favor, aunque el petróleo se

sobrepuso a factores históricos más profundos. En la República oligárquica decimonónica, el caudillo carismático jugó un rol central en el control del orden social después de la ruptura del lazo colonial (Lombardi). El «Petroestado» conformado en el siglo xx se particulariza por recibir importantes ingresos fiscales que provienen del mercado mundial y no de la tributación de agentes económicos internos. Esto le permite a quienes llegan al poder una significativa libertad de acción —o arbitrariedad— con relación a demandas y presiones de la sociedad civil. El Petroestado se caracteriza también por privilegiar motivaciones políticas, lo que lo hace altamente susceptible a ineficiencia y corrupción administrativa (Karl).

El negocio petrolero también propició en Venezuela un fuerte y particular nacionalismo tanto en elites militares, políticas o burocráticas como en la población. Este nacionalismo está basado en la idea de que todos los venezolanos somos propietarios de este recurso natural correspondiéndole al Estado, en su carácter de representante de la nación, administrarlo y defenderlo tanto de intereses externos que buscan hacerse del bien como de internos que quieren apropiárselo para beneficio propio (Coronil). Quienes llegan al poder en Venezuela suelen legitimarse con discursos nacionalistas donde la igualdad y la justicia social juegan un rol central, igual que la desconfianza hacia potencias y corporaciones extranjeras. La cultura política socializada en el siglo xx le asignó al Estado-nación la tarea de impulsar en nombre del pueblo la modernidad y el progreso a través de la administración de la renta petrolera (Coronil y Skurski).

LA CRISIS ECONÓMICA Y LA LLEGADA DEL PARADIGMA NEOLIBERAL

Los distintos gobiernos democráticos de 1958 en adelante construyeron un discurso oficial donde la democracia implicaba tanto derechos civiles y políticos como un modelo económico que incluiría a todos en los beneficios del desarrollo (Crisp et al.). Sin embargo, en los años ochenta, la economía entró en declive y para resolverlo los gobiernos viraron hacia prácticas neoliberales que elevaron la pobreza y la miseria ampliándose la desigualdad en la distribución del ingreso. Comenzó entonces un sostenido cuestionamiento al Estado y a los partidos. En el Viernes Negro de febrero de 1983, el gobierno de Luis Herrera Campins (1979-1984) se vio obligado por el desajuste económico a cerrar las actividades cambiarias y proceder a una devaluación del bolívar. Fue un primer momento simbólico de concientización de los venezolanos sobre una crisis de la economía petrolera cuya responsabilidad fue atribuida principalmente a los partidos Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), ejes del sistema político.

La continuación de la crisis económica y la aplicación de políticas de ajuste de carácter neoliberal para conjurarla en los años noventa condujeron a que

la sociedad se fuera escindiendo en dos polos sociales —ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres— mientras las capas medias se achicaban y los pobres crecían en número. Las elites fueron crecientemente cuestionadas, los partidos rechazados y se multiplicaron las denuncias de corrupción. Partidos, sindicatos y gremios del bipartidismo van dejando de servir como eficientes correas de mediación y distribución de favores al desestructurarse las redes clientelares producto de la reducción del gasto fiscal (Roberts). La desinstitucionalización hace visible una creciente, pugnaz y a ratos violenta protesta popular liderada por estudiantes, sindicatos de empleados públicos independizados de los partidos, desempleados, jubilados e informales. Según el Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (PROVEA 1989-1999), entre los nueve años que van de octubre de 1989 a septiembre de 1998 hubo un promedio anual de 720 protestas, es decir dos diarias. Para 1998, el año cuando Chávez gana las elecciones presidenciales, las cifras de pobreza y pobreza extrema son cercanas al triple de lo que eran en 1983. Si para 1979 el ingreso del 5% más rico de la población era 41,58 veces superior al ingreso del 5% más pobre, esa misma relación en 1997 era de 53,11%. Es fácil colegir de estos datos el escenario de malestar y resentimiento que envenenaba la atmósfera, que favorecería una ruptura con el orden político vigente.

EL CARACAZO: SE DIVORCIAN LOS POBRES Y CAPAS MEDIAS DEL BIPARTIDISMO¹

La crisis económica, al no encontrar resolución, llevó a una descomposición de la estructura social y ésta, como señalamos arriba, al aumento de confrontaciones entre sociedad y Estado. Muchos actores, a falta de canales institucionales de mediación, escenificarían el conflicto en las protestas de calle (López Maya 2003). El 27 de febrero de 1989 tendrá lugar el segundo momento emblemático de conciencia colectiva sobre la crisis profunda que se desarrollaba. El estallido popular conocido como «El Caracazo» abarcó a casi todas las ciudades principales y secundarias del país prolongándose en la capital por una semana. Muchas ciudades fueron paralizadas por multitudes que trancaron calles y avenidas y saquearon miles de establecimientos comerciales. El Caracazo cedió sólo después de un intento por controlar la situación, tardío, improvisado e irresponsable por parte del gobierno de Carlos Andrés Pérez implicando una violenta represión a la población pobre y desarmada por parte del ejército con un saldo de centenares de muertos.

El Caracazo fue una experiencia inédita para la democracia venezolana. Determinó un divorcio irreversible entre los pobres y el presidente Pérez,

1 Los apoyos documentales y bibliográficos de esta parte pueden revisarse en los capítulos 2 y 3 de López Maya 2005.

líder carismático de las filas de Acción Democrática (AD) que, en su primer gobierno (1974-1979), había presidido sobre un auge de los precios petroleros sin precedentes que lo llevó a impulsar un proyecto político que llamó la «Gran Venezuela». El Caracazo se produjo dieciséis días después de la inauguración de su segundo gobierno, luego del anuncio de un programa de ajustes económicos neoliberales ortodoxo y del tipo *shock*. Con este anuncio, los sectores populares se vieron defraudados por el Presidente, cuyas promesas e insinuaciones electorales generaron expectativas de retorno a los años dorados. Es altamente simbólico que, ese día lunes, comenzaba el aumento del pasaje del transporte colectivo como consecuencia del aumento de la gasolina que, según el nuevo discurso oficial, debía ser pagado por la población a precios más cercanos a los internacionales. El petróleo dejaba de ser un bien de todos.

Pérez nunca pudo sobreponerse a su impopularidad después de la represión que ordenó, ni su gobierno ni la democracia pudieron reponerse en su legitimidad. Como derivado del Caracazo, tres años más tarde, un grupo del ejército liderado por militares de rango medio, entre ellos Hugo Chávez, dio un golpe de Estado contra el Presidente. Aunque fallido, el golpe sumió al gobierno en una crisis política de la cual nunca se recuperó. En mayo de 1993, Pérez fue destituido de su cargo por el Congreso Nacional luego de que la Corte Suprema de Justicia dictaminara que había méritos para seguirle un juicio por malversación de fondos de la partida secreta.

LA CRISIS POLÍTICA Y EL SEGUNDO GOBIERNO DE CALDERA

A la salida de Pérez, el Congreso designó como Presidente interino al historiador Ramón J. Velásquez, a quien le cupo la difícil tarea de conducir el Estado a las elecciones de diciembre de 1993 en medio de una profunda inestabilidad institucional². Durante la campaña electoral emergieron entre los favoritos dos candidatos propuestos por fuera del bipartidismo venezolano: el ex presidente Caldera y el sindicalista Andrés Velásquez. Este último era candidato de La Causa R (LCR), un pequeño partido de izquierda de imagen anti-institucional que venía haciéndose atractivo a un desencantado electorado. Los resultados electorales fueron apretados y hubo dudas sobre su pulcritud. En todo caso, AD y COPEI perdieron por primera vez desde 1958. Rafael Caldera, fundador de COPEI y protagonista de los pactos constitutivos de la democracia venezolana, ahora sin el apoyo de su partido, resultó ganador. El ex presidente representó en ese momento una salida política intermedia, entre una

2 Las ideas a continuación pueden verse más desarrolladas y con sus referencias en el capítulo 11 de López Maya 2005.

ruptura radical —entonces simbolizada por LCR— y una respuesta tradicional, representada por los candidatos de AD y COPEI. El atractivo de Caldera estuvo centrado en su discurso que ofreció elaborar una propuesta económica alternativa al neoliberalismo, con justicia social, así como una reforma constitucional, que incorporaría las demandas de descentralización, formas de democracia directa y personalización del voto, aspiraciones debatidas por la sociedad civil y política venezolana desde los años ochenta (Gómez Calcaño y López Maya).

Caldera no cumplió las promesas. Si bien inicialmente pareció conjurarse la crisis política y se serenó el frente militar, el gobierno se vio enfrentado a una profunda crisis bancaria-financiera, a la cual respondió aliándose en el Congreso con el partido AD e impulsando un segundo paquete neoliberal de ajustes económicos. Esta alianza impidió que se aprobara la reforma constitucional ofrecida, pues había sido siempre AD el obstáculo principal al cambio en las relaciones de poder.

Durante este gobierno continuó el declive institucional, visible en la creciente ineficiencia de las instituciones y los servicios públicos. Como Pérez, Caldera siguió desarrollando políticas sociales focalizadas de concepción neoliberal. También continuó y profundizó la política petrolera neoliberal de Pérez, que cedía a la alta gerencia de Petróleos de Venezuela (PDVSA) el control sobre la política petrolera. Esto determinó que PDVSA se orientara hacia una política de internacionalización de la compañía que disminuyó su aporte a las finanzas públicas agravando el déficit fiscal de esos años. La llamada política de «Apertura Petrolera» aumentó también los volúmenes de producción en detrimento de los precios del barril petrolero en el mercado internacional. Era ésta una política opuesta a la OPEP, de la cual Venezuela era socio fundador. Se propendió a una eventual reprivatización del negocio petrolero, lo que era contrario al discurso nacionalista del régimen democrático. Cuando en 1998 los precios del barril petrolero se desplomaron en el mercado mundial arrastrando hacia abajo —como siempre— a la economía venezolana y disparando de nuevo al alza la pobreza, desigualdad y el desempleo, la población, en especial la pobre, pero también las capas medias, estaba lista para volcarse hacia un *outsider*.

Una encuesta publicada en 1995 por Latinobarómetro dio pistas de lo que buscaban los venezolanos. Si bien 60% de los encuestados creían que la democracia era el mejor sistema de gobierno, expresaban tener poca o ninguna confianza en el sistema legal (70%), en el Congreso (78%) o en los partidos políticos (84%). Sólo un quinto de la población urbana creía que los resultados electorales eran limpios y cerca de la mitad opinaba que daba lo mismo por quien se votaba. Por otra parte, al preguntárseles si un gobierno «de mano de hierro» podía o no ser bueno para un país, 78% de los venezolanos contestó que podía ser bueno (Welsh 1995).

II. LA SEDUCCIÓN POPULISTA: FISONOMÍA, ORÍGENES Y REFERENCIAS SIMBÓLICAS DE CHÁVEZ³

Desde que Chávez iniciara su carrera política con el fallido golpe de Estado de 1992, muchos elementos se han conjugado para darle un aura irresistible para la mayoría de la población pobre o que ha experimentado el empobrecimiento en años recientes. Por una parte, su fisonomía y orígenes familiares: «Alto, de textura fuerte, pero no gruesa, tiene el tipo del venezolano que en los últimos cien años no ha recibido nuevas mezclas raciales. Pelo negro ensortijado, ojos achinados, boca gruesa, nariz perfilada» (Zago 1992, 14). Chávez nació en un pequeño pueblo del estado Barinas, a distancia de las partes del país más dinámicas en el proceso de modernización. Este estado forma parte de los altos llanos occidentales agregándole al personaje el aura de «llanero» que evoca en la cultura popular imágenes de un carácter heroico e indómito pero también indisciplinado e irreverente cuyo origen se remonta a la gesta independentista.

Chávez, por otra parte, ha construido un discurso político en el cual símbolos e imágenes, elaborados a partir de referencias históricas, militares, religiosas y culturales reinterpretadas juegan un papel de primer orden. En todo acto político realizado por él o su partido es posible encontrar el uso de símbolos de la nacionalidad para desarrollar y fortalecer su posición. En los orígenes mismos de su primer movimiento político, el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR 200), su ideología fue identificada como «el árbol de las tres raíces» siendo cada raíz la representación del pensamiento de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora. Rodríguez fue maestro de Bolívar y Zamora un caudillo de la Guerra Federal a quien Chávez y los otros fundadores del movimiento le han atribuido un «carácter reivindicativo y profundamente democrático» (Zago, 37). El MBR 200, incorporó doblemente en su nombre el símbolo más trascendente de la nacionalidad venezolana al llamarse «bolivariano» y al colocar el número 200 para representar el segundo centenario del natalicio del Libertador. Las primeras organizaciones de base se denominaron «círculos bolivarianos» y en 1999 se transformó el nombre de la república en «República Bolivariana de Venezuela». El nacionalismo constituye el corazón inicial y más fuerte de la simbología chavista aunque ha venido siendo complementado en los últimos años —debido al giro hacia un modelo socialista— con una creciente relevancia del imaginario de la izquierda política latinoamericana. Ejemplos de ello son las continuas referencias antiimperialistas contra EE.UU. y el realce de figuras emblemáticas de la izquierda como Che Guevara, Fidel Castro y Salvador Allende.

3 Este apartado recoge aspectos del análisis desarrollado en el capítulo 10 de López Maya (2005) con algunas actualizaciones.

La polarización política es un ingrediente clave. Era poco común en la historia reciente del país la existencia de discursos presidenciales con el grado de pugnacidad que caracteriza buena parte de las intervenciones del Presidente. Desde su primera campaña electoral se ha confrontado utilizando un lenguaje directo, agresivo, en muchas oportunidades descalificador y hasta procaz contra partidos políticos, personalidades, factores tradicionales de poder e instituciones. Contra las elites políticas previas no ha habido ahorro de calificativos despectivos y amenazas, desde ofrecer «freírles las cabezas» hasta llamarlos «imbéciles», «escuálidos», «traidores» o «pitiyanquis». A los dueños de los medios de comunicación privados más importantes del país, los calificó por un tiempo de «cuatro jinetes del Apocalipsis». A un periodista que reseñó, de manera objetable según él, su derrota en el referendo de la reforma constitucional de 2007, lo tildó de periodista «de mierda». Con la jerarquía de la Iglesia Católica, en varias ocasiones la confrontación ha sido frontal llegando Chávez a calificar a algunos obispos de estar poseídos por el demonio. Su enfrentamiento con intelectuales y periodistas nacionales y extranjeros ha sido extenso. Al historiador Elías Pino Iturrieta, miembro de la Academia Nacional de la Historia, lo catalogó de analfabeto. Al ex presidente Bush de los EE.UU. lo asocia con el diablo y lo llama «Mr. Danger». En una oportunidad, en Montevideo, le endilgó ante las cámaras para deleite de periodistas: «You are a donkey, Mr. Bush!».

Estrechamente asociado con la polarización, Chávez también ha empleado profusamente un lenguaje militar y bélico. La lucha política de él y sus seguidores son batallas épicas contra enemigos poderosos y llenos de maldad llamando a «ponerse las botas» y vistiendo en distintas coyunturas el uniforme militar. Desde temprano, lo militar ha jugado un rol central en su simbología ya que el movimiento se origina en los cuarteles, si bien siempre se presenta como una alianza cívico-militar. En años recientes, el imaginario militar comenzó a prevalecer sobre lo civil. Ahora Chávez se hace llamar «Comandante Presidente», título con que los cubanos distinguen a Fidel Castro, de quien Chávez es ferviente admirador. En 2004, Chávez creó las unidades de batalla electoral para organizar sus bases en el referendo revocatorio presidencial en agosto de ese año. El comando de campaña para su reelección en 2006 se organizó por batallones, pelotones y escuadras. En 2007, al fundar el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), le dio el nombre de «batallones socialistas» a las unidades organizativas del nuevo partido que están conformadas por «patrullas». El imaginario militar fortalece el carácter polarizado en el cual se coloca la transformación que propugna enfatizando el carácter trascendente y heroico que tienen las luchas contra los oponentes políticos, quienes son identificados como enemigos.

Junto con estos ingredientes, el discurso de Chávez también se vale de un amplio repertorio de símbolos religiosos que contribuyen a moldear una visión totalitaria y salvacionista de su proyecto político y liderazgo. El verbo

presidencial construye una visión omnicomprensiva del mundo, que tiene respuestas para todo, teniendo como misión última la creación de una «sociedad de hombres nuevos» (Zúquete).

Este discurso, ha tenido la clara intención de enfrentar y excluir una estructura de poder y una elite (interna y externa) consideradas por él y su movimiento como imperialista, oligárquica y corrupta. Como contraparte, Chávez elabora un eficaz discurso incluyente de los sectores populares. Este discurso se centra en la idea del «pueblo» como el protagonista de la historia y el agente de las transformaciones: «sólo el pueblo salva al pueblo, y yo seré el instrumento de ustedes [. . .] pero si hay que derramar sangre, Cristo dio el ejemplo» (*El Universal*, 30 de julio de 1997). En ocasiones, Chávez es apenas «una brizna de paja en el viento», un elemento prescindible. Utiliza constantemente expresiones dirigidas a elevar la autoestima del pueblo vinculándolo con gestas decimonónicas, en especial las de Independencia y las de la Guerra Federal; se refiere al «bravo pueblo» o al «pueblo noble y valiente» siendo éstos algunos de los tantos elogiosos calificativos que reiteradamente utiliza.

Estos mismos elementos, en mayor o menor grado, provocan el rechazo, desprecio y en múltiples ocasiones indignación entre sus adversarios. El discurso descalificador y excluyente es el más despreciado. Los apelativos primero de «oligarcas», «negativos» y «puntofijistas», luego de «golpistas», «pitiyanquis» y «contrarrevolucionarios» meten en un mismo saco a posiciones y trayectorias públicas que pueden ser muy diversas. Con ello homologa a sus oponentes y alimenta sostenidamente la polarización, que le ha proporcionado en estos diez años constantes triunfos electorales. Otros elementos discursivos, sin tener intenciones agresoras, tampoco son bien vistos por quienes lo adversan. Las referencias al pueblo como centro del proceso son leídas por sectores medios y altos como evidencias de un populismo demagógico. Su informalidad es identificada con improvisación. Alusiones beisbolísticas, por ejemplo, que son reiteradas en los programas semanales *Aló Presidente*, son vistas como poco serias e impropias de un estadista y el uso del humor una manifestación de chabacanería.

Como se ha sostenido con otros líderes populistas, de manera notable en el caso del colombiano Jorge Eliécer Gaitán, el lenguaje coloquial de Chávez, pleno de anécdotas y referencias familiares, democratiza la política, la humaniza acercándola al hombre común. Igualmente, la constante repetición de ese discurso, así como la presencia del Presidente casi diaria en los medios, ha llevado a sus seguidores a sentirse partícipes de las decisiones que afectan sus vidas recuperando así sentimientos de inclusión. La polarización entre chavistas y «escuálidos», por otra parte, ha servido para materializar, como lo hiciera Gaitán con los «convivialistas», un adversario que sus seguidores pueden identificar con claridad borrando incertidumbres de un mundo con diversos, distintos y distantes líderes y elites políticas (Braun).

III. LOS VASOS COMUNICANTES ENTRE CHÁVEZ Y SU PUEBLO

El Presidente Chávez, cónsono con la concepción del liderazgo populista, ha tendido crecientemente a debilitar todas las formas de mediación política, optando por vías más cercanas a un enfoque de democracia directa. Tres de ellas nos parecen clave para explicar, tanto el enorme atractivo que ejerce sobre sus seguidores, como la fuerte legitimidad que ha gozado entre la mayoría del país.

LA CAMPAÑA PERMANENTE

En los diez años que lleva Chávez como Presidente, quince han sido los procesos electorales que se han realizado, los cuales tienen poco que ver con el significado que éstos tienen en democracias representativas tradicionales. En todas las elecciones, tanto sean nacionales, regionales, locales o referendos, Chávez ha sido la figura principal bien porque se ha relegitimado en el cargo —como en el 2000 y en la reelección de 2006— o porque su liderazgo ha servido como «portaaviones» para los miembros de su elite política, quienes poco pueden competir con él. En el caso de los referendos, en todos ha operado la lógica de votar a favor o en contra de Chávez. De esta forma, se ha operado una relegitimación permanente del líder donde los partidos han sido apenas una parte de la plataforma que moviliza a las bases. Para su reelección en 2006, por ejemplo, el comando de campaña estaba integrado por dirigentes del partido MVR y organizaciones sociales mientras los otros partidos de la alianza fungieron sólo como asesores (*El Nacional*, 29 de julio de 2006). Desde 2006, la tendencia a la personalización que la lógica plebiscitaria ha ido imponiendo se ha exacerbado. Luego de las elecciones regionales y locales de noviembre de 2008, el Presidente se dirigió a su partido: «He visto que algunos dicen que este triunfo se debió a tal o cual partido. Se equivocan, este triunfo es de Chávez y de nadie más» (Chávez, s/p).

En general, todos los comicios han seguido la lógica plebiscitaria. En las elecciones regionales y locales que se han realizado, Chávez ha impuesto con alguna frecuencia candidatos de poco arraigo en las regiones o municipios convirtiendo la elección en un «plebiscito de confirmación» de él y su gobierno⁴. El recurso del *kino*, plantilla usada en las elecciones para diputados a la Asamblea Constituyente de 1999, fue un caso en cuestión⁵. El apoyo del líder dependía de seguir al pie de la letra lo indicado en ella. Esta situación llegó a

4 Pierre Rosanvallon llama «Plebiscito de confirmación» al que se da en elecciones legislativas bajo el régimen cesarista.

5 Esta plantilla ilustrativa tomó su nombre de un popular juego de lotería en el país. En ésta se explicaba en detalle, las columnas y posiciones que debían marcarse para «votar» por el Presidente Chávez, pese a que en esas elecciones el Presidente no competía.

ser en 2008 incluso más extrema imponiendo Chávez candidatos a gobernador y alcaldes sin arraigo en sus territorios. Si bien los resultados vistos en su conjunto fueron muy positivos para el chavismo, hubo excepciones notables. En ciudades como Caracas y Maracaibo, y en estados como Zulia, Miranda y Carabobo, esa lógica terminó no resultando exitosa para los candidatos oficialistas. Esta dinámica convierte a Chávez en un Presidente en permanente campaña política en la cual los partidos y otras mediaciones juegan un papel secundario. El carácter plebiscitario de la Presidencia, moldeado por esta campaña permanente, ha venido ahondando la incapacidad de la sociedad para ejercer contraloría sobre el Estado, amenazando la continuidad de instituciones democráticas de Venezuela. Es ésta una tendencia que se está observando también en otros países de la región andina como Ecuador y Bolivia (Conaghan y de la Torre, 2008).

CHÁVEZ Y EL «ESTADO COMUNICADOR»

Han sido los medios de comunicación una vía privilegiada para la comunicación entre líder y masas, intrínsecamente vinculado con la estrategia plebiscitaria. Desde el inicio del primer gobierno de Chávez, bien porque no había una clara o coherente política comunicacional por parte del gobierno o bien porque Chávez así lo decidió, lo cierto es que ha sido él desde un principio el centro de la estrategia comunicacional (Morales y Pereira). A partir de 2004, cuando ya toma cuerpo una política estatal compleja, esa centralidad se reforzó girando todo el andamiaje en dos recursos principales: las cadenas presidenciales de televisión y radio y el programa dominical *Aló Presidente*. En diez años de gobierno, las cadenas presidenciales han alcanzado el equivalente a 1.038 horas de transmisión, es decir unos 43 días. El promedio para *Aló Presidente* hasta junio de 2008 fue de 4 horas y 21 minutos. Pero desde enero de 2006 el promedio subió a 6 horas y 22 minutos (Oropeza, 67). Como referencia comparativa, el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, otro líder que gustaba de usar los medios y a quien le tocó estar al frente de su país durante la 2ª Guerra Mundial, utilizó unas 499 horas, 21 días en sus doce años de gobierno, es decir la mitad que Chávez en más años que él. Por otra parte, Venezolana de Televisión (VTV), el canal bandera del Estado, se usa casi exclusivamente para la comunicación directa entre líder y pueblo y para adoctrinar en los valores del llamado «socialismo». Tres de cada cuatro horas de programación son de propaganda oficial y para reproducir extractos de las cadenas y de *Aló Presidente* (67).

Después del golpe de Estado de 2002, el gobierno fue elaborando lo que algunos han denominado una estrategia de Estado-comunicador (Bisbal). Para ello, ha ido creando toda una estructura o plataforma comunicacional con la finalidad de enfrentar al «enemigo» (tanto interno como externo) y a

la vez irradiar, a través de la cultura de masas, el proyecto y proceso político-ideológico que se desea instaurar. Para ello, cuenta, además de VTV, que ha modernizado y expandido su señal hasta tener cobertura en todo el territorio nacional, con Vive tv, Ávila tv y Telesur. Ésta última fue concebida en 2005 como canal de varios estados latinoamericanos (Argentina, Cuba y Uruguay) pero ha terminado por ser otro canal del gobierno venezolano, pues gracias a los petrodólares, Venezuela lo financia casi íntegramente y lo usa a los propósitos de posicionar el liderazgo de Chávez en la región. Además de estaciones de televisión, está el crecimiento de la red radial estatal donde Radio Nacional de Venezuela (RNV) funge como el centro de un conglomerado de estaciones que transmiten *Aló Presidente* así como información y propaganda oficial que llega a toda la geografía urbana y rural del país. Desde 2004, RNV cuenta también con una señal de onda corta internacional. Adicionalmente está la Agencia Bolivariana de Noticias (ABN) que tiene corresponsalías en Brasil, Argentina, EE.UU., España y Colombia así como varios periódicos. Está en construcción un satélite que difundirá la programación de Telesur a todo el continente. Toda esta plataforma se ve reforzada por el impulso y financiamiento que el gobierno ha dado a numerosas radios comunitarias, muchas de las cuales apoyan las políticas del Presidente y se movilizan en coyunturas electorales (Bisbal; Fernandes).

Gracias a esta estrategia, el Presidente es una figura cotidiana en la vida de sus seguidores. Lo ven permanentemente, se sienten en contacto con él y se perciben participando de su gestión de gobierno. Su avasallante presencia a través del espacio audiovisual y radioeléctrico, amén de periódicos, vallas y grafitis, es una manera de ejercicio de democracia directa direccionada de arriba hacia abajo. A través de los medios, Chávez hace avanzar su agenda y al mismo tiempo estigmatiza y obstaculiza cualquier iniciativa que se le oponga.

La construcción del adversario político y la lucha contra él se desenvuelve de manera importante en este espacio mediático. Si bien Chávez en sus inicios recibió apoyos de las principales corporaciones mediáticas del país, esta relación fue breve y pasó rápidamente a una lucha frontal. Hoy algunos dueños de los medios han devenido en protagonistas —a veces principales— de la oposición política al proyecto chavista. El presidente los estigmatiza y ellos lo estigmatizan a él; algunos medios privados han actuado dentro de la misma lógica polarizada debilitando expresiones más complejas y sutiles de ver al presidente, a su gestión gubernamental y al proyecto político bolivariano. La lucha de estos polos ha sido permanente obstáculo para el desarrollo de la política y de los políticos, lo que refuerza las tendencias de debilidad de cualquier esfuerzo por crear mediaciones. Entre ambos polos, se han vivido varios momentos de clímax, como los casos del *blackout* televisivo durante el golpe de Estado del 11 de abril de 2002 y el cierre de Radio Caracas Televisión el 27 de mayo de 2007.

Siendo esta vía tan estratégica, el gobierno de Chávez ha buscado de manera creciente reducir la influencia de estos medios privados de comunicación. Ya en diciembre de 2000, ante el paro cívico convocado por las fuerzas de la oposición respaldado por los medios privados, Chávez respondió amenazando con hacer aprobar en el Congreso una ley de contenidos para regularlos (*El Nacional*, 24 de diciembre de 2001). En 2005, con la política del Nuevo Orden Comunicacional, la estrategia se ha complejizado abarcando también un conjunto de instrumentos legales (la Ley de Responsabilidad Social en los Medios de Comunicación y la de Telecomunicaciones, entre otras) que dotan al gobierno de recursos a los que puede acudir en caso de necesitar debilitar medios que considera contrarios a sus intereses. Estas normativas, si bien tienen aportes importantes para regular este «cuarto poder», también mantienen ambigüedades que pueden ser objeto de interpretaciones de acuerdo con la ocasión. Con la pérdida de autonomía de los poderes públicos, en particular del Judicial, las interpretaciones sirven para controlar o castigar a dueños de medios o periodistas que el presidente considere adversos a él. El gobierno acude también a otros recursos intimidatorios. Se señalan entre estos: sanciones tributarias, confiscación de equipos, retiro de publicidad del Estado, uso abusivo de las cadenas que representan cuantiosas pérdidas para los medios privados, etc. (Bisbal).

LAS REDES POPULARES PARA LA ORGANIZACIÓN, PARTICIPACIÓN, DISTRIBUCIÓN DE RECURSOS Y MOVILIZACIÓN ELECTORAL

La construcción de un vasto tejido organizativo político y social, impulsado desde el gobierno y centrado en la figura de Chávez, es una tercera estrategia central en la comunicación del presidente con sus bases. Una estrategia organizativa para la movilización eficaz y frecuente ha sido una preocupación central para este régimen político que, en su discurso, rechaza las formas de representación convencionales del modelo liberal. Podemos diferenciar por lo menos tres etapas en la evolución de sus prácticas.

Una primera, antes de llegar al poder, de formación del movimiento bolivariano como un vasto movimiento nacional popular, contenido y orientado por un partido: el MBR 200. Aparte de su composición cívico-militar y ciertos rituales particulares (como el juramento bolivariano al ingresar) el MBR 200 fue similar a los demás partidos de masas de Venezuela. Sin embargo, nunca pudo contener a todos los simpatizantes del líder, que procedían de los más diversos caminos sociales e ideológicos. De modo que, además del MBR 200, el bolivarianismo contó desde antes de 1998 con diversas organizaciones populares, grupos de simpatizantes, partidos de izquierda y personalidades que compartían ideas y particularmente el liderazgo emergente de Chávez. Para aglutinarlos en la campaña presidencial, ese año nació el Movimiento

Quinta República (MVR), pensado inicialmente como una estructura electoral paralela al partido, fuertemente centralizada y controlada por Chávez. Al ganar el MVR, esa elección y los siguientes comicios hasta 2006, éste terminó por sustituir al MBR 200 debilitando el concepto del partido como empresa colectiva y fortaleciendo las tendencias personalizadas, centralizadas y pragmáticas orientadas por la lógica electoral.

Una segunda etapa abarcaría el primer gobierno de Chávez entre 1999 y 2007. En ella se buscó que el MVR cuajara como instrumento político del movimiento, pero los esfuerzos hechos fueron intermitentes y su éxito escaso. Más exitosas fueron organizaciones sociopolíticas creadas fuera del MVR, ligadas directamente a la defensa del presidente y con propósitos electorales como los Círculos Bolivarianos, las Unidades de Batalla Electoral y los Batallones Electorales. Estas organizaciones reforzaron el verticalismo y el personalismo político en torno a Chávez. En otra dimensión, se impulsaron organizaciones sociales en los barrios populares urbanos y en el campo dirigidas a gestionar con el Estado servicios públicos en las comunidades. Mesas Técnicas de Agua, Comités de Tierra Urbana o Rural, Comités de Salud, Madres del Barrio y otras constituyeron la base de un tejido social novedoso con distintos grados de autonomía y con el fin de concretar en la práctica el derecho constitucional a la participación en la gestión de políticas públicas. Estas «comunidades organizadas» experimentaban para encontrar modalidades más eficientes al propósito de inclusión, autodesarrollo y solución a gravísimos problemas en el acceso a los servicios públicos impulsando una importante dinámica «de abajo hacia arriba» que generó el entusiasmo popular y explica la legitimidad que el presidente adquirió entre los sectores de ingresos bajos durante estos años. Esta dinámica convivió con dinámicas que llevaban una direccionalidad «de arriba hacia abajo» impulsadas también por el presidente y funcionarios públicos, particularmente militares que controlaban algunas de las misiones sociales. Las tensiones motivaron durante un tiempo un importante proceso de movilización y politización.

Una tercera etapa se transita actualmente, en el segundo gobierno de Chávez, con el desplazamiento de la democracia participativa por el modelo llamado «socialista». Bajo esta nueva propuesta, se produce el llamado del presidente a la disolución de todos los partidos de la alianza política, incluida el MVR, para conformar el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) como partido único de la revolución. Igualmente, se procede a la creación de los Consejos Comunales (CC) como núcleos primarios de un nuevo modelo de sociedad, núcleos a los cuales han de articularse todas las formas participativas previas. Los CC, según su ley de 2006, están pensados para gestionar servicios públicos y son dependientes de la Presidencia de la República de quien reciben los recursos. Ambas formas de organización —la partidaria y la participativa— tienen en su vértice al presidente Chávez y en lo fundamental

están dirigidas desde arriba debilitando las prácticas democratizadoras, aunque persisten en ellas tensiones y contradicciones que provienen de la movilización desde abajo. Ambas se sostienen con los recursos públicos con lo que han fortalecido el clientelismo político como estrategia de vinculación con el líder. En enero de 2009, iniciándose la campaña del referendo para la enmienda constitucional, la ministra del Poder Popular para la Participación, en claro reconocimiento del status de los CC como brazos del gobierno y del PSUV, les ordenó cesar las obras que estuvieran haciendo para dedicarse de lleno a buscar los votos para el triunfo de la propuesta de Chávez que permitiría la reelección en todos los cargos (*El Nacional*, 8 de enero de 2009). Así, estas modalidades organizativas, que en principio parecieron tener como propósito empoderar a una sociedad civil popular emergente, crecientemente parecen acoplarse a servir de correa de transmisión de los recursos públicos a las comunidades organizadas para que gestionen servicios públicos y movilicen a las bases chavistas en tiempos electorales. En la Ley Orgánica de los Consejos Comunales aprobada por la Asamblea Nacional en 2009 se les dio por finalidad la «construcción de un modelo de sociedad socialista», asignándoles tareas como crear organizaciones socio-productivas para impulsar la propiedad social y coordinar con las Milicias Bolivarianas acciones «en lo referente a la defensa integral de la Nación» (LOCC, 2009, Art.23). Esto reforzó su carácter estatal.

IV. COMPOSICIÓN SOCIAL DEL CHAVISMO

Una manera de identificar la composición social de las bases del chavismo la proporcionan los resultados electorales. En éstos se constata la correspondencia entre la polarización social y política en Venezuela. Los sectores sociales medios y altos tienden a votar mayoritariamente por cualquier opción contraria a Chávez mientras que los sectores más populares votan por él. También se manifiesta una polarización entre el campo y la ciudad. Aunque Venezuela es una sociedad altamente urbana, el voto de las ciudades pequeñas, pueblos y caseríos tiende a volcarse más a favor de Chávez mientras que en las grandes ciudades esa tendencia no es tan pronunciada. En el cuadro siguiente se ilustran algunos ejemplos de estas tendencias comparando los resultados del referendo revocatorio de 2004, de las elecciones de 2006 y de la enmienda constitucional de 2009. Esta polaridad electoral ha sido una característica sostenida desde 1998.

EJEMPLOS DE POLARIZACIÓN ELECTORAL. Porcentaje de votos para Chávez en el Referendo revocatorio 2004, Elecciones 2006 y Referendo para enmienda constitucional 2009.			
	EL NO EN REFERENDO 2004	ELECCIONES 2006 VOTO POR CHÁVEZ	EL SI/ EN ENMIENDA CONSTITUCIONAL 2009
NACIONAL	59,1	62,9	54,9
Zona Metropolitana Caracas	48,7	54,8	45,2
Municipio Libertador	56,0	62,6	52,0
Parroquia Antímano	76,7	81,9	72,3
Parroquia San Pedro	28,0	32,3	25,4
Municipio Baruta	20,6	24,2	18,6
Parroquia El Cafetal	9,3	10,9	8,1
Municipio Chacao	20,0	23,3	17,4
Municipio El Hatillo	17,9	20,3	16,9
Centro Club La Lagunita	5,7	7,8	4,5
Municipio Sucre	47,1	53,1	43,8
Parroquia La Dolorita	73,1	78,4	68,5
Parroquia Leoncio Martínez	21,8	26,4	20,1
Estado Zulia	53,1	51,4	47,3
Municipio Maracaibo (Maracaibo)	47,9	46,9	40,6
Parroquia Idelfonso Vásquez	67,4	57,8	53,2
Parroquia Olegario Villalobos	26,3	26,9	21,9
Estado Carabobo	56,8	61,7	52,4
Municipio Valencia (Valencia)	47,6	52,4	45,08
Parroquia Sta. Rosa	62,0	65,5	55,7
Parroquia San José	14,1	17,6	13,2
Estado Lara	64,8	66,5	55,5
Municipio Iribarren (Barquisimeto)	60,9	64,8	51,4
Parroquia Unión	72,5	74,7	61,5
Parroquia Sta. Rosa	40,5	45,4	34,9

FUENTE: <http://www.cne.gov.ve/>

El cuadro muestra una selección ilustrativa del comportamiento de electores de distintas ciudades y diferentes niveles de ingreso. En Caracas se ve cómo los tres municipios pequeños, pero de mayores niveles de ingreso (Baruta, Chacao y El Hatillo) votan sostenidamente en contra de Chávez mientras que los municipios grandes (Libertador y Sucre) por congregar la mayoría de los barrios populares de la ciudad, consistentemente favorecen a Chávez con su voto. Dentro de los distintos municipios caraqueños se tomaron parroquias con distintas

composiciones sociales mostrándose con nitidez la tendencia mencionada. Por ejemplo, la parroquia Antímamo del municipio Libertador es una de las más pobres de la ciudad y vota sólidamente por Chávez. En contraste, la de San Pedro, mayoritariamente de clases medias, se pronuncia electoralmente por la oposición. Un ejemplo extremo es el centro Club La Lagunita, sector residencial de sectores altos, donde la oposición captura más del 90% de los votos.

El cuadro también presenta los datos correspondientes a tres estados del país que son asientos de tres de las ciudades más importantes y pobladas. Allí se aprecia que la votación a favor de Chávez en todo el estado es superior porcentualmente a la obtenida en la capital del estado. En zonas rurales y más rezagadas, Chávez tiene mayor pegada electoral. También para cada una de las ciudades se comparan los resultados electorales de la parroquia más rica con los de la más pobre. Consistentemente Chávez pierde en las ricas y gana en las pobres.

La composición social de dirigentes y de quienes a lo largo de estos años conforman las elites del chavismo es diversa y, aunque no existen demasiados estudios sobre ello, algunos datos nos permiten dibujar algunas características. En un estudio sobre la composición de la Asamblea Nacional de 2000, por ejemplo, se observó que la mayoría de los diputados procedentes de la alianza chavista (MVR y MAS) reconocía su nuevo ingreso como suficiente o más que suficiente (84,5% y 66,7% respectivamente) mientras los parlamentarios del partido Proyecto Venezuela lo consideraban mayoritariamente insuficiente (75%). El 50% de los parlamentarios adecos también lo consideraba insuficiente (Martínez Barahona, 230-31). Es un dato que parecería indicar que el nivel de ingresos que devengaban los chavistas entonces era el más alto que habían tenido, lo que señalaba su más baja extracción social con relación a otras elites. Si se atiende al nivel educativo, en el parlamento de 2000 el 72,4% de los congresistas del MVR eran profesionales (con grado universitario o posgrado), lo que era muy similar al nivel educativo de los diputados de AD, los cuales 75% declaraban tener grado universitario o posgrado. Parecería que estamos en presencia de una elite profesional aunque procedente de las clases medias de ingresos más bajos.

Estos datos guardan afinidad con las elites militares, la otra importante fuente de la que se nutren las elites chavistas. Son los militares también de clases medias bajas o incluso de extracción humilde pero con niveles de educación profesionales. Los casos de Chávez, Francisco Arias Cárdenas o Jorge García Carneiro son ilustrativos de este origen. El general García Carneiro, quien fue Ministro de la Defensa en el primer gobierno de Chávez y es actualmente gobernador del estado Vargas, nació y vivió en un barrio popular de la parroquia El Valle de Caracas (Harnecker). Chávez proviene de una familia pobre de seis hermanos cuyos padres eran maestros de escuela en un pueblo del remoto estado Barinas (Marcano y Barrera). Arias Cárdenas proviene de una familia

humilde andina de doce hijos, cuyo padre se ganaba la vida como chofer de transporte público (Zago). Ingresó primero al seminario y luego a la carrera militar como medio para sobrevivir y educarse. Estos militares recibieron educación hasta el nivel universitario en las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, distintos estudios coinciden en que muchos de los políticos o funcionarios públicos civiles que debutan por primera vez con el chavismo en cuerpos deliberantes y en la administración pública, cuando son de mediana edad, suelen tener una importante formación, experiencia y compromiso político con valores contrahegemónicos que datan de muchos años antes de la llegada al poder de Chávez. Algunos provienen de partidos tradicionales como AD y COPEI, pero la mayoría pertenecieron a partidos de la izquierda venezolana o se formaron en el activismo social desarrollado en el país desde los años sesenta (Valencia Ramírez, 95). Por ejemplo, cuadros del partido La Causa R, partido que se originó en 1970 de una división del PCV y que en 1997 se dividió conformándose el partido Patria Para Todos (PPT), han proporcionado figuras claves de los dos gobiernos de Chávez. Destacan entre otros relevantes, Alí Rodríguez, Aristóbulo Istúriz, María Cristina Iglesias, Julio Montes, Bernardo Álvarez y Francisco Sesto. Todos ellos son profesionales universitarios, vienen del activismo social y político de al menos dos o tres décadas atrás y han ocupado diversos altos cargos en el alto gobierno. Todos han sido ministros en algún momento⁶. Muchos activistas sociales entre los cuarenta o cincuenta años, que trabajan en las distintas formas de participación comunitaria implementadas por el gobierno de Chávez, iniciaron su oficio formándose en la doctrina social de la Iglesia Católica; de allí pasaron a militar en partidos de izquierda o en organizaciones dentro del movimiento popular urbano (López Maya, mimeo). Otros provienen de organizaciones populares vinculadas con la lucha armada de los sesenta, que luego se abocaron a luchas urbanas como parte del movimiento popular (López Maya, mimeo).

REFLEXIONES FINALES

El espectacular ascenso al poder en Venezuela de Hugo Chávez a fines del siglo xx respondió a un conjunto de procesos de crisis en la vida social venezolana que se fueron incubando por dos décadas. Estos procesos favorecieron una ruptura populista como instrumento para el cambio y la transformación social en

6 Un caso destacado es Alí Rodríguez Araque, comandante por el PCV de la lucha armada de los años sesenta, luego miembro del Partido de la Revolución Venezolana (PRV, cuyo líder fue Douglas Bravo). Se graduó en la Universidad Central de Venezuela de abogado, entró a LCR en los años ochenta, se fue en 1997 y junto con Istúriz, Iglesias, Alberto Muller Rojas, Sesto y otros fundó el Partido Patria Para Todos (PPT). Es directivo del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Ha sido Ministro de Hidrocarburos, Finanzas, Canciller, Presidente de PDVSA, embajador de Venezuela en Cuba y Ministro de Energía Eléctrica desde enero de 2010.

beneficio de excluidos e insatisfechos con el orden establecido. Chávez tuvo, no sólo un escenario sociopolítico y económico altamente favorable. También reunía atributos personales que lo hacían muy atractivo a las masas.

A partir de 1999, ya en ejercicio del gobierno, la estabilización de la nueva relación de fuerzas que el bolivarianismo representaba se tornó una tarea compleja. Las múltiples demandas insatisfechas que Chávez articuló como significativo vacío necesitaban concretarse. Chávez cumplió algunas de las expectativas más caras, no sólo de los pobres sino también de sectores de capas medias e intelectuales. La Asamblea Constituyente, que elaboró la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela en 1999 (CRBV), institucionalizó las aspiraciones de mecanismos de democracia directa tanto en la esfera política —con los referendos, asambleas ciudadanas, revocatoria de mandato, entre otros— como en la gestión de servicios públicos llenando aspiraciones de capas medias y pobres. Dio el voto a los militares, reafirmó la centralidad del Estado, la universalidad de los derechos sociales, la obligación del Estado a garantizarlos y la propiedad de éste sobre el petróleo, todo ello en clara oposición a los paradigmas neoliberales. En sus primeros años, el gobierno pareció iniciar el camino hacia un Estado que, conforme a los debates y luchas de las décadas previas, propendía a una democracia sustantiva sin sacrificar las instituciones de la democracia liberal.

Pese a que Chávez cumplía demandas postergadas, los cambios institucionales propugnados chocaron con poderosos intereses constituidos. Empresarios, medios de comunicación, gerencia petrolera, líderes sindicales y jerarquía de la Iglesia Católica, entre otros, resistieron violentamente los cambios en las relaciones de poder entre 2001 y 2004. El enfrentamiento político alcanzó un clímax con el golpe de Estado, el paro petrolero y las «guarimbas»⁷. La sobrevivencia del presidente y su gobierno a estos ataques, apoyados por la Fuerza Armada y la movilización de sus seguidores donde los partidos políticos tuvieron poco peso, afianzó el populismo como forma de hacer política profundizando el discurso dicotómico, la centralidad del liderazgo personal del presidente Chávez y debilitando al extremo los ya bastante disminuidos valores que los sectores populares profesaban por las instituciones representativas. Fue en ese contexto conflictivo, polarizado y violento donde terminó por predominar las tendencias más personalistas y autoritarias del proyecto expresado en la CRBV.

Desde 2004 con el referendo revocatorio, establecer vínculos directos del líder con su pueblo se constituye en orientación explícita del Estado como en

7 Las «guarimbas» fueron acciones de protesta que protagonizaron los ciudadanos haciendo simultáneamente bloqueos en avenidas, calles e incluso algunas arterias viales principales de las ciudades. Algunas guarimbas desembocaron en violencia, con fogatas, pedradas y balaceras. Al llegar la policía, los autores de la protesta se esfumaban refugiándose en sus casas o algún lugar seguro. Se buscaba crear el caos y la intervención de la Fuerza Armada para deponer a Chávez.

el caso del Nuevo Orden Comunicacional lanzado como política del gobierno en 2005 o los consejos comunales institucionalizados en la ley de 2006. Los partidos se achican en importancia frente a organizaciones sociales impulsadas desde la Presidencia que sirven para gestionar servicios públicos, defender al Presidente y/o movilizar las bases chavistas en tiempos electorales. Se debilitan los procesos de descentralización político-administrativa a favor de una recentralización del Estado. El presidente concentra recursos, atribuciones y poderes, legisla por decreto y se va perdiendo la autonomía de los otros poderes públicos. En nombre del «proceso revolucionario» dirigido a crear un «socialismo del siglo XXI» se van debilitando las instituciones de mediación liberales como la Asamblea Nacional desarrollándose mecanismos como el «parlamentarismo de calle», una modalidad participativa utilizada ocasionalmente desde el 2006 que convoca al pueblo a las plazas no tanto para deliberar sino para difundir y posteriormente defender algunas leyes y normas. La deliberación y toma de decisiones es cada vez más un proceso decisorio exclusivo del presidente.

La reelección de Chávez en 2006 para un segundo mandato de seis años, con un caudal de votos sin precedentes en Venezuela desde 1958, ni en números absolutos ni en porcentajes, pareció corroborar la aceptación de los venezolanos del régimen político que Chávez y el chavismo están construyendo. El «socialismo del siglo XXI», planteado como un modelo alternativo al capitalismo y a la democracia representativa, aunque inicialmente vago en su definición, se ha ido aclarando. En la propuesta de reforma constitucional presentada por el presidente para su aprobación en referendo popular en 2007, si bien fue rechazada por la mayoría, muchos de sus contenidos han sido aprobados a través de leyes y reglamentos después de que se aprobó en febrero de 2009 la enmienda constitucional que permite la reelección indefinida del Presidente y de todos los cargos electos. El modelo socialista de Chávez consolida las tendencias centralizadoras y autoritarias que se fortalecieron en la lucha hegemónica y guarda similitudes con experiencias socialistas del siglo XX como las de la Unión Soviética y Cuba.

Volviendo a una afirmación que hicimos al inicio, en Venezuela, la autonomía relativa del Estado con relación a la sociedad civil, gracias al ingreso fiscal petrolero, ha permitido a quienes llegan al poder, sobre todo en coyunturas de bonanza petrolera, poner en práctica proyectos particulares sin necesidad de engorrosos procesos de negociación de intereses. El proyecto que emergió en 1999 con el triunfo de Chávez y la aprobación de la CRBV, al darse en un contexto de bajos ingresos fiscales petroleros, necesitó del debate y la construcción de consensos. La CRBV dio expresión legal a un conjunto de demandas y aspiraciones elaboradas por disímiles actores desde los años ochenta tanto a través de la protesta de calle como en el trabajo dentro de espacios institucionales como la COPRE. El proyecto del socialismo del siglo XXI del segundo gobierno de Chávez no puede decir lo mismo. Más bien se ha venido imponiendo, gracias

a una combinación de significativos recursos fiscales petroleros —producto de la bonanza petrolera entre 2004 y 2008—, interpretaciones manipuladas de las leyes, y el inmenso prestigio y la confianza que las mayorías pobres mantienen respecto del presidente como resultado de su primera gestión y el contexto de conflicto en el cual se vio inserto. Encuestas han venido señalando de manera reiterada que la propuesta «socialista» en aspectos clave como el debilitamiento de la propiedad privada o la implantación de instituciones del modelo cubano no cuentan con el favor popular (Datanálisis). No obstante, las satisfacciones de tipo simbólico que el discurso revanchista y de inclusión social han generado, los esfuerzos hechos por las masas para sostener a Chávez en los difíciles años de la confrontación violenta, la distribución de los pingües ingresos fiscales petroleros de estos años de bonanza a través de políticas sociales como las misiones y la debilidad política de las fuerzas de oposición le han permitido a Chávez imponer una transformación de la sociedad venezolana orientada por un patrón cortado a su medida. Está por verse, sin embargo, si ese régimen es viable en medio de la inestabilidad del mercado petrolero que se está desarrollando. En 2009 y 2010, el descenso del ingreso fiscal petrolero se vio inmediatamente expresado en el aumento de la protesta popular de calle, motivada por reivindicaciones socioeconómicas a empleados públicos y sectores pobres no cumplidas por parte del gobierno, así como en una disminución de la popularidad del Presidente (PROVEA, 2009 y 2010; IVAD en *Tal Cual*, 26 de enero de 2010). Si el ingreso no se recupera suficientemente para hacerle frente al gasto público que este «socialismo rentista» requiere, la figura todopoderosa y omnipresente del presidente podría debilitarse con consecuencias impredecibles para la sociedad venezolana, pero en ningún caso favorable a ella en el corto plazo.

En Venezuela, como en otros países, se ha utilizado el adjetivo «populista» para descalificar todo fenómeno, donde el proceso de transformaciones es impulsado por sectores sociales excluidos movilizados directamente por un jefe carismático con un discurso polarizado. Esta perspectiva no permite apreciar sus méritos, como instrumento útil en un momento determinado —como señala Laclau— para construir las bases de un nuevo imaginario social de gran potencial movilizador capaz de romper una estructura de poder anquilosado y excluyente que obstaculiza el avance democrático de una sociedad (Laclau). La tentación del líder populista, sin embargo, es conservar el poder alcanzado, concentrándolo al costo de destruir todo tejido institucional que permita un orden político de diálogo y construcción de consensos. El caso venezolano muestra con creces como, una vez resuelto el conflicto a favor del bolivarianismo, el líder utilizó su fortaleza para modificar el proyecto con el cual había adquirido su legitimidad primera. El Petroestado ha facilitado la destrucción de contrapesos institucionales y el avance de un proyecto ya no de profundización democrática sino de tendencias autoritarias.

BIBLIOGRAFÍA

- Bisbal, Marcelino. *Hegemonía y control comunicacional*. Caracas: Editorial Alfa-UCAB, 2009.
- . «Las comunicaciones del régimen» en *El Nacional*, 26 de noviembre de 2006.
- Braun, Herbert. *The Assassination of Gaitan. Public life and Urban Violence in Colombia*. Madison: University of Wisconsin Press, 1985.
- Chávez Frías, Hugo. «Discurso en la sede del psuv», 15 de diciembre de 2008.
- Chaparro Amaya, Adolfo. «Un falso dilema para los gobiernos de América Latina: entre democracia y populismo» en Galindo, Carolina, Ana María Sallenave y Adolfo Chaparro (eds.) *Estado, democracia y populismo en América Latina*. Buenos Aires: Universidad del Rosario-CLACSO, 2008, pp. 294-309.
- Coronil, Fernando. *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad, 2002.
- Coronil, Fernando y Julie Skurski. «Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela» en *Comparative Studies in Society and History*, vol.33, n.2, abril 1991, pp. 288-335.
- Conaghan, Catherine y Carlos de la Torre. «The Permanent Campaign of Rafael Correa: Making Ecuador's Plebiscitary Presidency» en *The International Journal of Press/Politics*, vol.13, n.3, 2008, pp. 267-84.
- Crisp, Brian F., Daniel H. Levine y Juan C. Rey. «The Legitimacy Problem» en McCoy, Jennifer, Andrés Serbín, William C. Smith y Andrés Stambouli (eds.) *Venezuelan Democracy under Stress*. New Brunswick: Transaction Publishers, 1996, pp. 139-70.
- Datanálisis. *Encuesta Nacional Ómnibus*, 23 de setiembre al 8 de octubre de 2009. Caracas, 2009.
- De la Torre, Carlos. «The Resurgence of Radical Populism in Latin America» en *Constellations*, vol.14, n.3, 2007, pp. 384-97.
- . *Populist Seduction in Latin America*. Ohio University Research in Latin American Studies, Latin American Series n.50, 2000.
- Ellner, Steve. «El apogeo del populismo radical en Venezuela y sus consecuencias» en *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, vol.1, enero-marzo 1997, pp. 77-100.
- . «Hugo Chávez y Alberto Fujimori: análisis comparativo de dos variantes de populismo» en *Revista venezolana de economía y ciencias sociales* vol.1, 2004, pp.13-38.
- Fernandes, Sujatha. «Radio Bemba in an Age of Electronic Media», ponencia presentada en la conferencia *Globalization and the Rise of the Left in Latin America*, Princeton University, 6 al 8 de diciembre de 2007.
- Gómez Calcaño, Luis y Nelly Arenas. *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005*. Caracas: CDCH-CENDES, 2006.
- Gómez Calcaño, Luis y Margarita López Maya. *El tejido de Penélope. La reforma del Estado en Venezuela*. Caracas: CENDES-APUCV-IPP, 1990.
- Harnecker, Marta. *Militares junto al pueblo*. Caracas: Vadell Hermanos, 2003.
- Karl, Terry Lynn. «The Venezuelan Petro-state and the crisis of "its" Democracy» en McCoy, Jennifer, Andrés Serbín, William Smith y Andrés Stambouli (eds.) *Venezuelan Democracy under Stress*. New Brunswick: University of Miami, 1991, pp. 33-55.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista* México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- LOCC. Ley Orgánica de los Consejos Comunales. Caracas: GO 39.335, Diciembre 2009.
- Lombardi, John. *Venezuela. The Search for Order, The Dream of Progress*. New York: Oxford University Press, 1982.
- López Maya, Margarita. *Del viernes negro al referendo revocatorio*. Caracas: Editorial Alfa, [2005], 2006.
- . «Movilización, institucionalidad y legitimidad en Venezuela» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol.9, n.1, 2003, pp. 211-27.

- . *Orígenes de la democracia participativa en Venezuela*. Washington DC, mimeo.
- Marcano, Cristina y Alberto Barrera Tyszka. *Hugo Chávez sin uniforme*. Caracas: Debate, 2004.
- Martínez Barahona, Elena. «¿Ante un nuevo parlamento en la V República Bolivariana?» en Rollón, Marisa (ed.) *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2002.
- Morales, Marelis y Javier Pereira. «La política informativa del gobierno de Chávez» en *Comunicación*, vol.121, 2003.
- Oropeza, Ángel (2009): «Comunicación como política de gobierno vs. comunicación como política de revolución» en Bisbal, Marcelino (ed.) *Hegemonía y control comunicacional*. Caracas: Editorial Alfa-UCAB, 2009.
- Peruzzotti, Enrique. «Populismo y representación democrática» en De la Torre, Carlos y Enrique Peruzzotti (eds.) *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO, 2009, pp. 97-123.
- . «Constitucionalismo, populismo y sociedad civil. Lecciones del caso argentino» en *Revista Mexicana de Sociología*, vol.61, n.4, 1999, pp.162-71.
- PROVEA. *Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en Venezuela*. Caracas: PROVEA, 2009-10.
- Roberts, Kenneth. «La descomposición del sistema de partidos en Venezuela vista desde un análisis comparativo» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol.7, n.2, 2001, pp. 183-200.
- Rosanvallon, Pierre. *La democracia inconclusa*. Colombia: Taurus, 2006.
- Valencia Ramírez, Cristóbal. «Venezuela's Bolivarian Revolution: Who Are the Chavistas?» en *Latin American Perspectives*, vol. 32, pp.79-97.
- Welsh, Friedrich. «The Political Impact of Public Opinion Studies in Venezuela», ponencia presentada en el XIX LASA, Washington DC, 1995.
- Zago, Angela. *La rebelión de los ángeles*. Caracas: Fuentes Editores, 1992.
- Zúquete, José Pedro. «Missionary Politics of Hugo Chavez» en *Latin American Politics and Society*, primavera 2008, pp. 91-121.

PRENSA CONSULTADA

- El Nacional*, 24 de diciembre de 2001
- El Nacional*, 29 de julio de 2006
- El Nacional*, 8 de enero de 2009
- El Universal*, 30 de Julio de 1997
- El Universal*, 29 de julio de 2006
- Tal Cual*, 26 de enero de 2010.

SITIOS CONSULTADOS

<http://www.cne.gov.ve/> (accedido el 19 y 25 de agosto de 2009)

Recibido el 4 de agosto de 2010.
Aceptado el 13 de setiembre de 2010.

LAS TENSIONES NO RESUELTAS ENTRE EL POPULISMO Y LA DEMOCRACIA PROCEDIMENTAL

NON-RESOLVED TENSIONS BETWEEN POPULISM AND PROCEDURAL DEMOCRACY

CARLOS DE LA TORRE*

Resumen. Este trabajo estudia las tensiones entre autoritarismo y democracia en los proyectos refundacionales de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa. La primera sección estudia las instituciones bolivarianas creadas para promover la democracia participativa y protagónica. Se analizan las promesas de Rafael Correa de encabezar una revolución ciudadana que instaure formas de democracia participativa. También se analizan las propuestas de intelectuales bolivianos de modelos de democracia comunitaria indígena y asambleísta sindical basadas en las nociones de la participación plena de la comunidad, en el consenso y en la revocatoria del mandato. La segunda sección estudia las contradicciones entre liderazgos populistas y carismáticos que dicen encarnar las ofertas de cambio y redención y las promesas de crear una democracia sin representantes. Se analizan las diferencias entre el liderazgo de Morales, asentado en una red de organizaciones sociales, y los liderazgos de Chávez y Correa forjados «desde arriba».

Palabras clave: democratización, populismo, autoritarismo, democracia procedimental y substantiva, carisma

Abstract. *In this work we study the tensions between authoritarianism and democracy in re-founding projects of Hugo Chávez, Evo Morales and Rafael Correa. In the first section we study the Bolivarian institutions created to stimulate the participatory and protagonist democracy. We analyze Rafael Correa's promises to lead a civic revolution that may establish ways of participatory democracy. We also analyze proposals from Bolivian intellectuals of models of indigenous communal democracy and union democracy based on the notions of full participation of the community, on consensus and on revocation of mandate. In the second section we study the contradictions between populist and charismatic leaderships that claim to embody offers of change and redemption and the promises to create a democracy without representatives. We analyze differences between the leadership of Morales, settled on a network of social organizations, and leaderships of Chavez and Correa, forged from above.*

Keywords: *democratization, populism, authoritarianism, procedural and substantive democracy, charisma*

* John D. Heath Visiting Professor of Social Sciences en Grinnell College (Iowa) y Profesor de FLACSO Ecuador. Sus libros recientes son *Populist Seduction in Latin America* (Ohio: Ohio University Press, segunda edición 2010); con Steve Striffler (eds.) *The Ecuador Reader* (Durham: Duke University Press 2008) y con Enrique Peruzzotti (eds.) *El retorno del pueblo*, Quito: FLACSO, 2008.

En un sugerente ensayo en el que se cuestiona el fin de las dictaduras, Andrew Arato argumenta que los proyectos radicales de democratización «basados en los valores sustantivos de la democracia como son la soberanía popular, la representación genuina o la comunidad, o sus combinaciones, al costo de los procedimientos democráticos lleva a la dictadura revolucionaria» (942). La propuesta de Arato es sugerente para analizar los proyectos de democratización radical y refundacional en Venezuela, Bolivia y Ecuador. En estas naciones se han propuesto modelos de democracia basados en las nociones de comunidad, soberanía popular y representación genuina pero sin valorar ni respetar los procedimientos de la democracia. Más bien se instrumentaliza los procedimientos en función de la lucha en contra de los intereses de las élites que, amparándose en las reglas de la democracia liberal, no permiten el cambio. Estas palabras del presidente Evo Morales resumen bien la visión de los procedimientos y de las instituciones liberales como reliquias que preservan el viejo régimen. «Dicen que nuestros decretos supremos son inconstitucionales, el pueblo será quien lo juzgue, de esta manera identificaremos a los enemigos que no quieren el cambio» (Morales en Barrios, 125).

Arato argumenta que el punto de llegada de las propuestas de democratización sustantiva son regímenes autoritarios. Si bien la experiencia venezolana parecería corroborar su hipótesis juzgada desde parámetros liberales, si se la evalúa desde las propuestas de la democracia radical, que enfatizan la participación directa del pueblo y el gobierno de la mayoría, la respuesta es más compleja (Ellner). Parecería que en Venezuela, al igual que en Bolivia y Ecuador, se está dando simultáneamente un deterioro de las instituciones y libertades liberales y mayores índices de participación de los sectores previamente excluidos. Por lo tanto es interesante analizar las características de la participación y deliberación en las instituciones creadas para suplantar o mejorar a la democracia liberal en estas naciones.

Estos experimentos, que buscan la democracia participativa sin mediaciones que tergiversen la voluntad popular, se han dado junto a liderazgos carismáticos (Lindholm y Zúquete, 159-60) a la vez que Chávez, Correa y Morales promueven la democracia participativa, se auto-perciben y son vistos como la encarnación de las promesas de ruptura revolucionaria y como imprescindibles en la construcción de nuevas democracias. Las tensiones entre la promesa de democracia participativa y directa y los peligros de la apropiación populista de la voluntad popular vista como un ente homogéneo, sin diferencias ni contradicciones, es otra de las disyuntivas de estas promesas de transformación revolucionaria y democrática.

CONSTRUYENDO DEMOCRACIAS POS-LIBERALES

En el sexto Foro Social Mundial, Hugo Chávez sostuvo que «la democracia representativa siempre termina siendo una democracia de las élites y por lo tanto una democracia falsa. «Buscamos un nuevo modelo, una democracia revolucionaria,

del pueblo, participativa y protagónica» (Chávez en French, 357). Haciendo eco a las demandas de justicia social y de participación de organizaciones populares, el gobierno de Chávez ha implementado la democracia participativa y protagónica. Ésta, en palabras de sus promotores, es diferente «a la democracia burguesa, esto es al mero sistema político representativo» (Acosta, 22) y se basa en el «ejercicio real y cotidiano del poder por las grandes mayorías populares» (22). El gobierno de Chávez ha creado varias instancias para institucionalizar la democracia participativa y protagónica. Tal vez los más estudiados han sido los círculos bolivarianos y los consejos comunales.

Los círculos bolivarianos se establecieron para organizar el apoyo a Chávez y para hacer efectiva la democracia participativa y protagónica. Funcionaron entre el 2001 y el 2004 y tuvieron un rol importante en las protestas en contra del golpe de Estado contra Chávez en 2002. Si bien es indudable que los círculos han incrementado la participación popular y han politizado a sectores previamente excluidos, no están basados en la «clase de autonomía que la democracia requiere» (Hakwins y Hansen, 127). Funcionaron con criterios clientelares para transferir recursos y se basaron en mecanismos de mediación carismática entre el líder y sus seguidores que no permiten la autonomía de las bases (Arenas y Gómez Calcaño).

La radicalización del proceso bolivariano, desde el triunfo electoral de Chávez en el 2006, hacia el socialismo del siglo XXI, asocia a la democracia protagónica, que ahora se la denomina revolucionaria y socialista, con el poder popular que se expresa a través del poder comunal. En palabras de Chávez «el poder popular es alma, nervio, hueso, carne y esencia de la democracia bolivariana, de la democracia revolucionaria, de la democracia verdadera» (Chávez en Sosa, 52). De acuerdo con el gobierno, «los consejos comunales son espacios desde los cuales se construye la democracia participativa y protagónica y posibilitan que las comunidades organizadas activen la democracia directa en contra de la democracia representativa» (Maingon, 128). Se estima que hasta 2008 se conformaron alrededor de 36.812 consejos comunales, lo que demuestra un gran nivel de «apropiación de esta iniciativa por parte de los sectores populares» (Machado, 48). Según estimaciones de Gregory Wilpert (60) en el 2006 los consejos comunales manejaron alrededor del 30 por ciento del presupuesto para servicios sociales de gobiernos locales y regionales.

Un estudio basado en encuestas a 1200 consejos comunales ilustra que la mayor parte de proyectos de los consejos han sido sobre infraestructura pública, urbanismo y servicios (Machado, 32). Además se concluye que los consejos comunales no están reforzando patrones asistencialistas y clientelares. Al contrario, se sostiene que «hay un proceso progresivo de protagonismo y responsabilidad popular en la construcción de respuestas colectivas en la búsqueda de un mejor vivir» (50). Estas conclusiones positivas son cuestionadas por un estudio que señala los peligros de que el Estado esté penetrando «en la vida comunitaria con fines de control político y social» (Reyna y D'Elia, 21). Estos riesgos se magnifican por el rol de las Fuerzas Armadas en los consejos comunales que están

conformando comités de defensa y por su papel de injerencia directa en los proyectos de desarrollo integral y movilización nacional (12).

La encuesta del Centro Gumilla señala que un 84% de los encuestados se involucran en las acciones de los centros comunales (Machado, 23). Estas conclusiones no son compartidas por todos los estudiosos. Por ejemplo, en su estudio sobre instituciones de democracia participativa en Caracas, Margarita López Maya señala que la participación se reduce a un grupo de personas politizadas con anterioridad y con experiencias participativas que tienen dificultades de incorporar a otras personas de la comunidad. Estas observaciones son compartidas por Steve Ellner que señala que los consejos tienen problemas de «*free rider*, en el cual el vecino recibe pero no contribuye» (6).

Críticos y defensores de los consejos comunales sostienen que tienen los mismos problemas y virtudes que los círculos bolivarianos. Si bien han incrementado la participación y se ha empoderado a sectores antes excluidos (83), el liderazgo personalista y carismático de Chávez reduce la autonomía de las propuestas e iniciativas que vienen desde las bases (Ellner; Sosa; Wilpert, 195-407). Además, como lo señala el periodista Ian Bruce, los consejos comunales dependen de las decisiones unilaterales y centralizadas del presidente sobre cuánto dinero distribuir, en qué y cómo gastarlo. Así se transforma a los miembros de los consejos en «ejecutores de proyectos públicos en pequeña escala neutralizando su potencial político para ser quienes construyan una nueva sociedad y un nuevo estado comunitario» (163).

Si bien el gobierno de Chávez ha incrementado la participación y la deliberación que encuentra límites en cuanto las políticas son diseñadas desde el poder, si se lo juzga desde los parámetros de la democracia liberal es deficiente en varios aspectos. Se ha concentrado el poder en el Ejecutivo, no hay independencia de los diferentes poderes del Estado, se ha censurado a los medios de opinión privados, se han creado organizaciones sindicales paralelas y dependientes del Ejecutivo y se han reducido los espacios para que la oposición participe en las elecciones en condiciones de igualdad (Ellner, 79-80; Madrid et al.; Reyna y D'Elia). Parecería que siguiendo las hipótesis de Andrew Arato la búsqueda de formas sustantivas de democracia sin respetar los procedimientos están llevando a formas de gobierno cada vez más autoritarias. Hay un «riesgo verdadero de que la concentración del poder pueda consolidarse y asuma cada vez más una naturaleza autocrática» (Madrid et al., 60).

Rafael Correa ganó las elecciones del 2006 proponiendo terminar con la «larga noche neoliberal» y convocar a una Asamblea Nacional Constituyente de plenos poderes. En el programa de gobierno de Alianza País (AP) se anotó que la asamblea ayudará a construir una «democracia activa, radical y deliberativa» y que propiciará «un modelo participativo a través del cual todos los ciudadanos y ciudadanas puedan ejercer el poder, formar parte de las decisiones públicas y controlar la actuación de sus representantes políticos» (Alianza País, 19). La Asamblea Constituyente no fue vista como un mecanismo para hacer reformas

políticas. Propusieron crear «un proyecto de vida común, un acuerdo social amplio» en que la «sociedad movilizada tendrá que participar no sólo en la elección de asambleístas» sino «adueñarse de la Constitución y luego presionar para que se cumpla lo acordado» (20).

El 15 de abril del 2007 el 82% de los votos válidos fueron a favor de que se realizara una asamblea constituyente de plenos poderes y en noviembre del mismo año la alianza gobiernista Acuerdo País obtuvo 80 de los 130 representantes. Con el afán de que el proceso constituyente sea participativo e incluyente se organizaron diez mesas de trabajo con la participación de legisladores de AP y de la oposición¹. Estas mesas recibieron a 1500 delegaciones de distintos sectores sociales y 1000 propuestas de partidos, organizaciones de la sociedad civil y aun de individuos². Las mesas organizaron alrededor de 70 foros en varias ciudades del país en temas tales como la minería, el agua, los jóvenes, las políticas culturales, etc.

Si bien se buscó que la asamblea sea incluyente se dieron contradicciones entre este espacio participativo y deliberativo y el liderazgo carismático del presidente Correa que vetó algunos temas y que impuso su voluntad en otros. La asamblea caminó en una cuerda floja para demostrar su independencia y no dar la impresión de que la Constitución se estaba haciendo a la medida no sólo de AP sino de los intereses de Rafael Correa. El presidente de la República tuvo varias reuniones con los asambleístas de AP para discutir temas tales como los derechos de la mujer, la minería, etc. Si bien estas reuniones, que fueron a puerta cerrada y sin presencia de la prensa, según los participantes tuvieron un carácter democrático y deliberativo, la prensa señaló que el Ejecutivo impuso sus criterios. Sea cual fuese la verdad, estas reuniones fueron la oportunidad para que algunos asambleístas trataran de demostrar su lealtad al líder carismático y para que, en algunos temas controversiales, se impusiera el criterio de Correa. Por ejemplo, se incluyó el nombre de Dios en la Constitución, no se incluyeron el matrimonio gay ni el aborto contrarios a la ideología católica del presidente Correa y se aceptó la reelección presidencial por un período.

Un segundo problema tuvo que ver con los tiempos de la Asamblea. La visión de su presidente Alberto Acosta fue que, para que la Constitución sea duradera, la deliberación y la inclusión de la oposición eran necesarias y que el proceso constituyente se debería extender más allá de plazo por la que fue convocada. Correa, al igual que Hugo Chávez, buscó que el proceso constituyente se dé rápidamente y que no se dilate en largas discusiones. Apoyándose en encuestas de opinión, Correa argumentó que la baja de popularidad de la Asamblea, que fue vista como una especie de Congreso, afectaría negativamente los resultados del referéndum aprobatorio. La

1 Las mesas fueron: 1) derechos fundamentales y garantías constitucionales; 2) organización, participación social y ciudadanía y sistemas de representación; 3) estructura e instituciones del Estado; 4) ordenamiento territorial y asignación de competencias; 5) recursos naturales y biodiversidad; 6) trabajo, producción e inclusión social; 7) régimen de desarrollo; 8) justicia y lucha contra la corrupción; 9) soberanía, relaciones internacionales e integración latinoamericana; 10) legislación y fiscalización.

2 En «La Constituyente Avanza», suplemento institucional de *El Comercio*, Quito, 13 de mayo 2008.

deliberación fue vista por Correa como «excesiva democracia» y se buscó un nuevo presidente de la Asamblea que agilizará los procesos. Acosta fue obligado a renunciar a su cargo de presidente de la Asamblea por una decisión del Buró Político de AP en junio del 2008 y fue reemplazado por Fernando Cordero, quien se desempeñaba como su vicepresidente. Durante el mandato de Cordero, la Asamblea aprobó los artículos sin mayor debate e imponiendo la agenda de la mayoría gobiernista. Las dudas sobre la independencia de la Asamblea quedaron despejadas por la poca independencia de ésta respecto del Ejecutivo en su última fase.

Pese a que las feministas no consiguieron que sus propuestas de matrimonio gay y legalización del aborto fueran incorporadas, la nueva Constitución avanzó en una serie de conquistas y derechos económicos de las mujeres. La nueva Constitución, además, profundizó el proceso de otorgar derechos colectivos a los indígenas y afrodescendientes que empezó con la Constitución de 1998. La constitución del 2008 designó al estado ecuatoriano como intercultural y plurinacional. Se reconocieron los territorios indígenas, afroecuatorianos y montubios, se estableció el «sumak kawsay» o «buen vivir» como el objetivo a alcanzar en el proceso de desarrollo (Larrea, 80). Los movimientos ecologistas lograron otorgar derechos a la naturaleza. El movimiento sindical logró que terminara la precarización y la terciarización laboral.

Si bien el plan de gobierno de AP y la Constitución del 2008 promovieron la democracia participativa, en los cuatro años de gobierno de Correa, y a diferencia del de Chávez, no se han creado instituciones de democracia participativa. Pese a que se sostiene que la planificación estatal debe contar con la participación de la sociedad civil, por lo pronto la participación se reduce a escuchar la socialización de proyectos elaborados por los técnicos de la Secretaría Nacional de Planificación y a los plebiscitos que legitiman el liderazgo del presidente.

Correa, que nunca fue militante de la izquierda ortodoxa, comparte la distinción de ésta entre democracia formal y democracia real. En una conferencia académica en Oxford diferenció «la democracia formal de derechos políticos, básicamente el derecho al voto» de una «verdadera democracia real, es decir, el derecho a la educación, a la salud, a la vivienda» (Correa 2009e). Debido a que el presidente no valora los principios de la democracia liberal como el pluralismo, los derechos civiles, la división de poderes y la rendición de cuentas, pudo decir sin tapujos en La Habana que Cuba es un ejemplo de verdadera democracia y de respeto a los derechos humanos (Correa en *Granma*)

La revolución ciudadana encabezada por Correa se asienta en nociones sustantivas de la democracia entendida como la equidad. También en una visión de la democracia que privilegia sus aspectos mayoritarios y plebiscitarios. Al igual que otros populismos, el gobierno de Correa «es hostil a la idea de derechos y rendición de cuentas, pues dichos instrumentos de limitaciones gubernamentales son herramientas que protegen a las minoría, debilitando en cambio a la voluntad popular» (Peruzzotti, 111). Ya que el líder populista sostiene encabezar un proyecto de transformación profunda, no respeta los derechos al disenso de

las minorías, los procedimientos de la democracia liberal que aseguran la independencia de los diferentes poderes del Estado y los mecanismos de rendición de cuentas horizontales (Madrid et al.).

Los procedimientos de la democracia son instrumentalizados en función del proyecto político de AP de acumular hegemonía para transformar la correlación de fuerzas políticas. En el 2007, el gobierno, por ejemplo, destituyó con artimañas legales a 57 parlamentarios y luego la Asamblea Constituyente declaró que el Congreso estaba en receso indefinido. Estas acciones fueron autoritarias tanto en la forma como se las hizo como en sus consecuencias (Domínguez, 344). Al igual que sus predecesores populistas, el presidente no siempre se siente atado a la Constitución. Muchos de los artículos transitorios sobre minería, uso del agua y seguridad alimenticia han violado el espíritu de la Constitución del 2008. Además, se ha concentrado el poder político en la presidencia y se han desmantelando los mecanismos que garantizan la independencia entre los diferentes poderes del Estado, que ahora son controlados por el Ejecutivo.

En el gobierno de Correa importan más los valores sustantivos de la democracia que las libertades que garantizan que la sociedad civil no esté subordinada al Estado. La participación ciudadana se estatiza y desde el poder se crean y promocionan organizaciones sociales afines al gobierno, a la vez que se fragmentan, debilitan y cooptan a las organizaciones autónomas de la sociedad civil (Ospina). Por ejemplo, en su afán de debilitar a la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), el gobierno desempolvó del olvido a la Federación Ecuatoriana de Indios, antigua organización del Partido Comunista, que casi había desaparecido en los años ochenta y noventa. Los líderes de esta organización, que apoyan a Correa y que manejan recursos del Estado, pretenden cooptar a las bases indígenas de la CONAIE, la organización indígena más grande y que ha cuestionado las políticas de minería y uso del agua del régimen. Es así que, al igual que en las experiencias populistas clásicas y neopopulistas neoliberales, se subvierten las actividades organizacionales autónomas de los movimientos sociales y su capacidad para la acción colectiva autónoma del estado (Oxhorn, 225).

Si se evalúa el gobierno de Evo Morales desde los parámetros de la democracia liberal se encuentran problemas parecidos a los de Venezuela y Ecuador que dan la razón a las conclusiones pesimistas de Andrew Arato. René Antonio Mayorga, por ejemplo, destaca las acciones anti-institucionales basadas en la premisa de que «la voluntad del pueblo está por encima de las reglas del juego, del orden legal y constitucional; y que el gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS) representa a la mayoría del país y, por lo tanto, no está limitado por las llamadas leyes neoliberales» (113). De manera parecida, Eduardo Gamarra, si bien reconoce los procesos de inclusión de los indígenas en el gobierno de Morales, argumenta que el sistema patrimonial y excluyente del pasado no ha cambiado. El cambio ha significado abrir el sistema pero no cambiar sus prácticas (134).

Estas evaluaciones críticas son importantes, pues apuntan a los problemas del autoritarismo señalado por Arato. Pero no toman en serio las propuestas del

MAS de incorporar las prácticas de la democracia indígena comunitaria y de las asambleas sindicales en el diseño de una nueva arquitectura democrática. La Constitución boliviana reconoce que «el Estado adopta para su gobierno la forma democrática participativa, representativa y comunitaria, con equivalencia de condiciones entre hombres y mujeres (en F. Mayorga, 136). El presidente Morales sigue las prácticas sindicalistas y comunitarias de convocar a reuniones en que se discuten propuestas hasta alcanzar el consenso. Por ejemplo, el presidente debatió con organizaciones campesinas por más de veinte horas sobre la propuesta de organizar marchas para presionar a la oposición para que apruebe la Constitución (158-59). Morales también dio un informe paralelo de sus actividades de gobierno a las organizaciones campesinas y sindicales. Estos actos no sólo fueron simbólicos sino que demuestran cuán seriamente se toma Morales las tradiciones de democracia comunal y sindical.

El MAS ha contrapuesto la verdadera y auténtica democracia comunitaria basada en los principios de solidaridad e igualdad a la democracia representativa e individualista. Morales, por ejemplo, señaló: «Les recuerdo que vivir en una comunidad indígena es vivir en igualdad, en colectividad, en comunidad» (en Lindholm y Zúquete, 43). En otra ocasión, manifestó al Congreso: «Yo viví en un *Ayllu* y no hay mayorías ni minorías, las cosas se aprueban por consenso» (43). Estas reflexiones del presidente Morales hacen eco de las elaboraciones de intelectuales sobre las diferencias entre la democracia liberal, que es importada y que sólo es aceptada por una minoría, y las tradiciones democráticas comunitarias y asambleístas de los pueblos originarios y de los sindicatos. Se argumenta que la democracia liberal se asienta en racionalidades ajenas a los sectores populares, por lo que proponen complementarla con otras formas democráticas (García Linera). Según estos académicos, las democracias comunal y asambleísta se basan en las normas, tradiciones y experiencias de los mineros, pueblos indígenas, trabajadores sindicalizados como los productores de hoja de coca y de los pobladores urbanos. Sostienen que los valores de solidaridad comunal, igualdad y de la búsqueda del consenso son fundamentalmente diferentes que los principios individualistas en que se sustenta la democracia liberal. Estos académicos argumentan que la democracia comunitaria se basa en los principios de reciprocidad, en la deliberación de todos en las decisiones, en la obligación de asumir cargos de poder y responsabilidad y en la rotación de los cargos. En estas formas de democracia, los derechos individuales son parte de los fines colectivos. La democracia comunal se basa en la participación plena de sus miembros y en el acatamiento obligatorio de las decisiones consensuadas. A diferencia de la representación liberal basada en la delegación, en las formas de representación comunal el representante «solamente expresa y cumple lo que deliberó la colectividad» (Patzí, 180).

Si bien algunos académicos sostienen que la democracia asambleísta y comunal es superior a la liberal y que es incompatible con ésta, otros buscan integrarlas. Lo que no está resuelto es qué tan compatibles son las formas de democracia liberal con las formas comunitaria-asambleísta. A continuación se discuten las

tensiones entre las formas liberales y las formas comunitarias en lo que se refiere a la participación voluntaria o coercitiva de todos en asambleas, las competencias que se requieren para que todas las voces tengan el mismo peso en las deliberaciones y las garantías para el disenso una vez alcanzado el consenso.

Los críticos de la democracia deliberativa han argumentado que no todos siempre quieren o pueden participar y que la participación tiende a fluctuar. En los momentos de efervescencia colectiva, como lo atestiguan los trabajos sobre rebeliones indígenas y populares, es muy probable que muchos participen activamente. Pero en otros momentos hay déficits participativos. Éste no sería un problema de acuerdo con las construcciones de los intelectuales sobre la democracia comunitaria indígena, pues todos los miembros de la comunidad están obligados a participar y el no hacerlo significa romper con la comunidad y arriesgarse al castigo o al aislamiento. Estas visiones sobre democracia comunitaria son difíciles de reconciliar con las nociones de derechos individuales del liberalismo.

La idea de comunidad se basa en construcciones idealizadas sobre su homogeneidad e igualdad que asumen que todos tienen las competencias para que su voz tenga el mismo peso en las deliberaciones. Aun cuando se reconoce que hay desigualdades sociales en las comunidades, no se toman en cuenta cómo las diferenciaciones económicas, de género, generacionales y de nivel educativo se manifiestan en la autoridad y en el peso que tienen las diferentes voces de los comuneros en los procesos deliberativos. Se desconoce que los hombres silencian y no escuchan a las mujeres y se olvida que quienes han tenido acceso a la educación manejan los códigos y las reglas del lenguaje («culto» o burocrático) que les permite que su voz tenga autoridad frente a quienes tienen menos estudios o no los tienen y por lo tanto carecen de las competencias para que su voz sea escuchada. La antropóloga Sian Lazar (244) anota que el saber «hablar bien» en público es muy valorado en la democracia asambleísta-comunitaria y que las mujeres hablan de sí mismas como carentes de estas competencias. Es por esto que los modelos idealizados de comunidad deben prestar más atención a las diferenciaciones que influyen en la capacidad de saber hablar y de ser escuchados con respeto.

De acuerdo con Félix Patzi, en la democracia comunitaria «no rigen las reglas democráticas, sino una especie de autoritarismo basado en el consenso» (177). Las deliberaciones comunitarias producen una voluntad homogénea que no permite espacios para el disenso, que es visto como traición. Por ejemplo, ante los resultados de las elecciones presidenciales del 2005 en las que triunfó Evo Morales, un líder comunitario manifestó que «en nuestra comunidad hubo un voto para Tuto Quiroga, vamos a investigar de quién fue porque no podemos tolerar traiciones a nuestros propios compañeros» (en Stefanoni y Do Alto, 20).

Esta idealización de las comunidades se basa en modelos dualistas que imaginan un pasado mítico libre de los vicios del individualismo liberal y capitalista. Se olvida que las comunidades indígenas tienen sus raíces en las formas de gobierno de las Repúblicas de Indios creadas durante la colonia y que muchas de sus

prácticas, como los castigos rituales por ejemplo, vienen de la hacienda. Si bien la idea de comunidad puede funcionar como un elemento movilizador y de crítica al individualismo y al egoísmo, es difícil complementarla con la democracia liberal si es que no se liberalizan las formas comunitarias. Por ejemplo, se debe garantizar que las mujeres tengan la misma voz que los hombres y que se instauren criterios que garanticen el pluralismo y el derecho al disenso. Es una pregunta abierta plantear si la liberalización de la democracia comunitaria la mejoraría o la desvirtuaría.

ENTRE LA AUTOREPRESENTACIÓN Y LA APROPIACIÓN POPULISTA DE LA VOLUNTAD POPULAR

Los gobiernos de Chávez, Morales y Correa han seguido la consigna populista clásica de devolver el poder, que le había sido arrebatado por los políticos, al pueblo (Canovas, 1). Esta consigna democratizadora ha ido de la mano con la construcción de liderazgos carismáticos que, en estos tres casos, han sido vistos como la encarnación de las promesas de cambio. Además, en lugar de imaginarse a la sociedad como conformada por una complejidad de intereses, opiniones y propuestas, se imagina al «Pueblo como Uno», con una sola identidad e interés encarnada en el líder (Abst y Rummens). Para explorar las tensiones entre la apropiación populista y autoritaria de la voluntad popular y la promesa de que el pueblo se gobierne directamente se analizan los liderazgos y discursos de estos tres presidentes señalando las similitudes y diferencias de sus estilos y retóricas.

El líder carismático es «la proyección simbólica de un ideal. Representa algo que se sale de lo corriente» (Martín Arranz, 84). Haber realizado actos extraordinarios es un elemento a través del cual los líderes son percibidos como excepcionales. Chávez, por ejemplo, lideró un fallido golpe de Estado el 4 de febrero de 1992 y reconoció su responsabilidad declarando que «por ahora» los objetivos habían fracasado (en Jones). Cuando el diputado Evo Morales fue expulsado del parlamento en el 2002 por incitar al terrorismo utilizó las palabras de Tupac Katari: «[P]ueden matarme pero regresaré y seremos millones» (en Lindholm y Zúquete, 41). En la campaña electoral del 2002 el Embajador de los Estados Unidos exhortó a que no se votara por Morales por ser un narcotraficante. Es así que Evo «el “narcotraficante” era ahora el “cocalero perseguido por los gringos” y el indígena expulsado del Congreso por las “oligarquías de siempre”» (Stefanoni y do Alto, 56). Rafael Correa arrancó su carrera política desde el poder como ministro de Economía y Finanzas. Mantuvo una política de independencia ante los organismos internacionales y se llevó la atención de los medios por su estilo confrontacional con el FMI y el Banco Mundial.

Estos tres políticos han consolidado su calidad de líderes extraordinarios desde el poder. Han ganado una serie de contiendas electorales en las que, a su juicio, se jugaron los destinos de la nación. En marzo del 2009, Correa manifestó: «pueden

decidir continuar con el cambio o volver al pasado» (Correa 2009b, s/p). Morales aseveró que en la lucha por el referendo revocatorio a su mandato se enfrentaba el pueblo a los colonizadores e invasores ahora llamados neoliberales. Ofreció su triunfo «a los revolucionarios de América Latina y del mundo» (en Lindholm y Zúquete, 45). Estos líderes han enfrentado a enemigos todopoderosos y omnipresentes como el imperialismo yanqui y sus aliados nacionales y siempre los han derrotado. Correa dijo: «Hemos derrotado a los representantes de los sectores más retardatarios de la oligarquía, de la banca corrupta, de la prensa comprometida con el pasado» (2009c, s/p). Por esto «nos enfrentamos a una reacción virulenta que utiliza todos los mecanismos a su alcance» (2009b, s/p). «Pocos gobiernos en la historia se han enfrentado a una oposición tan recia y visceral como la que hemos tenido que enfrentar nosotros... Vendrán días muy duros» (2009a, s/p).

El líder es una persona de origen popular que se ha superado desde abajo hasta convertirse en un ser que es igual al pueblo pero, a su vez, superior al pueblo. Durante los primeros meses del 2006 se desplegaron gigantografías en Bolivia que decían «Evo soy yo». El «líder puede ser “nosotros”, puesto que todos somos (yo soy —con minúsculas) el espejo donde él se refleja. Él es el Caudillo, somos la Masa. Pero ninguno de nosotros puede ser Evo... porque se diluiría la excepcionalidad de su figura: sólo él fue y es el primer presidente indígena o el primer indígena presidente» (F. Mayorga, 114).

Morales, cuya niñez en la pobreza es igual a la de la mayoría de indígenas, relata: «[S]iempre recuerdo a las grandes flotas que transitaban por la carretera, repletas de gente que arrojaban cáscaras de naranja o plátano. Yo recogía esas cáscaras para comer. Desde entonces una de mis aspiraciones mayores era viajar en alguno de esos buses» (en Stefanoni y do Alto, 94). Evo no se imaginó que llegaría a ser jefe de Estado. Morales es superior, pero es igual a todos, pues además de ser el presidente de la República, preside el MAS y sigue siendo el presidente del sindicato de cocaleros. Su historia política está ligada al sindicalismo. Su liderazgo se ha construido desde abajo y se basa en los consensos entre diferentes organizaciones sindicales.

Si bien Chávez y Correa no vienen de las élites, sus orígenes sociales no son populares. Chávez es hijo de maestros de escuela de provincias y se formó en los cuarteles desde los que, según destacan sus biografías, siempre estuvo conspirando para protagonizar una revuelta armada en alianza con civiles (Jones; Marcano y Barrera). Chávez fue además formado en la universidad y siempre se distinguió por sus habilidades de profesor. Es una persona acostumbrada a dar órdenes y a dictar cátedra a sus alumnos. Estas cualidades se evidencian en la mezcla de militarismo y cátedra con la que se comunica con su pueblo (Zúquete). Rafael Correa viene de una familia de clase media alta empobrecida de Guayaquil. Su padre, antes de suicidarse, fue apresado por transportar cocaína a los Estados Unidos. Su madre contó con el trabajo de sus hijos para solventar las necesidades del hogar. Correa estudió con becas en colegios de las élites y en universidades. Su estilo, que combina los apelativos populistas y los razonamientos tecnocráticos,

se explica por su formación como profesor universitario. Al igual que Chávez, es un líder que da cátedra. Por ejemplo, en sus «enlaces ciudadanos» que se transmiten todos los sábados del año, siempre diserta desde un podio alto desde donde, utilizando *power points*, explica sus políticas de gobierno al pueblo ecuatoriano, que escucha pero no debate sus propuestas (de la Torre).

Para demostrar que son como el pueblo, Chávez y Correa utilizan el lenguaje popular coloquial, hacen bromas y cantan en *Aló Presidente* y en los «enlaces ciudadanos». Ya que Evo es del pueblo, no tiene necesidad de demostrar que viene desde abajo y más bien ha tenido que soportar la arremetida clasista y racista de los medios de comunicación que reproducían los estereotipos de las élites cuando le pedían que «se vistiera como gente» y no como sindicalero (en Ticono). Estos líderes no tienen intereses personales. Se han sacrificado por la patria y su pueblo. Chávez siempre habla de la posibilidad de que lo asesinen. Correa y Morales se bajaron sus sueldos presidenciales a la mitad. Correa cita el Evangelio y asevera: «[T]engan la seguridad [de] que mi tesoro no es el poder, sino el servicio, servir a mi pueblo, sobre todo a los más pobres, servir a mi Patria» (2009e, s/p). En su afán desinteresado de servicio, el líder ha hecho sacrificios personales que afectan a su vida familiar. Al asumir por segunda vez la presidencia, Correa pidió disculpas a su mujer y a sus hijos por no estar suficiente tiempo junto a ellos: «sé que estos años han sido injustamente duros para ustedes y no tengo derecho a hacer esto» (2009d, s/p).

Los líderes populistas son ligados a mitos importantes de sus naciones. Tal vez el caso más dramático es la apropiación del mito bolivariano nacionalista y militarista por parte de Chávez (Arenas y Gómez Calcaño; Zúquete). Chávez es percibido por gran parte de los sectores populares como una figura redentora y «como la encarnación actual del libertador» (Arenas y Gómez Calcaño, 97). Una ex misionera de la orden católica de Maryknoll señaló que «los venezolanos han estado esperando a alguien que los rescate, un Bolívar moderno que les venga de los políticos corruptos y que enrumbe el país hacia la prosperidad» (en Jones, 158). También se liga a Chávez con Cristo. Un entrevistado por Ian Bruce manifestó que «Chávez es como Cristo» (139). Esta aseveración no es tan fortuita, pues Chávez no sólo ha pintado a Bolívar y a Cristo como precursores del socialismo del siglo XXI sino que ha manifestado estar construyendo el reino de Dios en la Tierra (Zúquete, 109).

Morales y sus seguidores ligan su llegada al poder con el mito del Pachakuti, el momento fundacional o de ruptura en que un mundo injusto es destrozado y nace uno nuevo, renovado y redimido (Lindholm y Zúquete, 40). Evo Morales sigue las narrativas cristianas de presentar el paraíso perdido como una época comunitaria. Inspirándose en construcciones antropológicas y en el discurso de los intelectuales aymaras presenta una imagen mítica de un glorioso pasado indígena basado en la igualdad, la solidaridad y el consenso. Este paraíso originario, igualitario y democrático fue desvirtuado y corrompido por el colonialismo, el capitalismo y el neoliberalismo. La Redención fundacional ha llegado con el ascenso del primer presidente indígena al poder.

Debido a que estos líderes equiparan el neoliberalismo con el reinado de la partidocracia desconocen los avances democratizadores que se dieron en sus países durante la cuarta república venezolana, la democracia pactada boliviana y durante la «larga noche neoliberal» ecuatoriana. Chávez refundó todos los símbolos que podían asociarse con el reinado de la partidocracia neoliberal incluido el escudo, el nombre del país y la narrativa oficial de la historia. Morales, como se ha señalado, liga su gobierno con la llegada del pachakuti, que redimirá a su país del colonialismo, del imperialismo y de la falsa democracia pactada. Correa asocia los avances de descentralización y los espacios de poder conseguidos por los movimientos sociales en los años noventa como fueron el control de las organizaciones indígenas de la educación bilingüe y los espacios estatales desde donde los movimientos de mujeres, indígenas y afroecuatorianos diseñaron proyectos para estas poblaciones como legados del neoliberalismo (Ospina; Martínez Novo). Para terminar con la globalización neoliberal, el estado ecuatoriano ha regresado para controlar la economía, la explotación de los recursos naturales y para regular a los movimientos sociales.

Ya que el objetivo es redimir al pueblo de los vicios y sufrimientos del neoliberalismo, de la globalización y de la partidocracia, estos presidentes no ven sus mandatos como uno más en la historia. Más bien los presentan como momentos refundacionales de sus repúblicas, como el nacimiento de la segunda independencia o como el fin del colonialismo. Sus presidencias marcan la disyuntiva entre un pasado opresivo y de sufrimiento y un renacer que se enmarca en las luchas de los héroes patrios. Morales empezó su discurso de posesión del 2006 pidiendo un minuto de silencio para honrar a «Manco Inca, Túpac Katari, Túpac Amaru, Bartolina Sisa, Zárate Willca, Atihuaiqui Tumpa, Andrés Ibáñez, Che Guevara, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Luis Espinal» (en Stefanoni y do Alto, 131). Chávez no se cansa de mencionar las tres raíces de la revolución bolivariana. Correa desenterró las reliquias del líder liberal Eloy Alfaro, llamó a su movimiento «alfarista y bolivariano» durante la campaña electoral del 2006 y en sus discursos menciona a los mártires de la primera independencia.

Chávez, Morales y Correa lideran la segunda y definitiva liberación. Correa, que a primera vista y dada su trayectoria académica sería de esperarse que fuera el más lejano al uso de imágenes redentoras y milenarias, presenta el momento actual como clave en la historia, pues podría llevar a la segunda y definitiva liberación. Ya que el pueblo ha despertado de la larga noche neoliberal, «los próceres recuperan el don de la palabra, recobran el mando, la calidad fecunda de capitanes libertarios» (2009d, s/p). Es así que Correa se construye como el prócer de la segunda independencia.

El discurso misional, redentor y mesiánico necesariamente construye a los rivales como enemigos. Estos son vistos como «portadores de una serie de características que los transforma en malignos, e inmorales [. . .] independientemente de las acciones que emprendan (Edelman, 67). José Álvarez Junco señala las funciones que cumple la demonización de los enemigos: «une al grupo [. . .], legitima

a la élite gobernante [. . .] y canaliza las emociones y las estructuras de la mente, en situaciones de tensión, proporcionando una explicación causal, ordenada y sencilla, para la complejidad de los fenómenos» (239). Si bien la construcción de los rivales como enemigos es autoritaria, pues descalifica sus demandas como no legítimas y los excluye del debate democrático (Mouffe, 50), es muy útil para mantener la unidad del grupo y su capacidad y energía para la movilización. Estas construcciones conspirativas ayudan a que se mantengan las pasiones en los momentos de polarización pues, como dice Chávez, la lucha es «entre los patriotas y los anti-patriotas» (en Zúquete, 104).

El discurso polarizador e intransigente legitima y transforma a los líderes en la encarnación del pueblo. Durante la huelga general convocada por la oposición. Chávez dijo: «[E]sto no es entre los que están a favor y en contra de Chávez sino entre los patriotas y los enemigos de la patria» (Zúquete, 105). En un mensaje a la asamblea nacional, Chávez manifestó que «no soy yo, soy el pueblo» (100). Rafael Correa explicó el significado de su triunfo electoral en abril del 2009 en que ganó con el 55% de los votos en la primera vuelta manifestando que «el Ecuador votó por sí mismo» (2009d s/p). Estos presidentes «no se percibe[n] a sí mismo[s] como político[s] ordinario[s], sino como la encarnación del mismo pueblo» (Peruzzotti, 110). Ya que Correa encarna a la Patria, al igual que los próceres dice: «[A]quí estamos dispuestos a jugarnos la vida por el cambio» (2009d, s/p).

Morales, Correa y Chávez están encabezando procesos revolucionarios. Éstos están cargados de mitos y la revolución es, en sí misma, un mito (Álvarez Junco, 263-4). La revolución acelera el tiempo histórico y obliga a tomar partido. Se terminaron las medias tintas o se está con el proceso cargado de alegorías como un mandato de la historia o se es parte de la reacción que se opone al cambio. En los momentos de ruptura, la complejidad de lo social se reduce a dos campos nítidos: el del líder que encarna al pueblo y las promesas de redención y el de los enemigos del líder, del pueblo y de la historia. El mito de la revolución hace esperar que el paraíso se construya en la tierra y que dé fin a la opresión y a los sufrimientos del pueblo considerado como un sujeto liberador (Álvarez Junco, 252-3). El pueblo ha sufrido, es puro y no ha sido corrompido por los vicios importados por la globalización, el individualismo y el mercado. La historia no termina sino que recién empieza, pues estos líderes recogen las luchas del pueblo y sus próceres y por fin llevarán al pueblo a la redención y al reinado de Dios en la Tierra.

CONCLUSIONES

Este trabajo ha evaluado las hipótesis de Arato sobre cómo las promesas democratizadoras que desconocen los procedimientos pueden llevar a soluciones autoritarias. Parecería que éstas se corroboran en los tres casos analizados, pues si se evalúa la democracia desde los parámetros del liberalismo se estaría asistiendo a su deterioro y a la emergencia de tendencias autoritarias. Pero si se juzga a estos

procesos de acuerdo con los parámetros de la democracia radical que pretenden alcanzar, las conclusiones son más complejas. En estos tres países se han dado procesos de participación popular que se topan con los límites establecidos por los liderazgos de los presidentes carismáticos. En Bolivia, donde se dan largas negociaciones entre Morales y las organizaciones sociales que lo apoyan, parecería que el proceso no es unidireccional y que todas las directrices no vienen desde arriba. En Venezuela se han dado procesos participativos que, según observadores favorables al proceso, no se limitan a las directrices de Chávez. Más bien estaríamos ante la tensión entre la movilización desde arriba y la movilización desde las bases (Ellner). En el caso ecuatoriano, donde no se han creado instituciones de democracia participativa, parecería que se está dando un doble proceso de apropiación autoritaria. El líder populista, al igual que en los otros países, dice encarnar la voluntad del pueblo y se apropia de ésta. Pero además, los tecnócratas del Estado se apropian del debate democrático sobre propuestas y buscan imponer sus criterios que, al igual que los del presidente, son los únicos científicos y por lo tanto verdaderos (de la Torre).

Estos procesos también pueden terminar sustituyendo la diversidad de intereses y opiniones de estas sociedades en la apropiación populista de la voluntad popular. Estos riesgos se magnifican en los casos venezolano y ecuatoriano donde la movilización se da «desde arriba» y donde se han creado organizaciones sociales paralelas y desde el Estado. En Bolivia, la red de organizaciones del MAS hace que las decisiones tengan que ser más consensuadas y, aunque pasan por la palabra dirimente de Evo Morales, hay más espacios de autonomía.

Las conclusiones de este trabajo son las siguientes: quienes buscan mejorar la calidad de la democracia no deberían contraponer la participación a la representación (Peruzzotti y Seele). Tampoco deberían buscar procesos participativos sin respetar las instituciones y los procesos reconocidos por la democracia liberal, pues la búsqueda de la participación sin mediaciones lleva al populismo plebiscitario (Panizza). Más bien habría que construir procesos que mejoren la calidad de la democracia pero dejando de lado los sueños refundadores que, al buscar la revolución, desconocen los avances de experiencias previas y que, además, pueden terminar en las antiutopías autoritarias de la apropiación de la voluntad popular y de la soberanía por una élite.

REFERENCIAS

- Abts, Koen, y Stefan Rummens. «Populism versus Democracy» en *Political Studies*, vol. 55, 2007, pp. 405-24.
- Acosta, Vladimir. «El socialismo del siglo XXI y la revolución bolivariana. Una reflexión inicial» en López Maya, Margarita (ed.) *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*. Caracas: Editorial Alfa, 2007, pp. 21-31.
- Alianza País. *Plan de Gobierno de Alianza País 2007-2011*. Mimeo, 2006.
- Álvarez Junco, José. «Magia y ética en la retórica política» en *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987, pp. 219-71.

- Arato, Andrew. «Good-bye to Dictatorships?» en *Social Research*, vol.67, n.4, 2000, 925-55.
- Arenas, Nelly y Luis Gómez Calcaño. *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005*. Caracas: CENDES, 2006.
- Barrios, Franz Xavier. «The Weakness of Excess. The Bolivian State in an Unbounded Democracy» en Crabtree, John y Laurence Whitehead (eds.) *Unresolved Tensions. Bolivia Past and Present*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008, pp. 125-41.
- Bruce, Ian. *The Real Venezuela. Making Socialism in the Twenty-first Century*. Londres: Pluto Press, 2008.
- Canovan, Margaret. *The People*. Cambridge: Polity Press, 2005.
- Correa, Rafael. «Informe a la Nación en el Inicio del Tercer Año de Revolución Ciudadana». Quito, 19 de enero 2009, Plaza de la independencia, 2009a
- . «Intervención Presidencial en el Acto de Entrega de Armas en el Comando Provincial de Manabí», Portoviejo, 12 de marzo 2009, 2009b.
- . «Intervención Presidencial en el Centésimo Octogésimo Séptimo Aniversario de la Batalla del Pichincha», Quito, 24 de mayo de 2009, 2009c.
- . «Discurso de Posesión del Presidente de la República, Economista, Rafael Correa», Quito, 10 de agosto 2009, 2009d.
- . «Experiencia de un Cristiano de Izquierda en un Mundo Secular», conferencia, Oxford Union Society, 26 de octubre 2009, 2009e.
- Domínguez, Jorge «Three decades since the Start of the Democratic Transition» en Domínguez, Jorge y Michael Shifter (eds.) *Constructing Democratic Governance in Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2008, pp. 323-53.
- De la Torre, Carlos. «El tecnopopulismo de Rafael Correa». Mimeo, 2010.
- Edelman, Murray. *Constructing the Political Spectacle*. Chicago: Chicago University Press, 1998.
- Ellner, Steve. (2010) «Hugo Chávez's First Decade in Office: Breakthroughs and Shortcomings» en *Latin American Perspectives*, vol.37, n.1, 2010, pp.77-97.
- French, John. «Understanding the Politics of Latin America's Plural Lefts (Chavez/Lula): Social Democracy, Populism and Convergence on the Path to a Post-Neoliberal World» en *Third World Quarterly*, vol.30, 2009, pp. 349-70.
- Gamarra, Eduardo. «Bolivia: Evo Morales and Democracy» en Domínguez, Jorge y Michael Shifter (eds.) *Constructing Democratic Governance in Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2008, pp. 124-51.
- García Linera, Álvaro. *Democracia en Bolivia: cinco análisis temáticos del segundo Estudio Nacional sobre Democracia y Valores Democráticos*. Primera edición. La Paz: Corte Nacional Electoral, República de Bolivia, 2005.
- Hawkins, Kirk y Hansen, David «Dependent Civil Society: The Círculos Bolivarianos in Venezuela» en *Latin American Research Review*, vol.41, 1 (2006), pp. 102-32.
- Jones, Bart. *¡Hugo!*. Hanover: Steerforth Press, 2007.
- Larrea, Ana María. «La Plurinacionalidad. Iguales y diversos en busca del Sumak Kawsay» en Lucas, Kintto (ed.). *Entre el quiebre y la realidad. Constitución del 2008*. Quito: Abya Yala, 2008, pp.77-87.
- Lazar, Sian. *El Alto, Rebel City*. Durham y London: Duke University Press, 2008.
- Lindholm, Charles y Pedro José Zúquete. *The Struggle for the World. Liberation Movements for the 21st Century*. Stanford: Stanford University Press, 2010.
- Lopez Maya, Margarita. «Examining participatory innovations in Bolivarian Caracas: The Cases of the TWRS and SMCOS». Mimeo, 2008.
- Machado, Jesús. *Estudio de los Consejos Comunales en Venezuela*. Caracas: Fundación Centro Guamilla, 2008.
- Madrid, Raúl, Wendy Hunter y Kurt Weyland. «The Policies and Performance of the Contestatory and Moderate Left» en Madrid, Raúl, Wendy Hunter y Kurt Weyland (eds.) *Leftist Governments in Latin America: Successes and Shortcomings*. Cambridge: Cambridge University Press. En prensa, 2010.
- Maingón, Thais. «Consejos comunales, ciudadanía, estado y poder popular» en Castro, Gregorio (ed.) *Debate por Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa, 2007, pp. 125-47.

- Marcano, Crisitina y Alberto Barrera Tyszka. *Hugo Chávez sin uniforme*. Caracas: Random House, 2004.
- Martín Arranz, Raúl. «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo» en *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987, pp. 73-101.
- Martínez Novo, Carmen. «The Indigenous Movement and the Citizen's Revolution in Ecuador: Advances, Ambiguities, and Turn Backs. Artículo inédito enviado a la conferencia *Outlook for Indigenous Politics in the Andean Region*. Center for Strategic International Studies. Washington DC, 2009.
- Mayorga, Fernando. *Antinomias. El azaroso camino de las reformas políticas*. Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón, 2009.
- Mayorga, René Antonio. «Sociedad civil y estado bajo un populismo plebiscitario y autoritario» en Arnsón, Cynthia (ed.) *La Nueva Izquierda en América Latina: Derechos Humanos, Participación Política y Sociedad Civil*. Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2009, pp.109-119.
- Mouffe, Chantal. *On the Political*. London: Routledge, 2005.
- Ospina, Pablo. «Corporativismo, Estado y Revolución Ciudadana. El Ecuador de Rafael Correa». Mimeo, 2009.
- Oxhorn, Philip. «The Social Foundation of Latin America's Recurrent Populism: Problems of Popular Sector Class formation and Colective Action» en *Journal of Historical Sociology*, vol.11, n.2, pp. 212-46.
- Panizza, Francisco. «Unarmed Utopia Revisited: The Resurgence of Left-of-Centre Politics in Latin America» en *Political Studies*, Oxford, vol.53, n.4, 2005, pp. 716-34.
- Patzí Paco, Félix. *Sistema comunal: una propuesta alternativa al sistema liberal: una discusión rica para salir de la colonialidad y del liberalismo*. La Paz: Comunidad de Estudios Alternativos (CEA), 2004.
- Peruzzotti, Enrique. «Populismo y Representación Democrática» en De la Torre, Carlos y Enrique Peruzzotti (eds.) *El retorno del pueblo. El populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO, 2008, pp. 97-125.
- Peruzzotti, Enrique y Andrew Seele. «Participatory Innovation and Representative Democracy in Latin America» en Seele, Andrew y Enrique Peruzzotti (eds.) *Participatory Innovation and Representative Democracy in Latin America*. Washington y Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press y The Johns Hopkins University Press, pp. 1-17.
- Reyna, Feliciano y Yolanda D'Elia. *Amenazas a los derechos humanos y la democracia en Venezuela. Informe Comprehensivo de Seguimiento*. Caracas: Sinergia, 2009.
- Stefanoni, Pablo y Herve do Alto. *La revolución de Evo Morales: de la coca al palacio*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2006.
- Sosa, Arturo. «Reflexiones sobre el poder comunal» en López Maya, Margarita (ed.) *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*. Caracas: Editorial Alfa, 2007, pp. 41-59.
- Ticona Alejo, Esteban. «El racismo intelectual en el Pachakuti. Algunas consideraciones simbólicas del ascenso de Evo Morales a la Presidencia de Bolivia» en Ticona Alejo, Esteban (ed.) *El Pachakuti ha empezado (Pachakutixa Qalltiwa) Democracia y cultura política en Bolivia*. Primera edición. La Paz: Corte Nacional Electoral, 2006, pp. 155-91.
- Wilpert, Gregory. *Changing Venezuela by Taking Power. The History and Policies of the Chávez Government*. London: Verso, 2007.
- Zúquete, José Pedro. «The Missionary Politics of Hugo Chavez.» En *Latin American Politics and Society*, vol.50, n.1, 2008, pp.91-122.

PRENSA CONSULTADA

- La Constituyente Avanza*, suplemento institucional de *El Comercio*. Quito: 13 de mayo de 2008.
- Digital Granma Internacional*, 9 de enero de 2009. Diposonible en <http://www.granma.cubaweb.cu/2009/01/09/nacional/articulo.html>

Recibido el 4 de agosto de 2010.
Aceptado el 13 de setiembre de 2010.

CONSEJEROS DEL PRÍNCIPE. INTELLECTUALES Y POPULISMO EN LA ARGENTINA DE HOY

Counselors to the prince. Intellectuals and populism in today's Argentina

VICENTE PALERMO*

Resumen. Este artículo abordará la relación entre intelectuales públicos y política en la Argentina durante las gestiones de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner tomando en cuenta principalmente a Ernesto Laclau, por una parte, y al grupo de intelectuales Carta Abierta, por otra. Tanto Ernesto Laclau como el núcleo de Carta Abierta mantuvieron intensos vínculos con ambos presidentes así como una vigorosa participación expresada en debates, presencia en los medios y declaraciones. Esta participación, así como los vínculos con los presidentes, que se intensificaron a partir del conflicto entre el gobierno nacional y los sectores agropecuarios en 2008, fueron intensa y directamente políticos, puesto que se proponían incidir en la configuración político-cultural argentina y en las decisiones de actores políticos comenzando por los propios presidentes¹.

Palabras clave: populismo, kirchnerismo, política argentina, intelectuales

Abstract. *In this article we will address the relationship between public intellectuals and Argentinean politics during the mandates of Néstor Kirchner and Cristina Fernández de Kirchner taking mainly into account Ernesto Laclau, on the one hand, and the group of intellectuals Carta Abierta, on the other hand. Both Ernesto Laclau and Carta Abierta group maintained intense links with both presidents as well as a strong participation showed in debates, presence on the media and statements. This participation, as well as links with presidents, that were intensified after the conflict between the national government and the agricultural and livestock sectors in 2008, were intensively and directly political, since they intended to have a bearing on the Argentinean political-cultural composition and on the decisions of political actors, starting by the presidents themselves.*

Keywords: *populism, Kirchnerism, Argentinean politics, intellectuals*

* Doctor en ciencias políticas, investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina, autor de numerosos artículos y libros sobre temas de política e historia política argentina y brasileña.

1 Deseo agradecer los útiles comentarios de Juan Lucca a una versión anterior de este texto, eximiéndolo de cualquier responsabilidad por lo que en él se afirma.

Los principales argumentos son los siguientes. Estrictamente, si tomamos en cuenta el modo en que Ernesto Laclau caracteriza el populismo², el kirchnerismo no puede ser considerado populista. Es, en cambio, una estructura política cuyo propósito primordial es la acumulación de poder y la perduración en la cúspide del régimen político, con una indiscutible orientación popular y una fuerte inclinación a la hegemonía institucional y al discrecionalismo. En función de esta estructura, Néstor Kirchner puso en juego dos mecanismos. El primero de ellos estriba en su red de alianzas políticas prioritarias. Inicialmente, procuró articular una base política a través de la así llamada transversalidad; luego, buscó satisfacer este objetivo en el propio Partido Justicialista. Ambos medios, aunque cumplieron sus propósitos, resultaron en cambio poco propicios al trazado de una frontera populista (volveremos luego sobre el punto). El segundo mecanismo consistió en una serie de acciones conflictivas. Se trató de una elección sucesiva de enemigos frente a los que los Kirchner se fueron volcando siempre en la certeza de chocar contra un oponente aislado y de suscitar respaldo público a sus acciones. La recomposición de la Suprema Corte de Justicia, el tratamiento de la cuestión de Derechos Humanos, la cuestión militar y el conflicto con los medios (centrado en una empresa periodística en particular) ilustran este tipo de acciones. Estrictamente, no puede hablarse en estos casos de una polarización porque, en efecto, las estimaciones con las que Kirchner operó al tomar sus iniciativas se mostraron correctas³. Pero esta estrategia falló en el caso del así llamado «conflicto con el campo». Fue el campo, lejos de actuar en soledad, el que logró articular muy diversos sectores descontentos por variadas razones y constituirse como punta de lanza de un muy amplio arco opositor. Tuvo lugar entonces, por primera vez en estos años, una polarización de gran alcance e intensidad.

Esta polarización no llegó a cristalizar en una identidad populista, pero dio ocasión a que las preferencias de diversos intelectuales se manifestaran. Aquellos

2 Este trabajo no se ocupa de *La razón populista* (2005) como obra teórica en sí misma; al respecto, además de dar por supuesto su conocimiento por parte del lector, remito a Emilio de Ípola (2009) y Gerardo Aboy Carlés (2007). Las referencias que haré a ese texto se relacionarán directamente con el contenido de las intervenciones públicas de Laclau. Dicho esto, debo formular una aclaración de gran importancia para la lectura de este artículo: en *La razón populista* como en otras de sus obras, Ernesto Laclau hace dos cosas muy diferentes. Por un lado, analiza, elabora una trama conceptual sobre lo que, a su entender, el populismo es; por otro, reivindica el populismo y toma partido a su favor. Personalmente, encuentro compartible la teoría de Laclau; no concuerdo, en cambio, con su preferencia normativa.

3 La política de medios de comunicación del gobierno (ver *Clarín*, 20 de junio de 2010) ilustra muy bien, a mi entender, la diferencia entre una política democrático-republicana, una política populista y la política de enemistades limitadas de los Kirchner. Delante de un mercado muy concentrado como es el argentino, la primera buscaría desconcentrarlo. La segunda incorporaría el conflicto a una cadena equivalencial popular que abarcaría todo el campo político. La tercera procura, antes que nada, construir una red de medios propia. Otro ejemplo está dado por la relación con «organizaciones sociales». En términos generales, y más allá de situaciones puntuales, esta relación se desplegó en términos muy diferentes a los deseados por Laclau: fueron, como es el caso de los piqueteros, más bien cooptadas que movilizadas en una configuración populista.

cuyas posiciones eran más expresivamente favorables a los Kirchner se pronunciaron sin ambages por avanzar hasta convertir al kirchnerismo en un populismo en pleno derecho. Estas intenciones no hallaron concreción, porque el kirchnerismo no las hizo suyas. Una vez que el proyecto de ley de retenciones al sector agropecuario fue rechazado en el Senado, los Kirchner bajaron el tono confrontativo de su discurso y procuraron retomar la iniciativa política, con suerte desigual.

En el marco de la polarización establecida, uno de los intelectuales que más se destacó fue Ernesto Laclau. En verdad, desde la publicación de *La razón populista* en 2005, su autor tuvo, a lo largo de los siguientes cinco años, numerosas e importantes intervenciones públicas, muchas de ellas en diarios y revistas de gran circulación manifestamente respaldadas en su excelente contribución teórica. Por ende, resulta pertinente analizar y discutir aquí su acción pública como un conjunto indivisible, relacionado con su obra teórica.

Laclau identifica expresamente, en *La razón populista*, la política con el populismo. Traza una línea divisoria del campo conceptual (en los pasos de Jacques Rancière) dejando de un lado «política=populismo» y del otro «administración». Siendo entonces la disyuntiva «populismo» o «administración», el populismo (tal como es definido por Laclau) no solamente se carga de todos los valores inherentes a la política sino que es la única política posible (por oposición a la administración connotada de «reaccionaria» y «conservadora», «muerte de la política»).

La división del campo conceptual y la postulación del populismo como la única política cobraron concreción en la densa intervención de Laclau en el campo político/cultural argentino (y, en menor medida, en el de otros países sudamericanos). Tras la publicación de *La razón populista*, Laclau demostró la mayor consecuencia entre lo que afirma en su texto y su militancia política⁴. No existe la menor incongruencia entre su elaboración política y el contenido de sus profundas incursiones en la política argentina.

Como militante, el objeto de deseo de Laclau es, indiscutiblemente, la Argentina. Mientras su análisis sigue siendo tan sofisticado como siempre, sus recomendaciones (en las que, reitero, Laclau es consecuente con sus concepciones teóricas) están enderezadas inequívocamente a reforzar los rasgos populistas de la vida política. Pero, en prieta síntesis, lo que Laclau nos propone es hacer aquello que la Argentina hizo recurrentemente a lo largo de su historia, con muy malos resultados: dividirse en dos. En su libro, implícitamente (pero de modo inconfundible) Laclau nos propone un modo de pensar la política *tout court* (creo no

4 Creo que es pertinente utilizar este sustantivo; Laclau no solamente sostuvo sus opiniones con gran frecuencia en los medios, también ha sido escuchado por los Kirchner y otros dirigentes y hasta ha participado en campañas electorales del Frente para la Victoria. En ocasión de sus charlas antes militantes y simpatizantes, su discurso ha tomado la forma de una «bajada de línea». En un artículo periodístico, Daniel Mundo, criticando con toda razón a quienes identifican ideológicamente a Laclau con Carl Schmitt, sostiene: «Como Laclau se apropia de Carl Schmitt, queda inmediatamente emparentado con el pensamiento nacionalsocialista. A esto habría que sumarle que lo que Laclau logra es que el matrimonio presidencial se entere del modo en que viene actuando sin siquiera saberlo» (en *Página 12*, lunes 22 de setiembre de 2008).

exagerar diciendo que se trata de un ensayo sobre lo político más aún que sobre el populismo). La palabra del Laclau militante está enderezada a proponer cómo la política debe ser entendida y actuada —tiene una función performativa cuya eficacia no me es posible medir, pero que trasciende el respaldo a los Kirchner.

Sigamos el pensamiento de Laclau en sus intervenciones públicas. Así, en agosto de 2004, abogará por «un populismo progresivo que sea compatible con el sistema democrático, que abarque una cantidad de demandas, pero que va a tener, necesariamente, que romper con las distintas formas existentes de institucionalización del poder para producir un desplazamiento en las fronteras de lo social» (en *Clarín*, 8 de agosto de 2004). Uno tiene derecho a preguntarse, en la Argentina de hoy, cuáles son las formas del poder de institucionalización que habría que romper para producir ese desplazamiento. Laclau no lo aclara, pero cabe pensar, siguiendo la distinción que el autor establece en *La razón populista* entre política y administración-instituciones, entre totalidad populista y totalidad institucionalista, en una larga guerra de posiciones abarcando todo el arco institucional oponiendo voluntades polares hegemónicas y contrahegemónicas, con la primera basada en la tríada estado-pueblo-líder (volveremos luego al punto).

Por cierto, Laclau se mantiene en la oposición entre populismo=política y administración. Por ejemplo, explicará a los lectores que

la práctica gradualista reduce la política a la mera administración [. . .] Cuando el ministro de Economía desdeña por populistas a ciertas prácticas, está planteando que hay una forma administrativa de decidir respecto de estas cuestiones. No digo que esté necesariamente equivocado sino que plantea una idea de gestión de la cosa pública que no tiene nada que ver con la construcción de identidades populares más amplias. [. . .] Esta idea de pureza de la política como administración estuvo ligada al desarrollo del neoconservadurismo. Fue la forma en que el menemismo concibió el espacio público. (En *Página 12*, 5 de junio de 2005).

La idea de que el empleo peyorativo del término populista, con razón o sin ella, equivalga a postular una forma no política sino administrativa de decidir es, cuando menos, curiosa. A menos que quien la hace pretenda incurrir en un reduccionismo semejante al de Laclau descalificando cualquier alternativa a una hipotética racionalidad técnica como populista. El lance de Laclau es relevante, ya que asimila práctica gradualista y activismo institucional con mera administración y no política. Esta reivindicación de la política identificada con el populismo encuentra en Kirchner su virtual protagonista:

En Venezuela había una masa que, antes del ingreso de Chávez, no estaba integrada al sistema, por lo que se plantea la necesidad de integrarla de algún modo. Eso se produce a través de mecanismos populistas, a través de la identificación con el líder, y después viene el momento de la construcción institucional. En la Argentina no funciona de la misma manera porque hay una sociedad civil que no estaba tan desintegrada como en Venezuela. La función de Kirchner, si va a ser un líder populista real, es construir y articular políticamente a partir de una pluralidad de fuerzas

que estaban parcialmente organizadas. La forma política va a ser distinta, pero no hay dudas de que el futuro latinoamericano pasa por este tipo de proyectos. (En *Página 12*, 5 de junio de 2005)

No se trata de un mero *wishful thinking*, ya que Laclau no desconoce que, en sus propios términos, Kirchner no es aún un líder populista «real» delante de una sociedad civil que considera más integrada —y por tanto menos dúctil— que la venezolana. Pero aún a mediados de 2007, la transversalidad kirchnerista es, para Laclau, una promesa: «Yo no diría por ejemplo que Kirchner es un líder peronista, es un líder pos peronista y toda su tendencia a la transversalidad demuestra que él está pensando en la creación de un polo de centro izquierda que va a tener que recomponer con fuerzas que vienen de orígenes políticos muy diversos» (en *Clarín*, 29 de mayo de 2007).

Y dado que es por proyectos de este cuño que debe concebirse el futuro latinoamericano, éste (a pesar de lo vagamente definido) es un límite estricto, más allá del cual no hay diversidad o disenso, sino traición: «Tabaré [Vázquez] es el caso más obscuro de una traición regional, se fue a Washington a traicionar al Mercosur».

La prescripción de Laclau se afirma en la medida en que la resolución 125⁵ (del 10 de marzo de 2008) inaugura una nueva escena política:

—¿El gobierno de Cristina Kirchner es un gobierno populista?

—En sus mejores momentos sí, lo es. Un gobierno populista es un gobierno que convoca a los de abajo frente al poder. Hay populismo siempre que la sociedad se divida dicotómicamente entre los de abajo y los de arriba. Eso es lo que pasó con el peronismo y el kirchnerismo está empezando a hacerlo. El kirchnerismo está comenzando a estructurarse como signifiante. Hoy estamos ante un pos peronismo. (En *Debate*, 14 de abril de 2008).

En otras palabras, al calor de las vicisitudes políticas, ha aparecido claramente, y para quedarse, el diagnóstico de que a la política argentina le hace falta más polarización. Y en especial, una que oponga tajantemente a los de abajo y a los de arriba. El pueblo concebido como la única totalidad legítima, la frontera de exclusión que divide a la sociedad en dos campos, la parte identificada con el todo, elementos todos elaborados en *La razón populista*, son los pasos que, siguiendo los del peronismo histórico, debería dar el kirchnerismo, que «está comenzando a estructurarse como signifiante» (en *Debate*, 14 de abril de 2008).

Aunque esta índole populista del kirchnerismo mostró ser una ilusión, la acción política de Laclau no disminuye. Continuará viendo el proceso político con el cristal que lo refracta hacia la imagen de una frontera populista: «también una contrahegemonía conservadora o reaccionaria opera de la misma manera. Los manifestantes en el Monumento a los Españoles del año pasado en Argentina tomaron los significantes del campo como el elemento aglutinante, pero a la

5 Se trata de una resolución ministerial que altera los mecanismos establecidos para fijar las retenciones a la soja, básicamente fijando retenciones móviles con una franja extremadamente alta a partir de un determinado precio.

mayor parte de los que estaban en la manifestación, le importaba tres cominos la cuestión del campo, simplemente era la forma de crear una oposición frente al régimen popular (en campaña electoral, Santa Fe, 30 de mayo de 2009, disponible en www.video.google.com)»⁶. El gobierno ha devenido en régimen popular confrontado con una contrahegemonía reaccionaria. Laclau no se engaña en relación al resultado del conflicto con el campo: «lo que hoy en Argentina se ha producido es un avance contrahegemónico de la derecha. El conflicto del campo fue una especie de detonante alrededor del cual sectores completamente disgregados de la derecha encontraron un punto aglutinador» (www.video.google.com). No obstante, esto no lo aparta de su camino. Todo lo contrario, porque lo que percibe como la amenaza de una formación contrahegemónica lo ve también como la mejor oportunidad para la concreción, tan esperada, de una configuración hegemónica.

Por de pronto, si el kirchnerismo se trata de un régimen (popular), entonces el problema de la titularidad de los cargos políticos puede ser visto de otra manera que la correspondiente a un régimen democrático representativo. De allí que Laclau se manifieste en reiteradas oportunidades

totalmente de acuerdo con la reelección indefinida. La cuestionan pero siempre puede haber otro candidato. Lo que sucede es que el sistema institucional siempre es corporativo e intenta mantener el *statu quo*. Pasó con el yrigoyenismo y el antipersonalismo de Alvear, a través del cual se reconstituía la derecha. Pasó con la oposición a Perón, porque los conservadores no querían que predominara la voluntad popular. Cuando a mí me hablan de antipersonalismo, de oposición a la reelección y todo este tipo de cosas, saco el revólver porque lo que tratan de organizar a través de estos lemas es la traición nacional. (En *Veintitrés*, 4 de junio de 2009)⁷

Tomando distancia de Claude Lefort, sostiene Laclau en su libro, que «no es el caso de que exista una particularidad que simplemente ocupa un espacio vacío, sino una particularidad que, porque ha triunfado en una lucha hegemónica para convertirse en el significante vacío de la comunidad, tiene un derecho legítimo a ocupar ese lugar» (Laclau, 214). A mi entender Lefort sigue siendo pertinente, porque esa particularidad no se convierte en el significante vacío de la comunidad, ya que esto último es la nación, y el Estado constitucional; el todo es irrepresentable.

Las lanzas que Laclau quiebra a favor de la reelección indefinida nos muestran claramente cuál es su rival. Laclau distingue, es claro, su concepto de vacuidad —«no significa simplemente vacío en su sentido literal; por el contrario, hay

6 Claro que en este caso, siguiendo a Laclau, correspondería hablar de una falsa hegemonía. No obstante, gran parte de los asistentes dejó entrever otra cosa: que al país le iría mejor y dentro de ello a sí mismos, si las demandas del campo eran atendidas. Una hegemonía más genuina, por tanto.

7 Su énfasis reiterado en la reelección indefinida muestra que Laclau es perfectamente consciente de la fuerte concentración del poder que es inherente a la política populista de «dividir la sociedad en dos», postulando el monopolio de lo nacional y lo popular, que aconseja.

vacuidad porque ella apunta a la plenitud ausente de la comunidad» (214)— del concepto de Lefort; pero identifica la vacuidad con el triunfador de una lucha hegemónica que confiere legitimidad para ocupar el lugar del poder. «Pero esa plenitud/vacuidad sólo puede existir encarnada en una fuerza hegemónica...» (215). Laclau no se anda con vueltas: «no es cierto que la vacuidad pura haya reemplazado al cuerpo inmortal del rey [retomando la metáfora de Lefort]. Este cuerpo inmortal es encarnado por la fuerza hegemónica [. . .] la lógica de la encarnación continúa operando bajo condiciones democráticas, y, en ciertas circunstancias, puede adquirir una considerable estabilidad» (215). Creo no exagerar afirmando que esto conlleva una ruptura con el sentido democrático de los mecanismos institucionales de acceso al poder, propios de las democracias representativas. Las elecciones son, aquí, un mecanismo que confirma una voluntad colectiva constituida en un ámbito diferente, la lucha hegemónica que constituye el poder encarnado. En el mundo de Lefort, se pueden perder elecciones, en algunos casos, apenas porque las reglas de juego estipulan que el presidente en ejercicio no puede volver a ser candidato. Que una constitución establezca un principio abstracto cualquiera que limite el ejercicio de la primera magistratura es radicalmente incompatible con el populismo de Laclau. La diferencia entre el poder como lugar vacío de Lefort y el poder ocupado/encarnado por la fuerza hegemónica de Laclau se pone de manifiesto en el modo en que éste aboga en sus intervenciones públicas.

Por otra parte, dado que el campo político *debe* ser dicotómico, «traición», «conducta “objetivamente” favorable al enemigo» y otros viejos vocablos son forzadamente parte del léxico político: «Los movimientos sociales tienen razón: el Gobierno no fue demasiado lejos en ese campo. Pero la cuestión es ver cuál es la alternativa política, de carácter global, que estos movimientos presentan. No digo que sea el caso de Libres del Sur o Martín Sabbatella, que es un político honesto y progresista. Pero si empiezan a moverse por fuera de un espacio nacional popular como el kirchnerismo, pueden ser cooptados por la derecha» (en *Veintitrés*, 4 de junio de 2009). Y estrictamente aquella contrahegemonía que Laclau ve en torno al campo, tiene para él otro nombre, la traición nacional: «—¿Y quiénes representan hoy esa traición? —¿Querés que te diga los nombres? Macri, Carrió, Cobos, Gerardo Morales, Stolbizer. La lista todavía es larga» (*Página 12*, 27 de junio de 2009). En *La razón populista* Laclau explica el mecanismo por el cual la *plebs* se percibe a sí misma como *populus*, la parte como el todo: «como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad» (113). La traición como principio de exclusión se desprende sin dificultad de la dicotomización populista del campo político.

Laclau no se cuestiona por la medida en que este éxito de «la derecha», que «ha apelado a una forma de movilización popular que transforma las demandas sectoriales de un grupo en el *significante* y una forma general de realineamiento» (en *Zoom*, 26 de junio de 2009), pueda ser consecuencia de decisiones del propio

«régimen popular». Reconoce que el gobierno perdió popularidad, pero entiende que ello se debió «a que se cometieron errores» (en relación a la Federación Agraria Argentina, por ejemplo). En otras palabras, que para Laclau el problema no radicaría en el desenvolvimiento polarizado del conflicto sino en factores contingentes.

Por el contrario, el *quid* de la cuestión, para Laclau, consistiría en que la frontera entre aquella configuración contrahegemónica y el espacio nacional popular del kirchnerismo no termina de demarcarse en forma suficientemente tajante:

Las medidas que [el gobierno] ha ido tomando desde la derrota de la resolución 125 han sido todas progresistas, desde la estatización de las jubilaciones, pasando por la nacionalización de las compañías aéreas y una larga serie de medidas. Falta todavía que todas esas medidas progresivas cristalicen alrededor de ciertos imaginarios colectivos, que la gente perciba que la sociedad está dividida en dos campos [. . .] Lo que quisiera ver es una interpelación más fuerte a los sectores populares por parte del Gobierno. Porque presentar una especie de catálogo de medidas progresistas está muy bien, pero eso no es suficiente. Esas medidas progresistas tienen que ir cristalizándose a través de *slogans* y símbolos que vayan presentando una división radical de la sociedad. Como lo hicieron *slogans* del pasado como *Patria o coloniaje*, *Braden o Perón*: ese tipo de cosas es lo que todavía está faltando para poner las cosas blanco sobre negro. (En *Zoom*, 26 de junio de 2009)

Este poner las cosas en blanco y negro sería la condición indispensable para dar paso a un proyecto de cambio. Dicho de otro modo, el populismo, tanto como la lógica política delegativa, son necesarios, según Laclau, para contrapesar la inercia conservadora de las instituciones: «La dimensión del populismo tiene que intervenir porque las instituciones son la cristalización de las relaciones de fuerza en la sociedad, con lo cual, impulsar un proyecto de cambio implica romper esos límites institucionales sin negarlos del todo. La derecha, por el contrario, siempre instrumenta un discurso institucionalista porque niega la dinámica propia del proceso de cambio» (en *Zoom*, 19 de junio de 2009). Esto resulta poco consistente con su observación de que la derecha habría logrado conformar un bloque contrahegemónico durante el tramo de intensa movilización de 2008. Pero más allá de este punto incidental, Laclau refuerza así la identificación entre populismo y política y la contraposición de este par con administración, término al que ahora las instituciones quedan adheridas: «la democracia representativa pura asume que las instituciones mismas son las que tienen real legitimidad, y yo creo que sin un elemento delegativo tampoco hay democracia. Las instituciones, además de formas legítimas de canalización de demandas, son formas que expresan el *statu quo*» (en *Debate*, 19 de junio de 2009). El énfasis anti institucionalista de Laclau guarda proporción con la medida en que las instituciones son percibidas por él como impedimentos al cambio.

Con todo, el problema político argentino, para Laclau, no estribaría solamente en esta contraposición (populismo y política – administración e instituciones),

sino también en la estructura de la sociedad civil, que erigiría obstáculos para que, lo que debe ser, se realice efectivamente:

—[. . .] En este país el único proyecto desde la izquierda con vocación hegemónica ha sido el kirchnerismo. Pero no sé si puede llegar a transformarse en una fuerza populista como representan Evo, Chávez o Correa.

—¿Por qué?

—Porque todavía la imagen símbolo de cambio no está consolidada. La sociedad civil argentina es mucho más estructurada que esas otras sociedades. Y con esa multiplicación de demandas, la cristalización simbólica tiene que pasar por muchas más mediaciones. Es más difícil desarrollar un populismo en la Argentina que en otras sociedades. (En *Debate*, 19 de junio de 2009)

Difícil pero necesario, e inscripto, además, en lo que sería para Laclau la experiencia democrática latinoamericana:

En la experiencia democrática de las masas latinoamericanas hay, por un lado, una tendencia administrativista, oligárquica o tecnocrática, que consiste en diluir el poder en una serie de instituciones corporativas. Por otro lado, una tendencia populista que lleva a la consolidación del poder alrededor de ciertos centros. Ahora, esos centros tienen como punto importante de referencia la concentración en ciertas figuras [. . .] Toda la movilización del campo en el 2008 fue una movilización contrahegemónica, que consiguió que muchas demandas populares, que debieron ser parte del campo popular, se situaran en la vereda de enfrente. Ahora hay que reconquistar ese espacio, es decisivo. (En *Debate*, 14 de junio de 2010)

Es más difícil desarrollar un populismo en Argentina de hoy donde, por otra parte, habría sido la derecha la que obtuvo algún éxito al respecto; no obstante lo cual, esa es la tarea política primordial y por tanto la ruptura institucional ha de ser mucho más enérgica:

—A diferencia de Cristina, el gobierno de Néstor parece haberse concentrado más en la construcción populista.

—No, no llegó a hacerlo y tampoco Cristina. Se necesita algo más para tener una cristalización populista del tipo de Chávez o Perón. No han dividido a la sociedad en dos campos.

—Sin embargo, si hay una vocación que tiene clara Néstor Kirchner es la de construir adversarios.

—Es cierto. Es el único que entiende el momento agonista de la política.

—Ayer fue el menemismo, hoy *Clarín*.

—Yo diría los medios [de comunicación], de eso no hay duda (en *Debate*, 10 de mayo de 2010)

Si bien se mira, la tarea propuesta, tomando en cuenta los factores adversos —institucionales y sociales— resulta descomunal; de lo que no caben dudas es que Laclau es consciente del grado de concentración del poder que requeriría.

No obstante, Laclau yuxtapone, en algunas ocasiones, la prescriptiva populista con una división del campo político marcada por el reconocimiento recíproco, la competencia y la alternancia:

El espectro político tiende a la polarización, pero la polarización no ha encontrado su límite ni su forma definitiva. La Argentina está evolucionando hacia una polarización dentro de un sistema institucional. Puede parecer un poco optimista, pero creo que es así. De a poco se está llegando a una situación de un país vivible, con un sistema político relativamente estable, en el que va a haber un centroizquierda y un centroderecha. De un lado y de otro va a haber también unos loquitos marginales. Por centroderecha estoy pensando que podría crearse un espectro opositor viable electoralmente, un tándem entre —menciono nombres tentativos, sólo como ejemplo— Ricardo Alfonsín y Hermes Binner [. . .] También habrá fórmulas de izquierda aberrantes. Mucho me temo que mi viejo amigo Pino Solanas está representando ese papel [. . .] Si llegáramos a un sistema político con una fuerza de centroizquierda y una fuerza de centroderecha, que configuraran el espacio del poder, la Argentina podría tener un sistema institucional bastante estable. Siempre los sistemas políticos oscilan entre las fuerzas institucionalistas, que tienden a mantener las relaciones de poder, y las fuerzas del cambio. Si el centroderecha gana las próximas elecciones, en ese caso las fuerzas del *statu quo* habrán predominado sobre las fuerzas del cambio. (En *Página 12*, 17 de mayo de 2010)

Podemos considerar patentemente incongruente la aproximación entre una polarización populista —con hegemonía nacional popular, traidores, etc.— y un juego estable de competencia representativa, y también preguntarnos en qué medida Laclau no debería considerar, dentro de su propia lógica, la configuración de ese sistema institucional como el triunfo de la administración y la muerte de la política. Puede inferirse, con todo, que Laclau mantiene una genuina preferencia por el régimen democrático y procura, aunque sin conseguirlo, que sea dentro del mismo donde encuentre camino el desenvolvimiento de un populismo robusto (en línea con la «democracia radical» de Chantal Mouffe). Que no lo consigue se hace manifiesto en su ponderación temporal: «en América latina, más que en Europa, el momento presidencialista, el momento populista, va a ser más fuerte que el otro [. . .] Es muy difícil decir cuánto debería durar, diría que por todo un período histórico» (en *Página 12*, 17 de mayo de 2010).

Como ya dije, sostengo que entre las preferencias normativas de Laclau de *La razón populista* y el Laclau militante hay una diferencia contextual, pero no incoherencia. Las ideas principales que Laclau ha volcado al amplio público de la vida política están, todas, presentes en *La razón populista*. Una de las principales es la identidad, ya señalada, entre política y populismo y su contraposición con la administración. Pero, al contrario de lo que sostiene expresamente Laclau, entre el populismo y la administración hay una ancha franja, no una simple línea. Y al interior de esta franja es concebible una política progresista tan distante del positivismo de la administración como del hegemonismo populista.

No hay identidad entre política y populismo. Hay política fuera del populismo, y no por excepción. Esto es así por varias razones. Una de las más importantes es que las «demandas democráticas» de Laclau no precisan eslabonarse en una cadena equivalencial ni articularse bajo la hegemonía de un significativo vacío, para ser políticas de pleno derecho. Tomemos por ejemplo las demandas por los derechos humanos. Laclau nos dice que los setenta y ochenta, frente a las dictaduras latinoamericanas, estuvieron inscriptos en la cadena equivalencial del «pueblo» contra aquéllas. Pero veamos el caso argentino; cualquiera que lo conozca sabe muy bien que esto no es cierto. En el mejor de los casos, las demandas de derechos humanos entraron en una cadena equivalencial de un «pueblo», durante la transición, con Raúl Alfonsín. No obstante, no hay ninguna razón para considerar que las demandas de derechos humanos durante la dictadura no fueron políticas. Y se pueden considerar ejemplos muy variados de «demandas democráticas» que no precisaron formar parte de cadenas equivalenciales para ser plenamente políticas, como el feminismo, el Movimiento dos Sem Terra brasileño o las propias demandas de la sociedad globalizada a las que se refiere Laclau.

Por otra parte, las experiencias políticas efectivas de distintas orientaciones, que no son populistas —y sería inconcebible reducir a la mera administración— son incontables. Entre los ejemplos de efectividad y orientación progresista se cuentan las socialdemocracias del siglo pasado, capaces de conciliar la representación liberal-democrática con el procesamiento del conflicto social. Pudieron construir estados nuevos, ampliar y consolidar derechos y constituir regímenes políticos competitivos relativamente estables.

Quizás la diferencia central entre política institucionalista y política populista sea que la primera, empleando el léxico de Laclau, hace coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad (nación, constitución) pero de modo combinado con el trazado de fronteras al interior (los líderes democráticos no populistas están forzosamente administrando una tensión, o una incongruencia, entre un discurso que incluye a todos y remite a los límites simbólicos de la comunidad, y el trazado de fronteras) mientras que la política populista hace de ambas fronteras una sola. Precisamente, un fuerte implícito del pensamiento de Laclau consiste en que toda división del campo político es una división populista.

Pero no es así (la equiparación reduccionista política-populismo está, desde luego, en la base de esta identificación). Probablemente toda política, inclusive una política de composición, suponga cierta división del campo político. Pero esta división no es necesariamente populista en su profundidad o radicalidad, ni en su extensión. En su profundidad: es decir, no adopta inevitablemente la matriz de dicotomizaciones de deslegitimación (pueblo-antipueblo, nacional-antinacional, etc.) con todas las consecuencias que de ello se sigue. Y en su extensión: la división del campo político tampoco es necesariamente populista, puesto que sus cadenas equivalenciales no constituyen forzosamente una división que

comprenda dicho campo en su totalidad (o que tienda a absorber-politizar toda la vida social). Y no toda línea divisoria separa u opone configuraciones que cuenten con un significante hegemónico.

CARTA ABIERTA: ENTRE EL PRÍNCIPE Y LA MOVILIZACIÓN

Otros protagonistas de la relación entre consejeros y príncipes durante los gobiernos de los Kirchner fueron los integrantes del grupo Carta Abierta, que emerge al calor del conflicto con el campo⁸. Lo primero que llama la atención en los textos de este grupo es la lectura que formulan de la situación política abierta en consecuencia de las iniciativas del gobierno y de las reacciones a la misma. En efecto, la polarización fue leída en clave populista y ciertamente esta lectura incidió en los modos en que el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner identificó públicamente el problema (ello se hace patente en la pronta y decidida adopción del término más original que aporta el grupo, «destituyente», por parte del discurso oficial).

Así, dirá el grupo en su primera carta abierta: «Como en otras circunstancias de nuestra crónica contemporánea, hoy asistimos en nuestro país a una dura confrontación entre sectores económicos, políticos e ideológicos históricamente dominantes y un gobierno democrático que intenta determinadas reformas en la distribución de la renta y estrategias de intervención en la economía» (Carta Abierta 1, s/p). Un conflicto de intereses con los productores agropecuarios, que de hecho estaba en curso pero que alcanzó abruptamente su punto álgido cuando el gobierno dispuso administrativamente mayores retenciones a la exportación de soja, es percibido como una batalla de múltiples dimensiones entre el gobierno democrático y un bloque de actores «históricamente dominantes». La contraposición ya no es con el mundo de los intereses y agentes económicos, enardecidos a partir de disposiciones gubernamentales, sino que ha devenido, para Carta Abierta, en un enfrentamiento con un actor sociopolítico y sociocultural suficientemente cohesivo como para tener una voluntad unificada, destituyente o golpista. Entre este encuadre y el tipo de conflicto político del peronismo histórico —un conflicto moral, entre buenos y malos, pueblo y antipueblo, nación y antinación— prácticamente no existen diferencias:

La oposición a las retenciones —comprensible objeto de litigio— dio lugar a alianzas que llegaron a enarbolar la amenaza del hambre para el resto de la sociedad y agitaron cuestionamientos hacia el derecho y el poder político constitucional que tiene el gobierno de Cristina Fernández para efectivizar sus programas de acción, a cuatro meses de ser elegido por la mayoría de la sociedad. Un clima destituyente se ha instalado, que ha sido considerado con la categoría de golpismo. [. . .] En la actual

8 El grupo Carta Abierta está integrado por intelectuales en su mayoría de origen peronista y cuya experiencia política más importante tuvo lugar en la década del setenta.

confrontación alrededor de la política de retenciones jugaron y juegan un papel fundamental los medios masivos de comunicación más concentrados, tanto audiovisuales como gráficos. (s/p)

Así, lo que estrictamente fue, como señalé anteriormente, una iniciativa gubernamental bajo un cálculo de costos y beneficios similar al de otros enfrentamientos sostenidos por el gobierno (costos limitados al sector directamente afectado, beneficios fiscales así como electorales), es interpretado como el ocasionador de una batalla integral debido a la «indiscutible responsabilidad y firmeza al instalar tales cuestiones redistributivas como núcleo de los debates y de la acción política desde el poder real que ejerce y conduce al país» (s/p). La mirada de los autores de la carta es, en sí misma, una perspectiva en la que la magnitud y el papel de los actores se modifican significativamente —por caso, la hipótesis de que los «medios concentrados» tuvieron un papel determinante en la configuración de los términos del conflicto no resiste a un examen de los hechos (y no faltaron los críticos que la calificaron de fantasiosa, conspirativa y hasta paranoica).

Pero, en verdad, más que con preocupación, el conflicto gobierno-productores agropecuarios fue percibido con esperanza, ya que es la apertura de una oportunidad: de que las coordenadas de la política argentina se establezcan firmemente en una matriz populista en la que los distintos campos de acción social estén apropiadamente politizados:

En este nuevo escenario político resulta imprescindible tomar conciencia no sólo de la preponderancia que adquiere la dimensión comunicacional y periodística en su acción diaria, sino también de la importancia de librar, en sentido plenamente político en su amplitud, una batalla cultural al respecto. [. . .] Es necesario crear nuevos lenguajes, abrir los espacios de actuación y de interpelación indispensables, discutir y participar en la lenta constitución de un nuevo y complejo sujeto político popular, a partir de concretas rupturas con el modelo neoliberal de país. (Carta Abierta 1, s/p)

Ese nuevo y complejo sujeto político popular debe ser gestado en una tarea que abarque la totalidad de lo social (y del mismo modo que a Laclau, los pasos dados por el gobierno le parecen insuficientes al grupo):

La relación entre la realidad política y el mundo intelectual no ha sido especialmente alentada desde el gobierno nacional y las políticas estatales no han considerado la importancia, complejidad y carácter político que tiene la producción cultural [. . .] Son sociedades cuya complejidad política y cultural exige, en la defensa de posturas, creencias y proyectos democráticos y populares, una decisiva intervención intelectual, comunicacional, informativa y estética en el plano de los imaginarios sociales. [. . .] Teniendo en cuenta esta escena de nuestra actualidad, nuestro propósito es aportar a una fuerte intervención política —donde el campo intelectual, informativo, científico, artístico y político juega un rol de decisiva importancia— en el sentido de una democratización, profundización y renovación del campo de los grandes debates públicos. Estratégicamente se trata de sumar formas políticas que ayuden a fecundar una forma más amplia y participativa de debatir. (s/p)

Las nociones gramscianas, retomadas por Laclau, de hegemonía y guerra de posiciones, se pueden leer entrelíneas⁹. Es muy llamativo que el conflicto haya sido interpretado por el grupo como una promisorio chance para una reformulación tan desmesurada de los términos de la lucha política argentina. No lo es menos que el grupo confiara en que el gobierno pudiera inclinarse por ese camino.

POPULISMO Y POLÍTICA PRESIDENCIAL

El discurso político de los Kirchner, confrontado con las intervenciones públicas de Laclau y del grupo Carta Abierta, se diferencia nítidamente de ambas en que su registro no es populista si nos mantenemos, como hasta ahora, en el marco conceptual proporcionado por Laclau sobre el populismo. Se ha observado (Aboy Carlés y Semán) en el discurso de Néstor Kirchner durante los primeros años de su gestión una propuesta de sentido unificador en términos de una «comunidad reparadora de derechos». Según esta propuesta de sentido, los destinatarios principales de la obra de gobierno serían todos aquellos cuyos derechos fueron conculcados en las décadas anteriores habiendo pues un reconocimiento de ellos como sujetos de derechos. Así las cosas, se establecería claramente una cadena equivalencial entre demandas democráticas (estamos empleando el léxico de Laclau) y entiendo que el término «comunidad» que emplean Aboy Carlés y Semán alude a ello. No obstante, ni Kirchner deviene en significante vacío ni su discurso establece una división de la sociedad y la política en dos campos. Sigamos a Laclau:

[E]l populismo requiere la división dicotómica de la sociedad [. . .] en dos campos —uno que se presenta a sí mismo como parte que reclama ser el todo [. . .] esta dicotomía implica la división antagonica del campo social [. . .] el campo popular presupone, como condición de su constitución, la construcción de una identidad global a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas sociales [. . .] la noción de frontera antagonica [. . .] concibe a la sociedad como dos campos irreductibles estructurados alrededor de dos cadenas equivalenciales incompatibles. (Laclau, 35)

Ya he señalado que ni la «transversalidad» ni el justicialismo proporcionaron el terreno fértil para la construcción de una identidad global, de modo tal que la cadena equivalencial de aquellos cuyos derechos fueron menoscabados fue virtual, pero no cristalizó en un nuevo actor político (obsérvese que tanto Laclau como Carta Abierta hicieron explícita esta ausencia y abogaron por su superación). Por tanto, estrictamente Kirchner no devino en una «superficie de inscripción» (significante vacío) de las múltiples demandas equivalentes. Las esperanzas que Laclau depositara en la «transversalidad kirchnerista» a tal efecto obviamente no se realizaron; pero al desplazar Kirchner su red de alianzas

9 Véase De Ípola para un examen del concepto de hegemonía en el marco de la obra de Laclau.

hacia el peronismo, el nuevo «nosotros» queda negativamente condicionado por dos limitaciones complementarias. Por un lado ¿quiénes son los peronistas? (muchos de ellos integran el contingente de «responsables» de los males argentinos y fueron protagonistas de la década del noventa). Y por otro, ¿qué son los no peronistas? Ni la condición de peronista ni la de no peronista sirven para establecer una frontera entre «nosotros» y «ellos».

Pero además, el discurso kirchnerista (tanto en lo verbal como en los lazos políticos) no se orientó al establecimiento de una frontera antagónica ni concibió a la sociedad como dos campos irreductibles.

Como señala Juan Lucca, la adversatividad kirchnerista se hizo patente contra las corporaciones (militares, empresas extranjeras, organismos multilaterales de crédito y medios de comunicación) que Kirchner fue poniendo en la picota consecutivamente a lo largo del tiempo: primero las FFAA, luego las empresas (los conflictos con Shell, Esso, aguas, correos), luego, hacia la época de la reestructuración de la deuda, el FMI, y por último los medios de comunicación (blanco que se realza en los discursos de Cristina Fernández). La constante en términos de antagonismo radical en un continuo temporal claramente se da con la década previa al 2001 y la diferenciación de la experiencia autoritaria (1976-1983) va y viene de acuerdo más con el público o con el actor a enfrentar que con otra cosa. Kirchner apela sí al *mix* antagonista del discurso sobre la lógica neoliberal de los noventa y autoritaria de los setenta cuando el embate contra algo/alguien es completamente radical.

Estos rasgos no permiten identificar al discurso de Kirchner como populista. Su retórica tiene en general un fuerte tono emotivo vinculado con la reparación y el renacimiento, a la refundación de la patria como una gesta de todos donde el presidente convoca a que lo acompañen en una larga marcha por la recuperación de la autoestima y de la dignidad nacional. Hay ciertamente división del campo político y adversarios que son descalificados, pero la línea divisoria es móvil y los adversarios van cambiando. De modo que no se traza una frontera que contribuya a darle perdurabilidad a una identidad. Como, al mismo tiempo, Kirchner no echa mano sino muy limitadamente a las interpelaciones peronistas más ortodoxamente populistas, el resultado es una adversatividad difusa y configuraciones identitarias imprecisas.

La siguiente es una retórica típica de Néstor Kirchner, siendo esta vez la empresa Aguas Argentinas el destinatario: «Que el pueblo argentino vea cómo pueblos como Ituzaingó están sufriendo a estas empresas que no respetan el derecho de los argentinos, que es el derecho a la salud, que es el derecho a un servicio que es fundamental para la vida» (Kirchner, setiembre 2005, s/p).

No hay una nominación que unifique en una naturaleza común de enemistad, una pluralidad de sujetos, confiriéndoles así a los mismos el rol de la cadena equivalencial opuesta e incompatible con la popular. Retomando lo señalado en páginas anteriores, la división del campo político no tiene ni la profundidad ni la extensión propias de la populista. La identificación

de contrarios está fuertemente personalizada (en las figuras de la década del noventa, a quienes Kirchner hace responsables de los males que Argentina adolece) y muchas veces aparece diluida bajo la imputación de pusilanimidad, falta de voluntad o coraje:

[E]n esta Argentina podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida por muchos motivos. Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor —a alguna parte de esa dirigencia— para tomar las determinaciones que hay que tomar. Siempre el miedo: «hagamos esto o se viene el caos». Y quedamos siempre dependiendo de pensamientos y filosofías de tipo económico, que realmente generaron una concentración muy fuerte del ingreso y una injusta distribución del mismo, concentración económica, un marco estructural de corrupción que nunca conoció la Argentina. (Kirchner 2003, s/p).

Mucho más que con un enemigo presente, la frontera es con un pasado cercano, el que antecedió y desembocó en la crisis 2001-2002. Los distintos modos de definición del otro se prestan muy poco, así, a la conformación de una cadena equivalencial opuesta y a la demarcación de una frontera de suficiente contraste. Por ejemplo:

Ahí están los que hablaban del déficit cero, ahí están los que hablaban del superávit fiscal primario, ahí están los que hablaban del ordenamiento y de la administración del Estado, nos entregaron un país fundido y quebrado. Nosotros, sin hacer declamaciones, estamos construyendo un país donde el superávit fiscal primario es cosa de todos los días, donde el superávit comercial es cosa de todos los días, donde el crecimiento de la actividad económica es algo permanente. (Kirchner, noviembre 2007, s/p).

Aunque el «ellos» opuesto puede encontrarse echando mano del general Perón, sus metáforas presentan las mismas limitaciones: «Es como decía el General Perón: “hay un hilo invisible que los une a los que no quieren cambiar nada y a los que dicen que quieren cambiar todo, pero que ayudan a que no cambie nada”, y la única forma de poder superar esta instancia es que trabajemos todos juntos, pero con claridad, sin doble discurso, sin hipocresía» (Kirchner 2004, s/p).

A veces, un registro de composición domina claramente, más todavía cuando la contraposición se erige, como ya observé, en relación al pasado:

Por eso queridos hermanos, sabemos lo que nos pasó, sabemos las cosas que nos sucedieron, sabemos cuáles fueron los intereses, cuáles fueron los rostros, sabemos quiénes vaciaron el país. Convoco a todos los argentinos, argentinos de todos los partidos, de todos los pensamientos, de todas las fuerzas gremiales y empresariales, en la pluralidad y el consenso, a darnos cuenta que tenemos que salir de la lucha corta para emprender la construcción de un campo nacional fuerte. No hay que tener miedo de hablar de lo nacional y de lo popular, no hay que tener miedo de hablar de justicia y equidad [. . .] con el orgullo de sentirnos

dignos de ser argentinos, para que el mundo entero vea que los argentinos volvimos a ganar el derecho a la esperanza y a la ilusión, que los argentinos nos hemos decidido a reconstruir la Patria y a refundarla. (Kirchner, junio 2005, s/p).

Y el siguiente párrafo también ilustra el punto:

La Concertación Plural busca crear, busca imaginar, busca superar, busca que de las verdades relativas logremos verdades superadoras que nos contengan a todos, no busca enfrentar a nadie, no busca denostar a nadie. Sino por el contrario, trata de generar un consenso plural para profundizar la gobernabilidad en la Argentina. Por eso, a todos los intentos radicales, vecinalistas, socialistas, de otras fuerzas políticas que nos acompañaron [. . .] Trabajemos para consolidar la convivencia, para respetarnos en la diferencia, para saber en pluralidad, en democracia y sabiendo que las elecciones a veces se ganan y a veces se pierden. (Kirchner, diciembre 2007, s/p)

Desde luego, el lector podría argumentar que, mal disimulada tras un velo, en estas afirmaciones se esconde «la *plebs* [que] se percibe a sí misma como *populus*, la parte como el todo» de Laclau (38). Creo que no es el caso; la plenitud de la comunidad, «reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente» (38) se traza en relación al pasado y no está acompañada por una lógica de exclusión como sería el caso en una neta configuración de frontera entre dos campos antagónicos¹⁰.

POPULISMO Y MILITANCIA

Resulta interesante observar que, entre los grupos políticos y las organizaciones sociales que orbitan en torno al gobierno nacional, ha surgido una corriente de «kirchnerismo crítico» que, presentando un perfil agudamente populista, es la otra cara de la medalla del kirchnerismo «realmente existente». Se trata de una veintena de organizaciones que suscribieron un documento (en *Clarín*, 16 de julio de 2010, s/p) cuyo propósito, más que el de defender al gobierno, es tomar una posición al interior de las fuerzas oficialistas. Así, proclaman «bancar frente a los gorilas destituyentes al gobierno kirchnerista» agregando que «el movimiento popular debería sustentar este ciclo que aún está en construcción» y llamando a «construir la fuerza política necesaria para profundizar el proceso [. . .] [y

10 Aboy Carlés lleva a cabo una fina reelaboración del concepto de populismo de Laclau: «el populismo es, para nosotros, una forma particular de negociar esa relación entre la afirmación de la diferencia fundacional y la pretensión de encarnar una representación global de la comunidad a través de un sistema pendular característico de inclusiones y exclusiones. No cualquier pendulación entre equivalencia y diferencia es populista, ya que de ser así deberíamos conceder que toda identidad lo es. Sólo un sistema que agudiza constantemente esa tensión a través de un extremado juego de inclusiones y exclusiones constituiría una identidad populista *tout court*» (55). Tampoco en este marco conceptual cabría considerar al kirchnerismo como populista.

constituir] el movimiento revolucionario del kirchnerismo» (s/p). Echando mano del léxico de la dialéctica asumen que hay contradicciones principales y secundarias y reclaman «poner el Estado en manos de la militancia y los trabajadores, desplazando a la tecnocracia» (s/p)¹¹.

La extensión del principio igualitario (Cheresky en Palermo et al.) está a la orden del día en nuestras sociedades: «Hay un proceso de ampliación democrática, de expansión de la consciencia del principio igualitario [. . .] Esa manifestación tiene un grado de politicidad limitado, que es el de la multiplicación de las demandas particulares» (7), observa Cheresky. Con gran frecuencia, esta expansión se presenta acompañada de la emergencia de nuevas identidades, centradas en el particularismo de sus demandas. Esta dimensión de la política en la región, y en Argentina, puede verse desde otro ángulo (Palermo): la paradoja de la política de nuestros días, bajo el impacto de procesos diversos de décadas recientes —concentración económica, fragmentación y desigualdad social, exclusión, etc.— con su carga de frustración combinando un sensible malestar individual y colectivo, escepticismo, susceptibilidad crítica, individualismo, apatía, desactivación parcial o total de muchas formas antiguas de acción colectiva por una parte y, por la otra, una exigencia elevada sobre la calidad y los rendimientos de la política. Esta paradoja es el meollo del desafío que enfrentan dirigencias que no cuentan, en general, con recursos y capacidades a la altura de las circunstancias. La *gente* descreo de la política, pero proliferan nuevas formas de acción sociocultural que demandan intensamente sobre ella sin desprenderse del escepticismo.

En este contexto, la respuesta populista ¿es viable?, ¿es democráticamente adecuada? Como afirmé en otro lugar (Palermo et al.) la capacidad por parte de los actores domésticos de contrarrestar o penalizar acciones gubernamentales en clave populista es muy alta, dichos actores domésticos cuentan con más instrumentos «precisamente porque en el marco de un Estado que está sometido a contestaciones globales tanto como locales, esos actores han ganado poder relativo» (6). Creo que ello se puso de manifiesto claramente en el conflicto gobierno-campo de 2008. Pero la inviabilidad política de modalidades populistas de acción y la tensión sobre las rutinas y las instituciones democráticas son dos caras de una misma moneda. Cuanto más difícil es «desarrollar un populismo» (como el propio Laclau admite), tanto más probable es que, si se lo intenta, tenga lugar una desgastante guerra de posiciones que, abarcando todo el arco institucional, oponga voluntades polares hegemónicas y contrahegemónicas y tanto más probable es que la tríada estado-pueblo-líder se erija con el impulso de sofocar el pluralismo social y político.

Laclau (en Palermo et al.) sostiene que «el problema básico de la democracia es cómo combinar formas liberales con identidades nacional-populares. Sin

11 En conversación con el periodista, plantean que Kirchner debe resolver si se apoya en los «sectores populares» o si por el contrario se recuesta sobre una generación que definen como «liberal, complaciente y estéticamente correcta [. . .]. Es la hora de la militancia, no son tiempos para tibios ni acomodaticios [. . .] La fuerza social es más que el acierto de un funcionario técnico ilustrado» (s/p).

esas identidades nacional-populares, es decir, sin que la gente se vea a sí misma como actores sociales, es prácticamente imposible tener una democracia real» (15). Dejando de lado aquí las connotaciones que los adjetivos nacional y popular implican para la democracia, es difícil, si no imposible, imaginar cómo el desarrollo de un populismo podría dar lugar a una combinación feliz entre formas liberales e identidades políticas. La índole populista (en el modo en que Laclau la entiende) la choca con la índole liberal puesto que ambas conllevan concepciones prácticamente opuestas de la relación entre gobierno y poder.

A la hora de analizar la tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia y la hegemonía del significante vacío sobre las demandas sujetas a esas lógicas, Laclau nos dice que

la única posibilidad de tener un verdadero exterior, sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más, neutral, sino el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expele de sí misma a fin de constituirse (un ejemplo político: es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión) [. . .] [N]o hay totalización sin exclusión [. . .] [D]icha exclusión supone la escisión de toda identidad entre su naturaleza diferencial, que la vincula/separa de las otras identidades, y su lazo equivalencial con todas las otras respecto al elemento excluido. (29)

Para Laclau esta característica del exterior es propia de la lógica populista; no es, por tanto, fortuito el ejemplo. La demonización es expresiva de un impulso intenso a acabar con la tensión entre equivalencia y diferencia, hacia la pura equivalencia. Laclau no recurre a eufemismos para precisar los contrastes; en rigor, la incompatibilidad radical entre democracia pluralista y régimen populista resulta patente —mientras que movimiento populista y pluralismo democrático sólo pueden convivir mal. ¿Acaso podrían hacerlo bajo la égida de una constitución que comprende a todos en un juego de diferencias legítimas? De allí la frecuencia con que los regímenes populistas reforman las constituciones, no apenas con el propósito de habilitar las reelecciones.

Pero Laclau introduce en su análisis elementos de indeterminación que juzgo necesario tener en cuenta. En el populismo, nos dice que

la identidad del enemigo también depende cada vez más de un proceso de construcción política. Puedo estar relativamente seguro de quién es el enemigo cuando, en luchas limitadas, estoy luchando contra el concejo municipal, las autoridades sanitarias o universitarias. Pero una lucha popular implica la equivalencia entre todas esas luchas parciales, y en ese caso el enemigo global a ser identificado pasa a ser mucho menos evidente. La consecuencia es que la frontera política interna se volverá mucho menos determinada. (37)

Hay que admitir que Laclau es franco y preciso. Este párrafo no puede prestarse a malentendidos; si la frontera interna se vuelve menos determinada, hay que pensar que es principalmente la palabra del líder (dado el papel que desempeña en la

articulación populista) la que la traza con una gran libertad de acción. Y con una elevada incertidumbre para todo aquel actor que se encuentra en las márgenes de esa frontera «menos determinada». O mejor dicho, para muchísimos, lo que hay es un radical desconocimiento de dónde se encuentran, en cada momento, en el campo político. Por otra parte, no se trata de que el enemigo sea «identificado» porque es menos evidente. Estrictamente, ese enemigo global es construido, a diferencia de lo que corresponde a las «luchas democráticas». No hay una identidad a descubrir sino una necesidad de construir un enemigo (quizás por eso el término «desenmascarar» tenga en algunas experiencias la importancia que tiene). De allí que «para cualquier demanda democrática, su inscripción dentro de una cadena equivalencial constituye un arma de doble filo [. . .]. [E]l “pueblo” (la cadena equivalencial) posee sus propias leyes estratégicas de movimiento, y nada garantiza que estas últimas no conduzcan a sacrificar [. . .] los contenidos implícitos» (38). Si la identidad de las fuerzas populares tanto como la del enemigo se vuelve más difícil de determinar, la vacuidad resuelve el problema a su modo creando una superficie de inscripción *de cada lado*. Por ejemplo, «oligarquía», como significante vacío, superficie de inscripción, es radicalmente impreciso. Laclau nos ayuda a entender bien por qué. Pero las consecuencias políticas son alevosas, porque cualquier conflicto, de cualquier tipo, puede ser remitido al campo antagónico. Por caso, estar en contra de la posibilidad de reelección indefinida puede inscribirse en el significante «oligarquía». (El empleo del término como proyectil contra los «malos dirigentes» durante el peronismo histórico es un ejemplo). Bajo el comando del líder, estos caminos son desde luego más letales para el caso de un régimen populista que para el de un movimiento populista de oposición (la relación entre Perón y la guardia laborista ilustra el punto)¹².

CONCLUSIONES

Tanto Ernesto Laclau como el grupo Carta Abierta son muy expresivos de una configuración político/intelectual que, aunque emparentada con concepciones existentes en otras regiones, ha tenido al mundo hispanoamericano por terreno fértil. La acción política es concebida como el antagonismo entre dos campos que abarcan en su totalidad la esfera social y política; el poder es entendido como en flujo en un juego de suma cero en el cual las instituciones que lo limitan no forman parte de la política; los intereses se pueden y deben unificar (y descalificar en contrapartida) y absorber en configuraciones identitarias totalizadoras. Es fácil concluir, a partir de los elementos que despliega Laclau en *La razón populista*, que el autor es consciente de la incompatibilidad entre pluralismo político y populismo político. ¿Cómo resuelve Laclau esta incompatibilidad? Como teórico no lo hace, muestra los puntos de tensión sin dificultad. Como militante, se inclina por proponer al populismo como modo de pensar

12 Sobre el tema del liderazgo en regímenes populistas, en crítica a la perspectiva de Laclau, véase De Ípola y Portantiero y De Ípola.

y actuar la política (la advertencia, por ejemplo, que formula a algunos sectores contra el peligro de «ser cooptados por la derecha», ilustra el punto).

Cuando una fuerza política populista alcanza el poder, sólo puede ser consecuente consigo misma alterando la naturaleza del régimen, esto es, quebrando las limitaciones de naturaleza liberal. Lo llamativo de la experiencia kirchnerista radica, a mi entender, en que el fuerte impulso a la hegemonía político-institucional, al quiebre de dichas limitaciones, es sostenido por una fuerza política que no lo acompaña con un intento de reconfiguración radical, en términos populistas, del campo político. Tanto Laclau como Carta Abierta se hacen cargo, de un modo u otro, de este déficit (es así como lo entienden) de los gobiernos kirchneristas. ¿A qué se debe que el kirchnerismo no haya invertido plenamente en la constitución de una fuerza populista? A mi entender, las razones pueden encontrarse en la debilidad de origen del nuevo presidente en 2003 y en la necesidad consiguiente, perentoria, de constituir unas bases políticas de gobierno y electorales que le proporcionaran estabilidad. Así las cosas, las operaciones que ya describí, concentradas en adversarios puntuales, y teniendo a la opinión pública por tercero en el juego, brindaban resultados de corto plazo más seguros que los que la aventura populista podía ofrecer. Posteriormente, la opción de Néstor Kirchner por diluir la transversalidad y afianzar en el Partido Justicialista su base política de sustentación, no alteró las cosas, por dos razones. Primero, porque el peronismo, más allá de su trayectoria histórica, devenido en un conjunto de máquinas de implantación local y base clientelar, y extremadamente sensibles en lo que se refiere a los mecanismos de distribución de recursos fiscales, se prestaba mal a ese juego, y profundizar los lazos con él sugería más bien un camino que ofreciera garantías a la reproducción tanto electoral como fiscal de sus máquinas. Y segundo, porque el propio peronismo (como discutí más arriba), dada su insuperable fragmentación, se erigía como un obstáculo formidable al trazado de una frontera populista. En todo caso, el conflicto con el campo permitió una medición de fuerzas ilustrativa de una hipotética confrontación populista. Es llamativo que, a pesar de los resultados de este conflicto, tanto Laclau como el grupo de Carta Abierta no cesaran en su empeño por contribuir a que el kirchnerismo deviniera en el actor populista por ellos anhelado.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, Gerardo. «La democratización beligerante del populismo» en *Debate*, n.12. Panamá: Asamblea Nacional de Panamá, 2007, pp.46-57.
- Aboy Carlés, Gerardo y Pablo Semán. «Repositionnement et distance du populisme dans le discours de Néstor Kirchner» en Corten, André, Vanessa Molina y Julie Girard-Lemay (dirs.) *La frontières du politique en Amérique Latine: Imaginaires et émancipation*. París: Karthala, 2006, pp. 185-202.
- «Carta Abierta 1» en *Grupo de Pensamiento Crítico*, 23 de mayo de 2008. Disponible en [http://www.pensamientocritico.info/articulos/otros-autores/134-carta-abierta\(1\).html](http://www.pensamientocritico.info/articulos/otros-autores/134-carta-abierta(1).html)
- De Ípola, Emilio. «La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau» en Hilb, Claudia (comp.) *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

- De Ípola, Emilio y Juan Carlos Portantiero. «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes» en De Ípola, Emilio. *Investigaciones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1989.
- Kirchner, Néstor. «Palabras del presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner en el encuentro con intendentes electos y reelectos, en el Salón Sur de Casa de Gobierno» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 3 de diciembre de 2007. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=3793&Itemid=120
- . «Palabras del presidente Néstor Kirchner, al término del acto de firma de convenios, entrega de subsidios y anuncios en la provincia de Santa Fe» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 9 de junio de 2005. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4339&Itemid=71
- . «Palabras del presidente de la Nación, Néstor Kirchner durante el acto de firma de acuerdos en San Justo, Partido de la Matanza, Buenos Aires» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 9 de setiembre de 2004. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4244&Itemid=71.
- . «Palabras del presidente de la Nación, Néstor Kirchner, en la reunión con diputados del bloque del Frente para la Victoria» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 28 de noviembre de 2007. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?id=1416&option=com_content&task=view.
- . Kirchner, Néstor. «Palabras del presidente Néstor Kirchner en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 20 de setiembre de 2005. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4388&Itemid=120
- . «Visita a Rawson» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 27 de junio de 2003. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4024&Itemid=120
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lucca, Juan. «Relación entre partidos populares y sindicalismo. Los casos de Argentina y Brasil». Mimeo, 2010.
- Palermo, Vicente, Lucía Aboud y Annabella Musseri. «El gobernador pasó en helicóptero. La Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualaguaychú en el conflicto por las «papeleras» en *Movimientos socioculturales en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009, pp.15-79.
- Palermo, Vicente, Ernesto Laclau, Isidoro Cheresky, Liliana De Riz, Susana Villavicencio y Claudia Hilb. «Reinterrogando la democracia en América Latina» en *Argumentos. Revista de crítica social*, vol.8. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2007. Disponible en www.argumentos.fsoc.uba.ar.

PRENSA CONSULTADA

- Clarín*, 8 de agosto de 2004
- Clarín*, 29 de mayo de 2007
- Clarín*, 20 de junio de 2010
- Clarín*, 16 de julio de 2010
- Debate*, 14 de abril de 2008
- Debate*, 19 de junio de 2009
- Debate*, 10 de mayo de 2010
- Debate*, 14 de junio de 2010
- Página 12*, 5 de junio de 2005
- Página 12*, 22 de setiembre de 2008
- Página 12*, 27 de junio de 2009
- Página 12*, 17 de mayo de 2010
- Radar*, suplemento de *Página 12*, 5 de junio de 2005
- Veintitrés*, 4 de junio de 2009
- Veintitrés*, 11 de noviembre de 2010
- Zoom*, 26 de junio de 2009

Recibido el 4 de agosto de 2010.
Aceptado el 13 de setiembre de 2010.

ARTÍCULO

LAS NACIONES RIOPLATENSES: LA CONSTRUCCIÓN DE PERCEPCIONES CONTEMPORÁNEAS SOBRE LA NACIÓN EN MILITANTES URUGUAYOS Y ARGENTINOS

Nations from the River Plate: construction of contemporary perceptions about nations in Uruguayan and Argentinean activists

JORGELINA LOZA*

Resumen. El análisis de las ideas nacionales en el Río de la Plata suele recaer en la generalización, en un esfuerzo por resaltar la existencia de una región cultural que supere las fronteras geopolíticas. Si bien existen similitudes en los procesos de construcción de las naciones uruguaya y argentina, también deben explorarse aquellas diferencias que influyen esas ideas nacionales. Nos proponemos aquí analizar el proceso histórico de construcción de ambas naciones para luego adentrarnos en las representaciones que sostienen, sobre ellas y sobre la vecina, uruguayos y argentinos que integran actualmente movimientos de lucha por la vivienda en Montevideo y Buenos Aires.¹

Palabras clave: nación (idea de), Uruguay, Argentina, representaciones, acción colectiva

Abstract. *The analysis of national ideas in the River Plate usually falls on generalization, in an effort to highlight the existence of a cultural region that may go over geopolitical borders. Even though there exist similarities in the processes of construction of Uruguayan and Argentinean nations, those differences that influence those national ideas must be explored. We herein intend to analyze the historical process of construction of both nations and then we study thoroughly the representation that they hold, about themselves and about the neighboring nation, Uruguayan and Argentinean people who are currently part of movements of struggle for housing in Montevideo and Buenos Aires.*

Key words: *nation (idea of), Uruguay, Argentina, representations, collective action*

* Socióloga por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Magister en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES -UNSAM). Actualmente es alumna del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA y becaria doctoral del CONICET, con sede en el Instituto Gino Germani. Docente de la Carrera de Sociología de la UBA, trabaja actualmente en los conceptos de región y nación.

1 Este trabajo forma parte de la tesis *Gritos urbanos en América Latina: representaciones sobre la nación y la región en movimientos sociales de Buenos Aires y Montevideo*, presentada al programa de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, IDAES -UNSAM en 2009.

INTRODUCCIÓN

Los esfuerzos teóricos deconstruccionistas de finales del siglo xx han puesto quizás un excesivo énfasis en desandar el camino de formación de las identidades nacionales anunciando tempranamente el borramiento de las fronteras geopolíticas. Esta «hermandad esencializada» en la que muchas veces se apoyan los proyectos políticos integracionistas impide comprender la importancia cognitiva, política, económica y cultural de las naciones y los Estados-nación aún vigente (Grimson 2000).

La mirada que implanta una homogeneización entre categorías identitarias de escala nacional, cercanas física o históricamente, es peligrosa en tanto oculta las diferencias culturales que viven los actores protagonistas de estas identidades. En el caso de Argentina y Uruguay, las percepciones mutuas que los habitantes de ambos países construyen han ido variando a lo largo de su historia y no pueden ocultarse a la luz de proyectos integracionistas —gubernamentales o populares— que proponen eliminar diferencias como un medio para garantizar su eficacia. Es decir, es importante partir de la base de los elementos que comparten estas construcciones (un pasado en común, similar composición migratoria y grado de homogeneidad e integración social, a la vez que ciertas tradiciones culturales compartidas que permiten hablar de una identidad rioplatense) pero, a la vez, poder ver más allá de esas uniformidades que las acercan.

Las naciones uruguaya y argentina son categorizadas por Darcy Ribeiro como «pueblos transplantados» en tanto tienen su origen moderno en corrientes inmigratorias europeas que llegan al continente americano después de las independencias. Para ese entonces, los primeros pasos en pos de la construcción de un Estado-nación ya estaban dados: los indígenas habían sido aniquilados y los territorios más fértiles habían sido destinados a producciones de materias primas. Sobre un complejo étnico que incluía a mestizos e indígenas se instalan, a fines del siglo xix y comienzos del xx, las oleadas inmigratorias europeas que rápidamente se incorporan a estilos de vida rurales y urbanos ya desarrollados en ambas naciones. Esta interrelación entre lo existente y lo recién llegado dio origen a un nuevo entramado cultural «nacional» predominantemente europeo, con un claro perfil de «pueblo transplantado» (Ribeiro). No se formaban grupos culturales aislados, sino que todos se asimilaban (en respuesta a acciones más o menos violentas) para conformar las proto nacionalidades en que se integraban.

En los dos casos, las oposiciones históricas se irán resolviendo a través de luchas y pactos entre las oligarquías terratenientes y las élites urbanas que estaban a cargo de las administraciones estatales, en las que tendrán un papel protagónico las ciudades capitales, desde las que se dirimirá el devenir de los países. Este matiz centralista dará una configuración particular a esas naciones, caracterizadas por gobiernos que impulsaron esas construcciones. En las últimas décadas del siglo xx, grupos históricamente excluidos de la construcción de la idea de nación

en cada uno de esos países retoman la voz reclamando respuestas globales que buscan transformar las unidades nacionales. Las ideas nacionales son instaladas como problema una vez más, a la luz de los bicentenarios de las revoluciones independentistas del siglo XIX.

Analizaremos brevemente en este artículo estos procesos históricos para luego sumergirnos en los discursos de integrantes del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) de la Ciudad de Buenos Aires y de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM) de Montevideo. Ambas organizaciones cuentan con una larga y fructífera tradición de lucha por la vivienda en áreas centrales de las ciudades capitales basando su metodología en la conformación de cooperativas de usuarios que construyen sus viviendas a través de la ayuda mutua (es decir, la participación activa en la construcción). El intercambio de experiencias y ciertos principios comunes es lo que ha contribuido a un fuerte vínculo e intercambio entre estas organizaciones y es por ello que se torna relevante la comparación entre los discursos de algunos de sus integrantes, que aquí proponemos.

Se trata de organizaciones sociales que trabajan activamente en la reivindicación por el derecho a la ciudad. Estas organizaciones son parte de una larga tradición de lucha que ha signado la historia de ambos países y que actualmente forman parte de redes globales en las que se promociona el intercambio en vistas a mejorar las soluciones particulares (nacionales) ante problemáticas o necesidades globales (regionales). El intercambio entre integrantes de estas organizaciones se ve teñido de imágenes y representaciones sobre el otro y sobre uno mismo que caracterizan a la relación entre países fronterizos condicionando y posibilitando ese vínculo.

Este artículo se centra en el análisis de ideas de nación que uruguayos y argentinos sostienen y reproducen cotidianamente y en las representaciones sobre sus vecinos que ambos grupos evidencian. Nos ocuparemos aquí de la nación en tanto categoría identitaria, que contiene elementos afectivos e instrumentales. La nación, como espacio de encuentro de discursos heterogéneos, funciona como un modo de identificación que se diferencia del Estado como aparato institucional, desde el que sucesivos gobiernos promueven un proyecto nacional específico.

Asumimos, entonces que la (representación o idea de la) nación no implica una unidad ideológica, aunque traza un horizonte simbólico de lo posible que condiciona y permite prácticas sociales y políticas. Aquí, los gobiernos y demás actores sociopolíticos actúan dentro de un campo cultural cuya exploración nos permite entender dinámicas específicas. Sobre estas cuestiones teóricas avanzaremos brevemente en la primera parte de este trabajo. Es decir, nos proponemos, como objetivos generales de investigación la postulación de la relevancia de la escala nacional en la estructuración de las representaciones, los valores y las prácticas de los sujetos a la vez que introducimos en el debate sobre la construcción de la idea de nación postulando, a su vez, la existencia de discursos heterogéneos y contemporáneos que conviven con aquellos hegemónicos.

IDEAS SOBRE LA NACIÓN

La pregunta por los orígenes y fundamentos de la nación, por las estrategias de difusión y recepción de sus componentes y por la participación de sus distintos integrantes ha ocupado a pensadores desde la modernidad. Aunque estas polémicas exceden el alcance de este artículo, podemos delinear algunas ideas sobre la nación que enmarcan el trabajo de investigación que se presenta a continuación.

En las distintas construcciones nacionales, sus intelectuales atravesaron el urgente ejercicio de preguntarse por los fundamentos de sus propias naciones y de las comunidades en sí mismas en vistas a la construcción de bases sustentables para sociedades homogéneas. Ernest Renan sostiene, en un texto que se convertiría luego en un clásico, que la nación constituye un principio espiritual basado en dos grandes fundamentos: el olvido de su origen violento y la voluntad de estar juntos. Una nación es diferente a una raza, un grupo étnico o un grupo lingüístico, un grupo religioso o un conjunto de personas determinado espacialmente entendiéndose la pertenencia a una nación como una elección, nunca como algo dado *a priori*. Además de la voluntad, la nación requiere de la aceptación de la historia y el olvido. La memoria de las naciones debe ser selectiva y parcial. Como nación, se tiene un futuro si se posee un capital social producto de una acumulación histórica.

En cuanto al futuro, se sostiene desde esta perspectiva que los integrantes de una nación deberán compartir la idea de un mismo programa a realizar y el deseo de preservar la nación en el tiempo. En este mismo sentido es que Max Weber parecería no descartar la conformación de una nación en base a ciertos «bienes culturales» entendiéndola como una comunidad de cultura que necesitará una comunidad política (las administraciones estatales) que la sustente para su permanencia en el tiempo.

Más adelante, en el siglo xx, los teóricos de la nación comienzan a preguntarse por la ficcionalidad de esta idea, por su peso sobre las prácticas de sus integrantes y por su relevancia ante un sistema mundial desigual que evidenciaba que una misma construcción no adquiere formas idénticas en distintos rincones del globo. Ello implicó asumir que, en regiones como Latinoamérica por ejemplo, la idea de nación adquiere formas específicas que exceden a aquellas descritas por los teóricos europeos en las que las ideas nacionales aparecen como construcciones ligadas al desarrollo de una burguesía moderna y a la construcción de un Estado autónomo basado en un fuerte componente cultural.

De acuerdo con la línea constructivista, la nación es una realidad histórica contingente que aparece en escena de manera estable en el siglo xviii. Como exponentes de esta corriente pueden mencionarse a Ernest Gellner, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, quienes intentaron rastrear los elementos que permitieron el nacimiento del nacionalismo, la invención de una tradición e identidad nacionales y la participación de distintos actores en estos procesos.

Los elementos constitutivos de las identidades nacionales aparecen como ficcionales, pero al mismo tiempo como ámbitos de negociación, de lucha por el poder simbólico y de conflicto. Sin embargo, tener en cuenta este carácter ficcional no implica, de ningún modo, desestimar la fuerza de la nación como artefacto cultural. Destaca Renato Rosaldo, entonces, siguiendo la línea de Norbert Elías, que éstas refieren a procesos históricos que no pueden analizarse separados de los contextos en que han nacido y desarrollado (Rosaldo; Elías).

Este proceso es el que Etienne Balibar llamará de etnificación. De acuerdo con este autor, las naciones no poseen una base étnica natural, sino que las poblaciones que van quedando bajo la influencia de un Estado-nación van construyendo (desde la participación en instituciones estatales destinadas a ese proyecto) un efecto de unidad que difunde la sensación de conformar un «pueblo». En este proceso, las diferencias entre los sujetos se suprimen o minimizan, de modo que resalten las diferencias con los «otros» que no pertenecen a esa nación. Las comunidades se asumen naturales, como si poseyeran una misma identidad de origen que trasciende individuos, momentos históricos y condiciones sociales.

Pero para la construcción de este sentido de pertenencia, no es suficiente la existencia del grupo en sí mismo ni la relación entre sus miembros, sino que hace falta, retomando a Weber y Balibar, un sentido de pertenencia compartido. En los grandes grupos como las naciones, este sentimiento prima por sobre la conexión relacional entre los sujetos.

Sin embargo, contextos nacionales violentos llevan a la pregunta acerca de los actores intervinientes en la construcción de esas ideas y la posibilidad de la existencia de representaciones contrapuestas frente a símbolos que se evidencian ambiguos y excluyentes. En este sentido, Partha Chatterjee relatará los procesos de conformación de las naciones modernas como procesos donde discursos diferentes compiten entre sí hasta que un discurso elitista logra dominar una alianza nacional que asume el proyecto nacional como una tarea histórica excluyendo a movimientos subalternos. Esta postulación se inserta en la misma línea de la propuesta teórica que sostiene Florencia Mallón, quien postula que es posible analizar manifestaciones nacionalistas por fuera del Estado, que deberán entenderse como analíticamente diferentes pero históricamente conectadas. Asumir que no existe una sola versión «real» del nacionalismo implica ampliar la mirada a manifestaciones que exceden los proyectos burgueses y que negocian constantemente con los mismos bajo la premisa de una ciudadanía inclusiva asumiendo que los sectores subalternos participan activamente en la construcción de las ideas nacionales (Achugar; Mallón).

Desde estas ideas, se propone correr el foco de discusión acerca de la idea de nación, de la pregunta sobre los elementos que fundamentarían su existencia para centrarse en el proceso histórico de su construcción, transmisión, recepción y sostenibilidad. Es desde este marco que nos proponemos explorar la representación sobre su nación y la nación vecina que sostienen, en el presente, militantes del Río de la Plata.

PROCESOS HISTÓRICOS DE CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN EN ARGENTINA Y URUGUAY

En este apartado nos proponemos delinear los principales momentos y actores de los procesos de construcción de ideas nacionales en Argentina y Uruguay. Las similitudes que señalábamos entre estos países dan cuenta, en un inicio, del devenir histórico de las naciones de la región. La lenta construcción de una identidad autónoma por parte de los criollos al momento de establecer posiciones con respecto de las potencias de ultramar, en tiempos de la colonia, parece ser el momento inicial para la mayor parte de las naciones modernas nacidas en suelo latinoamericano. La formación de esta identidad se construyó sobre la exclusión de otros grupos sociales con los que habían compartido el territorio. En este período, es justamente la exaltación de las riquezas naturales el elemento que reforzaba el sentimiento de identidad del grupo (González).

En un segundo período, que podemos ubicar en la primera mitad del siglo XIX, comienzan a formarse los Estados nacionales como unidades administrativas y a definirse (de forma preliminar) las fronteras de esas formaciones. Es una constante en casi toda la región la elección y puesta en práctica de formas republicanas de gobierno, como una decisión anterior a la conformación de los grandes proyectos nacionales. Las élites políticas asumían el proyecto de construcción de la nación para la consolidación de una comunidad política desde la que emanarían el poder legítimo y los elementos culturales aglutinantes (Sábato). La construcción de un mito nacional y la exaltación de una cultura pretendidamente homogénea comienzan a perfilarse en este período y se delinear políticas inclusivas, pedagógicas y migratorias.

La segunda mitad del siglo XIX podría caracterizarse por los esfuerzos de estos países de alcanzar una modernización material. En Argentina y Uruguay, particularmente, este período coincide con las primeras oleadas inmigratorias que, sin dudas, delinearón de manera particular las formas organizativas económicas, políticas y sociales que se vieron en esa época. En este período empiezan a observarse los conflictos entre grupos hegemónicos por sostener el fundamento último de la pretendida tradición nacional.

A inicios del siglo XX se encaran acciones relativas a una relegitimación del proyecto nacional donde la nación comienza a ser definida en términos culturales, hasta ser postulada como anterior a toda organización política (Sabato). Como dijimos, la existencia de una clase dominante que asume una postura en inicio europeizante es otro de los puntos de coincidencia en lo que hace a los inicios de la nación. En ambos casos, las oposiciones históricas se irán resolviendo a través de luchas y pactos entre las oligarquías terratenientes y las élites urbanas mientras las ciudades capitales luchan por constituirse como los lugares autónomos desde los que se tomen las decisiones principales en lo relativo al devenir de los países proclamándose como los «centros difusores de una civilización auténtica» (Ribeiro, 411). Este matiz centralista dará una configuración particular

a estas naciones, que aún puede observarse en el presente de ambas. El proceso de educación masiva nacionalista se había completado alrededor de 1880 con la institucionalización plena de un régimen constitucional en cada uno de los países dentro del cual las provincias internas quedan subyugadas y se implanta una duradera concentración de tenencia de la tierra.

La implantación en el país de capitales europeos y de mano de obra inmigrante otorgó ventajas a ambos países que iniciaron un período de prosperidad permitiendo desarrollar una infraestructura productiva acompañada de una rápida urbanización. En períodos de crisis económicas mundiales, como el de entreguerras, ambos países se enfrentan a la oportunidad de construir fuerzas propias en pos de un proceso de industrialización. Surge, en este momento, un proletariado fabril y los inicios de lo que sería una clase media cada vez más amplia, característica de las formaciones sociales de ambos países.

Más adelante, el siglo xx evidencia esfuerzos por llevar adelante construcciones políticas autónomas en un mundo donde el capitalismo estaba en franca expansión. Las administraciones estatales latinoamericanas buscaban estrategias que posibilitaran un desarrollo nacional desde una posición periférica con respecto al resto del mundo. Las grandes corrientes intelectuales que pensaban a la región en esa época, la desarrollista y la dependentista, separaban sus aguas de acuerdo con la importancia que otorgaban a la autonomía con respecto a las potencias para el desarrollo de las naciones latinoamericanas. Así, aun cuando coincidían en la condición subordinada de los países de la región frente a las potencias industrializadas, el desarrollismo proponía ponerse a tono con las innovaciones tecnológicas de los países desarrollados mientras que los teóricos de la dependencia abogaban por una salida nacionalista y culturalmente autónoma (García Canclini).

En las últimas décadas del siglo xx, las naciones latinoamericanas han mostrado posicionamientos diversos con respecto al clima internacional de expansión y crisis del capitalismo. Grupos que han sido históricamente excluidos de la construcción de la idea de nación en cada uno de esos países retoman la voz reclamando por respuestas globales que buscan transformar las unidades nacionales. Las ideas nacionales son instaladas como problema una vez más, a la luz de los bicentenarios de las revoluciones independentistas del siglo xix.

Con respecto a las particularidades de cada uno de nuestros casos de análisis, podemos decir que, en Argentina, el proyecto nacional transita por posiciones divergentes en las décadas siguientes a las luchas independentistas que postulaban formas opuestas de gestionar un territorio vasto y aún habitado por masas indígenas que estaban excluidas del proyecto organizador promovido por los gobiernos desde las distintas instituciones estatales. Por otro lado, la Generación del 80 es un ejemplo de la promoción de una unidad cultural desde el campo intelectual con obras que resaltan el carácter único e insoslayable de la «argentinidad» (Térán). Se vivenciaban, a fines del siglo xix, los conflictos referidos a la aparición de los sectores sociales que no habían sido incluidos en un proyecto nacional que se manifestaba, desde sus inicios, como excesivamente centralista.

Hacia la primera mitad del siglo xx en Argentina, son una preocupación importante las masas de inmigrantes provenientes del aluvión migratorio trasatlántico y desde el gobierno se proponen programas estatales de educación masiva con fines patrióticos como un modo de conducir a esas clases oprimidas. Es aquí cuando renacen, en el campo intelectual, las preguntas acerca de la existencia y caracterización de una nación argentina ubicándola nuevamente en el centro de las preocupaciones políticas e intelectuales. En este contexto se aprueba la Ley Saenz Peña (1912) que establecía el voto masculino universal obligatorio como forma de ampliar la ciudadanía.

Los aluviones poblacionales externos otorgaban un matiz cosmopolita al nacionalismo cultural que era promovido desde el campo intelectual. Así es que la búsqueda de «lo argentino», el problema de la nacionalidad, se instala como preocupación central desde los festejos del Centenario (Funes). La construcción de este nacionalismo cultural, que postulaba una reflexión sobre temas como la raza, el territorio, el pasado y la cultura, se cristalizó en diversos mitos constitutivos que condensaban lo que se considera el núcleo de la representación sobre lo nacional. El rescate de lo telúrico, a su vez, buscaba incorporar a la idea de nación hegemónica y centralista que se difundía, elementos que respondieran a las realidades diversas desde las que provenían los migrantes internos que se mudaban a la capital en busca de nuevas oportunidades de trabajo y educación².

Esta reflexión, al mismo tiempo, deviene acción en tanto plantea un proyecto a futuro. Más tarde, en momentos de crisis económica mundial, la institucionalidad será asumida, desde el gobierno radical, como garantía para sostener el complejo panorama nacional. La crisis del 30 profundizará los antagonismos que la sociedad argentina visualizaba pero, al mismo tiempo, fortalecerá a la nación como «principio de legitimidad política y base discursiva de interpelación a la unidad de los opuestos» (Funes, 160).

Se vivencia entonces en Argentina un revisionismo que pone en duda la verdadera inclusión de todos los sectores sociales en la elaboración de un proyecto de nación y que rescata, en corrientes intelectuales que se inician a mediados del siglo, la existencia de un interior auténticamente nacional en contraposición a un Buenos Aires altamente extranjerizante (Terán). Al mismo tiempo, la legitimidad del discurso sobre lo nacional entra en discusión cuando distintos actores intentan proclamarse como los detentadores del discurso sobre la argentinidad. Así es

2 Se ha dicho poco sobre la participación de estos procesos en la construcción identitaria nacional, y es probable que ello responda, tal como vimos en el apartado anterior, a una conceptualización teórica sobre la nación enfocada en sus elementos aglutinadores antes que a sus actores y protagonistas. Estos procesos, al igual que la conformación de los ejércitos nacionales y la instauración de los servicios militares obligatorios para los hombres de un país, resultan procesos centrales para la construcción y difusión de imaginarios nacionalistas y prácticas ciudadanas, así como la instauración de mitos constitutivos, en los casos que este estudio engloba. Aún cuando no ocupan un lugar primordial en esta aproximación, no dejamos de destacar su relevancia en tanto espacios de socialización y procesos constitutivos de las formas nacionales.

que, en paralelo a la intelectualidad revisionista, el Ejército se postula a sí mismo en esta época como la única institución capaz de salvar a la patria frente a sus posibles enemigos (Fanlo). Este discurso militar quedará asociado a lo nacional en Argentina durante todo el siglo xx produciendo efectos de poder y diferenciación que aún hoy se observan (Grimson 2007; Vernik et al.).

El proceso democratizador posterior a la dictadura (1976-1983) y la profunda crisis económica que comienza a mostrar sus signos en la década de los noventa vuelven a poner en debate la idea de nación argentina en un contexto intelectual caracterizado por el revisionismo histórico y la puesta en cuestión de elementos culturales solidificados. Los proyectos integracionistas transnacionales que se instalan discursivamente con más fuerza a inicios del siglo xx acercan a la construcción siempre en proceso de la argentinidad, a un devenir latinoamericano del que muchas veces —fundamentado en su importante componente inmigratorio, de origen europeo mayoritariamente— pretendió separarse.

El proyecto nacional uruguayo nace, al igual que en todos los países hispanoamericanos, como una iniciativa política antes que como una reivindicación comunitaria. La urgencia del proyecto independentista del siglo xix se basaba en la definición de las fronteras, territoriales, jurídicas y culturales. En las últimas décadas del siglo xix, se evidencia un impulso modernizador, marcadamente capitalista y se establecen los rasgos identitarios que aún componen la idea nacional del Uruguay. Al mismo tiempo, las primeras grandes oleadas inmigratorias y los procesos imparable de urbanización demandaban respuestas integradoras que incluían una reforma escolar y de las estructuras del Estado en consonancia con este proyecto (Caetano). La definición de las fronteras con los grandes vecinos de los uruguayos hizo que prevaleciera un discurso nacionalista dispuesto a rescatar los rasgos constitutivos de una «orientalidad» exaltada por un grupo de pensadores «nacionalistas» que primaba por sobre los proyectos de los intelectuales «integracionistas» (que serán considerados «uruguayistas», por oposición a los anteriores y que sostenían una mirada cosmopolita sobre la identidad uruguaya (Loza). El proyecto político incorpora aquí a una intelectualidad que contaba con apoyo estatal y que asumió «en una clave misional, esta idea de confirmar la nación desde la historia, desde la novela, desde el ensayo, desde la escuela» (Caetano, entrevista).

Durante los inicios del siglo xx se completa el modelo de identidad nacional. Se consolida en esta época un modelo económico de desarrollo y se definen políticas demográficas que plantean esquemas uniformizantes y perdurables en una apuesta a un país pequeño pero autosuficiente (Achugar; Caetano). La reforma del Estado y la formación de un sistema de partidos moderno conllevó al arraigo de una cultura política republicana cuyos elementos aun hoy pueden observarse. Los partidos políticos funcionaron aquí como los garantes de la incorporación de las masas migrantes al sistema político construyendo una matriz aún vigente que vincula el ser uruguayo con la condición de ciudadanía.

El proyecto de construcción nacional estuvo enfocado aquí en la integración hacia el interior de la nación con base en una política de educación primaria y la universalización del voto. Se sostenía la imagen del «crisol de razas» y se afirmaba a la vez que el modelo pluralista y republicano podría perdurar en Uruguay gracias a su carencia de bases indígenas.

Así es que esta matriz democrática, identificada también con un perfil cosmopolita de tendencia eurocéntrica, exaltando el legalismo y el culto a la excepcionalidad uruguaya, se sostenía sobre una base partidocrática, institucionalista y estatalista (Caetano). Estas primeras construcciones establecieron diferencias constitutivas para el país con respecto a sus vecinos latinoamericanos que aún hoy se perciben en el imaginario de los sujetos: la homogeneidad racial y de origen sostenía así un futuro próspero, con una integración social garantizada y con una receptividad mayor a los que podrían considerarse «valores universales». Desde este momento, la idea de nación uruguaya contiene, al menos desde el campo intelectual, un elemento distintivo: el énfasis en la originalidad de «lo uruguayo», aun cuando muchos de los elementos que se incluyen en esta construcción terminan siendo más epocales que uruguayos. Ello deviene en una muy difundida creencia en la excepcionalidad uruguaya, sobre todo en lo relativo a la preeminencia de formas civilizatorias que no se han desarrollado de la misma manera en el resto de los países del continente (Caetano; Devoto). Se construyen así los pilares para el «mito de la sociedad homogénea» (Migdal, 28) basado en una realidad empírica que muestra la inexistencia de grandes brechas entre los distintos sectores sociales del país. Por otro lado, la identidad uruguaya contiene, quizás de manera más evidente que en otros casos de construcciones identitarias, una fuerte carga de otredad: la originalidad uruguaya siempre es definida en relación con un otro que es más poderoso, ya sea Argentina o Brasil.

El proyecto estatal de construcción de una idea nacional no vuelve a plantearse fuertemente en el país hasta la década del sesenta, cuando los principales elementos de la síntesis identitaria mostraban signos de agotamiento. Se instala una perspectiva con matices latinoamericanistas, aunque caracterizada por la marginación de las expresiones culturales subalternas (la murga, el carnaval, el tango). Más tarde, la represión encarnada por la dictadura (desde 1973) reflató estas expresiones, que nutrieron el imaginario democrático y opositor al gobierno militar, como referencias imprescindibles para la identidad nacional (Alfaro). A finales del siglo xx se observa un resurgimiento del debate sobre la construcción simbólica de la nacionalidad uruguaya en un contexto donde se plantean proyectos políticos con un componente integracionista. Ello conduce a la pregunta sobre los imaginarios de los países regionales, dado que políticamente «han sido acuñados para estar solos y no juntos» (Methol Ferré en Caetano, 90).

PERCEPCIONES PROPIAS Y MUTUAS ENTRE ARGENTINOS Y URUGUAYOS

Nos proponemos reconstruir, a partir de los discursos de los integrantes de las organizaciones sociales que consideramos en este artículo³, el significado de ser «argentino» o «uruguayo», así como las percepciones sobre el otro que cada una de las naciones construye.

La investigación que englobó este análisis (Loza) adoptó un enfoque cualitativo. Los discursos fueron captados a partir de entrevistas semiestructuradas a informantes clave, pero particularmente a través de la realización de grupos focales (en los movimientos y en algunas de las cooperativas que los conforman) para los que se contó con un dispositivo visual confeccionado *ad hoc*. Los grupos focales constituyen una oportunidad para captar opiniones, discusiones, consensos y disensos sobre un determinado tema, en este caso en un grupo de sujetos constituido previamente.

Es menester aclarar aquí que los fragmentos incorporados a este texto y las ideas desprendidas de ellos en una primera etapa de análisis, representan un recorte muy preciso de los discursos sobre la nación en el presente, tanto en Uruguay como en Argentina. Los elementos e ideas que en ellos se señalen no son extrapolables al resto de las poblaciones de ambas naciones, ni siquiera son representativos del resto de los militantes urbanos de cada país. Si bien esta es una característica de los enfoques cualitativos de investigación, ello no implica desestimar su valor en tanto el análisis que emprendimos es un aporte a las reflexiones sobre la construcción de ideas o representaciones sociales como la nación y la circulación de discursos heterogéneos y contemporáneos a la vez.

URUGUAY POR LOS URUGUAYOS

Los principales rasgos que la idea de nación uruguaya presenta, en el discurso de sus integrantes, son aquellos elementos que la relacionan con el republicanismo. En este sentido, el grado de institucionalidad del país, la burocracia, el orden y el respeto por las instituciones republicanas son elementos que se mencionan como constitutivos de la idea de nación, idea que remite, aún discursivamente, a una república antes que a una nación.

De los discursos aquí explorados, así como de las entrevistas a los informantes clave, se desprende que la idea de nación uruguaya nace como un proyecto estatal

3 Como ya mencionamos, se trata de sujetos que integran cooperativas de vivienda radicadas en el centro de Buenos Aires y Montevideo respectivamente agrupadas en el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos, en Argentina, y en la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua, en Uruguay. Estas organizaciones adoptan la forma cooperativa como metodología organizativa y la participación activa de los cooperativistas es lo que las caracteriza como de ayuda mutua. Ambas organizaciones sostienen un fluido intercambio, basado en el reconocimiento de herencias, similitudes y diferencias, lo que ha posibilitado el desarrollo conjunto del proyecto regional de la Secretaría Latinoamericana de Vivienda Popular.

directamente ligado a la construcción de una república como forma política y que es a esa comunidad política que los sujetos adhieren y refieren en sus relatos. Siguiendo la dicotomía que plantea Weber, el caso uruguayo parecería ser un ejemplo de una asociación política que supera a una comunidad de cultura, que se construye sobre factores más débiles y en constante referencia a aquélla. Se suceden entonces las menciones al «Presidente de la República», el «Banco de la República», la «Universidad de la República» antes que a las pertenencias nacionales de estos componentes

Esta percepción de «lo uruguayo» se traduce en una idea que subraya el orden administrativo de Uruguay, que se corresponde con una imagen similar en el plano internacional y que le ha permitido alojar la sede administrativa de varios organismos intergubernamentales y organizaciones internacionales (por ejemplo, el MERCOSUR). En este sentido, Uruguay se ha constituido históricamente como un país con una extrema capacidad de sustentabilidad institucional y los sujetos que participaron de las experiencias grupales que realizamos se encargan de reproducir esta imagen que no sólo existe desde el exterior, sino que también es fuente de identificación al interior de la nación también.

Observamos aquí imágenes sobre Uruguay que refieren al país como «la casita de América», «la Suiza latinoamericana», etc. Esta caracterización de la nación uruguaya contiene aspectos positivos y negativos: mientras que es identificada como motivo de valoración positiva desde el afuera y entonces fuente de orgullo desde el adentro, es señalada como la causa de que no exista una amalgama cultural que permita hablar de una nacionalidad que supere a las administraciones republicanas que se sucedan a lo largo de su historia.

Y ahí se produce una clase media muy fuerte, que hizo plata, y que desarrolló el concepto de la Casa de América. [. . .] Y esa clase media desapareció, lo que pasa es que quedó la mentalidad. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

Aun cuando las descripciones propias sobre el nacionalismo suelen ser auto-críticas y cargarse de desvalorizaciones —es decir, siempre se asume que el otro es más nacionalista que uno—, en el caso de los discursos sobre lo uruguayo es una constante que las referencias a componentes de una construcción política tengan cierta prevalencia sobre los que forman parte de la comunidad cultural y que ello sea visto como una carencia en comparación con el sustento de las nacionalidades vecinas. Ello conlleva a una imagen propia que relaciona la breve extensión geográfica del territorio nacional con la percepción de poco crecimiento en el plano internacional. En este sentido, se suceden las referencias a la construcción de una nacionalidad, la uruguaya, a la «sombra» de otras dos naciones que la superan en tamaño, en desarrollo y en peso internacional. Se trata de un país «isla» construido en el aislamiento al que lo someten sus gigantes vecinos, Argentina y Brasil. La construcción de la nación uruguaya se relaciona fuertemente en los discursos que aquí analizamos, con la referencia

constante a un «otro» que determina las características propias a destacar. El nombre mismo del país es mencionado como evidencia de esta construcción basada en la otredad.

Uruguay podía sentirse o asociarse como una isla también. Porque era un país entre dos gigantes que son Brasil y Argentina, y nosotros hemos tenido que saber diferenciarnos especialmente de los argentinos por el tema del idioma y esas cuestiones, para mantener nuestra propia nacionalidad. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

Nosotros decimos «la república» porque no somos un país, somos la república al Oriente, oriental, del Río Uruguay, no tenemos ni nombre. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

De acuerdo con los entrevistados, esta situación de desventaja frente a dos vecinos con imágenes muy fuertes ha provocado en los uruguayos la necesidad de marcar diferencias con respecto a los otros. Así es que se sucede el énfasis en las diferencias terminológicas con los argentinos, con quienes comparten un idioma, y las diferencias costumbristas con los brasileños.

En el nivel de los sectores populares, el intercambio entre movimientos y organizaciones de distintos países de América Latina ha redireccionado la mirada hacia el entorno cercano. Estas diferenciaciones habían comenzado a revertirse en un contexto político signado por acercamientos entre gobiernos con políticas similares y por el proyecto intergubernamental del MERCOSUR. Si bien se trata de iniciativas políticas, la difusión de estos temas contribuye al debate acerca de la inserción de cada una de las naciones en la región y la relación entre ellas. Ello implica considerar la relación existente entre las construcciones simbólicas como las naciones y las acciones encaradas por administraciones gubernamentales siendo estas últimas permeadas por las primeras.

Siguiendo una historiografía que hoy los discursos asumen como ficcional, estaba difundida la idea —y aún persiste esa percepción desde el resto de los países— de que Uruguay carecía de pobladores originarios anteriores a la conquista española. Es una característica atribuida a la nación uruguaya, y sostenida discursivamente por los sujetos que entrevistamos, la inexistencia de un pasado indígena. Aun cuando este dato sobre la construcción del país hoy sea criticado y se revise, se afirma que las culturas indígenas no son parte del entramado cultural que conforma la nacionalidad uruguaya.

También, más allá del hecho que nos duele, el hecho de que siempre nos han hecho creer que somos diferentes al resto de Latinoamérica, y especialmente porque nos han hecho creer que acá no había indios. O mejor dicho, existir indios, existen. No existen como cultura. Porque se encargaron de desarmarla. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

Por el contrario, el elemento más fuerte que constituye ese entramado, que aún hoy se postula como determinante de pautas culturales contemporáneas, es

la presencia de una masiva inmigración europea que, a su vez, refuerza la distancia con respecto a otros países latinoamericanos con una marcada herencia indígena.

En el imaginario de los uruguayos, esta herencia europea ha marcado los destinos del país y la existencia de una cultura republicana tan fuerte. A su vez, es determinante de características atribuidas al pueblo uruguayo, como su alto grado de formación y participación política, y sus conocimientos generales.

La construcción de una idea de nación uruguaya implicó, entonces, la promoción desde el Estado de un país con una fuerte integración, es decir de una comunidad donde no hubiera distancias insoslayables entre clases o grupos.

En este entramado, con una amplia clase obrera que se recuerda alcanzaba niveles de vida relativos a la clase media, se construyó una sólida matriz partidista que consolidó mecanismos institucionales para la acción colectiva. De este modo, la acción colectiva uruguaya estuvo históricamente canalizada por las propuestas de los partidos políticos siendo éste uno de los rasgos más evidentes en momentos de comparación entre organizaciones sociales que pertenecen a distintas naciones.

[Ser uruguayo] significa una gran tradición obrera. Eso es algo muy importante lo cual, nosotros, por ser luchadores sociales, por lo menos yo lo valoro en pila, lo que es el avance de la clase trabajadora uruguaya. Que tal vez tenga que ver con mucho de los inmigrantes que vinieron. [. . .] Pero es una cultura no de la que se aprende en la escuela. Es una cultura que se aprende por transmisión y que es dialéctica. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

Pero ta, es diferente, nosotros tenemos mucho más arraigado el concepto de clase obrera, y defender el concepto de clase obrera, y lo defendemos como si fuera la nación, como el concepto que ustedes tienen de nación, que como es el de uruguayos. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

Esta percepción del pueblo uruguayo como detentador de posiciones y tradiciones de lucha muy fuertes y sostenidas, se vislumbra en las representaciones del pasado cercano que componen la idea de nación que los sujetos entrevistados proponen. En esta representación del pasado se hace referencia a un pueblo con una clase trabajadora organizada y con capacidad de protesta, lo cual se ha plasmado en formas de vida ordenadas pero muy politizadas.

La mención más frecuente y marcada hacia hechos del pasado de la historia del país se dirige hacia la última dictadura militar que Uruguay vivió (entre 1973 y 1985). Esta referencia se integra en los discursos a una reivindicación de cierta capacidad de recuperación y humildad que el «ser uruguayo» contiene. Frente a esta valorización, las emigraciones masivas de las décadas marcadas por las crisis económicas y políticas asumen un carácter negativo. Desde Uruguay se reproduce la idea de que existen casi tantos uruguayos viviendo fuera del país como en el territorio mismo y esa imagen marca inevitablemente el discurso de los sujetos entrevistados.

Mirá, yo la verdad que capaz que soy un poco egoísta, pero dije: «me quedo, la peleo, no me voy». Y me molesta la gente que se fue. No quiero que vuelva. [. . .] Y ahora que el país se está arreglando, después de la lucha de nosotros, que se queden. Nosotros la peleamos, nos quedamos. [. . .] La lucha es acá y ahora. (Focus group MUJEFA, octubre de 2008)

En estas referencias, se establecen diferencias fuertes entre aquellos que debieron o decidieron irse y los que se quedaron en el país. Estas diferencias abonan, a su vez, los elementos de la representación sobre lo uruguayo que hablan de unas marcadas conciencia y formación política, así como una acción colectiva más organizada que en otros países.

A pesar de que los componentes de una idea de nación en Uruguay parecerían inevitablemente ligados a la construcción de las instituciones políticas y a la historia de las mismas, se mencionan en los discursos que exploramos elementos costumbristas que forman parte de aquella construcción. Así, se valora el consumo de la yerba mate como bebida autóctona, se recuerda la existencia de deportes nacionales como el fútbol y de elementos artísticos como la murga y el tango que cumplen el doble rol de funcionar como referencia de «lo uruguayo» y a la vez como elementos aglutinadores.

Por eso nosotros siempre tratamos de marcar diferencias y así. Por el termo y el mate abajo del brazo, en Argentina nos identifican [. . .] [S]er uruguayo significa hacer murga. (Focus Group FUCVAM, octubre de 2008)

Yo creo que más allá de lo que podés encontrar, lo que caracteriza al pueblo es la humildad. Me parece que somos un pueblo humilde. Que no hay una soberbia [. . .] [E]l uruguayo es solidario, humilde, querible [. . .] Me parece que sí, que somos un pueblo solidario. (Focus group COVIESFE, octubre de 2008)

ARGENTINA POR LOS ARGENTINOS

Las referencias a la argentinidad por parte de los entrevistados que residen en este país son bastante escasas. Quizás esto se deba a que los grupos que participaron de las experiencias grupales estaban conformados, en su mayoría, por migrantes de otros países fronterizos. Por otro lado, en las experiencias que se realizaron en Uruguay, la posibilidad de reflexionar sobre la propia idea de nación generaba un entusiasmo que se relacionaba con que se trata de un debate que aún no encuentra demasiado espacio en el país.

En Argentina, por el contrario, los llamados a reflexionar sobre la cuestión nacional han sido más frecuentes en los últimos años, incluso en los medios de comunicación masiva. La principal referencia al hablar de la nación de la que forman parte tiene que ver con acontecimientos del pasado cercano. En este sentido, el peronismo aparece como un período que cumplió una doble función: conformar una clase sindical que reforzara una tradición combativa en los sectores populares, a la vez que opacar las necesidades de cambio que esos sectores

proponían, por fuera del movimiento, al gobierno. Luego se repiten, en los discursos que exploramos, las referencias a la última dictadura militar (1976/1983). Este período se carga de connotaciones negativas y su peso sobre el presente se muestra, para estos sujetos, como innegable.

Así, la dictadura militar y la adopción de políticas neoliberales durante este período son el fundamento principal de lo que hoy perciben como un desmantelamiento de la acción colectiva en el ámbito nacional. Siguiendo los discursos que exploramos aquí, en ellos se menciona una falta de interés en la participación política, que se debe a la historia de carencias que los sectores populares han atravesado en Argentina, tanto como a la instalación de iniciativas asistencialistas que buscaban paliar las consecuencias de aquellas políticas. En este sentido, existe una identificación muy usual entre los integrantes de la nación argentina de la simbología nacional, e incluso del fomento de una idea de nación, con el pasado militar del país⁴. En los discursos de los integrantes de las organizaciones sociales argentinas comprendidas en este estudio, encontramos referencias despectivas a los símbolos nacionales y a la defensa de una idea de comunidad nacional que se relacionan con esta situación relativa al pasado reciente y la resignificación que los sujetos hacen del mismo. Tal es así que las simbologías que se asumen como fuente de identificaciones se relacionan, según los discursos de estos sujetos, con aquellas insignias relativas a las organizaciones que integran, e incluso al cooperativismo.

Este aspecto es fuente de disensos en los grupos en que participan migrantes de otros países. En cuanto se habla de los elementos que señalan la pertenencia nacional, estos participantes señalan las distancias entre los argentinos y los extranjeros migrantes. En este sentido, se mencionan anécdotas en las que los hijos de migrantes utilizan y valorizan los símbolos nacionales argentinos y reconocen su pertenencia al país en el que habitan. Al mismo tiempo, intentan transmitir esa experiencia a sus padres, en el sentido inverso en que usualmente tiene lugar la reproducción de la idea de nación dentro del seno familiar.

[En Argentina] [N]adie sabe quién es Artigas, por qué el 9 de julio, ni por qué se festeja. Yo lo veo en entrevistas. Tienen más noción de la farándula, los modelos, y así. Eso lo tienen más en claro que las fechas patrias. No saben bien las letras del himno nacional. Ves las diferencias. (Focus group El Molino, diciembre de 2008)

Otra idea muy fuerte que caracteriza a la idea de nación en los grupos argentinos —y que se relaciona de forma directa con la decisión teórico-metodológica de tomar organizaciones sociales que pertenezcan a la Capital Federal— tiene que ver con la división simbólica tajante que existe entre la capital, la ciudad y el campo, el interior del país.

4 Al igual que en Uruguay y que en otros países de Latinoamérica, los ejércitos que tomaron el poder en el siglo xx hicieron uso de los símbolos nacionales para identificar su causa con la del resto del país, a la vez que se autoproclamaban los legítimos protectores de esa nación.

Esta división supera cualquier tipo de frontera física o distrital que se plantee y tiene que ver con la forma en que los sujetos entienden la ciudad, el campo y la nación en su totalidad. La idea de nación en Argentina fue, históricamente, un proyecto pensado e implementado desde un gobierno centralista al cual las provincias adscribían en una relación no exenta de conflictos. En los discursos de los militantes, observamos que esta división se reproduce y se justifica en las características que la ciudad sostiene. En este sentido, el reclamo por una vivienda digna aparece entremezclado con el reclamo por habitar zonas estratégicas.

La ciudad es representada como la mayor fuente de posibilidades y oportunidades en lo referente al trabajo y a actividades de esparcimiento, incluso a las posibilidades de formación y participación política. Buenos Aires se presenta en estos discursos como la única ciudad del país que se distancia ampliamente en tanto servicios y calidad de vida del Conurbano⁵ y de las provincias.

¡[T]enés un montón de actividades que las podés hacer porque estás en Capital! Porque esa es otra cosa que uno dice: ¿cómo en Capital y no en provincia? No, porque vos acá en Capital tenés la posibilidad de hacer más cosas, ella va a danza, va a música... (Focus group El Molino, diciembre de 2008)

Los participantes de las experiencias grupales abonan las imágenes que describen la ciudad, el Conurbano y las provincias con experiencias personales que dan cuenta de los problemas que atravesaban en zonas del país que no son Buenos Aires y que aparecen caracterizadas desde sus carencias. La participación en las organizaciones que aquí consideramos aparece entonces como una fuente de satisfacción de necesidades, a la vez que como una fuerte posibilidad de acceso a la ciudad y sus beneficios.

Este distanciamiento entre la ciudad capital y el interior del país es muy característico de la idea de nación en Argentina, se repite en sus teóricos y en el imaginario de sus habitantes. En Uruguay, aun cuando las actividades se reconocen centralizadas en su capital, Montevideo, esta imagen de distanciamiento no es un elemento tan palpable de la construcción nacional como en Argentina.

Esta identificación de Buenos Aires con «lo argentino» y su posicionamiento frente al resto del mundo como la puerta de entrada al país tienen su correlato en la forma en que los argentinos que participaron de nuestras experiencias grupales relacionan a su nación con las otras naciones. En este sentido, se repite en Argentina la imagen que los uruguayos describían de ellos mismos, de una nación latinoamericana pero intrínsecamente ligada a los devenires de otras regiones de las que se reconocen directamente descendientes.

Así es que los integrantes de las organizaciones que consideramos aquí subrayan la pertenencia a tradiciones que migraron masivamente a Argentina a principios del siglo xx, y es desde allí desde donde se construye la relación de

5 El Conurbano Bonaerense es el cinturón poblacional que rodea a la Ciudad de Buenos Aires. Se trata de una zona suburbana que presenta la mayor densidad poblacional del país.

esta nación con la región que la contiene. Aun cuando esta imagen se asume en revisión actualmente, incluso desde el discurso de los sujetos, aparece cierto distanciamiento de la nación propia con respecto a otros países de la región en los que la situación social y política se entiende como más crítica. Esta imagen es, a su vez, reforzada desde el discurso de los migrantes fronterizos que participan de las experiencias.

Al mismo tiempo, aparecen menciones frecuentes a los elementos costumbristas que se postulan como característicos de la nación argentina. Muchos de estos componentes se repiten con los que mencionan los uruguayos en las experiencias grupales realizadas en ese país y se constituyen entonces como espacio de disputa entre ambas naciones integrantes de la «identidad rioplatense» o «gaucha» (Grimson 2000).

Así, se menciona el interés del pueblo por el tango, como corriente musical típicamente porteña, es decir perteneciente a la Ciudad de Buenos Aires. También se destaca la existencia del fútbol como actividad aglutinadora y propia y el consumo de dulce de leche y mate como característicos de la nacionalidad. Conocedores de la repetición de estas costumbres al otro margen del Río de la Plata, inmediatamente se mencionan las diferencias entre el uso que cada una de ambas naciones otorgan a estos elementos, a la vez que se postulan orígenes que señalan una u otra orilla.

URUGUAY POR LOS ARGENTINOS

Las referencias hacia Uruguay y los uruguayos que se detectan en los discursos de los sujetos que forman parte de las organizaciones argentinas son breves y sostienen, usualmente, la carencia de diferencias entre una nación y la otra. Los discursos que exploramos aquí suelen destacar la existencia de un pasado similar y compartido y un presente con elementos comunes, como la desigualdad, los derechos básicos insatisfechos para una porción amplia de la población, la existencia de una fuerte tradición de acción colectiva, etc.

—No, con los uruguayos no hay diferencias.

—No, yo creo que no, jamás sentí una diferencia porque las discusiones por más que pienses de diferente manera, porque te podés llegar a matar, si vos sabés que lo estás haciendo para un futuro mejor, para que mejoren las cosas...

—Yo creo que [en] el uruguayo no hay diferencia porque uno nunca pierde su pertenencia, su manera de hablar, te aceptan tal cual sos, te aceptan que digas «gurí», yo nunca sentí la diferencia de que yo sea uruguaya, para nada» (Focus group MOI, julio de 2009)

En este último punto, los participantes de las experiencias grupales destacan la tradición de acción colectiva que caracteriza al pueblo uruguayo. Desde una posición que podría entenderse como de admiración, se resalta la existencia de organizaciones con un alto nivel de institucionalización, con una profunda

formación política, al mismo tiempo que se señala ese formalismo como un posible obstáculo.

En la referencia a la nación vecina, sucede algo que se repite en los discursos de los uruguayos sobre los argentinos y que tiene que ver con una confusión entre lo que compone a la nación de referencia y aquella porción con la que se tiene contacto desde la propia actividad, es decir, otras organizaciones de lucha por la vivienda. En este marco, se observan referencias a los uruguayos que podrían entenderse como relativas a FUCVAM y sus cooperativas. En estas referencias, Uruguay aparece como una nación altamente organizada y con una planificación en la que es dificultoso plantear innovaciones. Al mismo tiempo, siendo el tipo de construcción y organización de la acción colectiva de FUCVAM el que el MOI ha adoptado, se establece una relación de admiración y respeto hacia el otro que lo ubica en una posición ventajosa dentro del campo que comparten. Los uruguayos son reconocidos como pioneros en la actividad que las organizaciones argentinas desarrollan y aparecen imágenes que valoran positivamente su aporte para el desarrollo de los proyectos propios. Estas imágenes se ubican dentro de una representación generalmente positiva que los argentinos muestran sostener sobre los uruguayos, aun cuando se destaca que existen ciertas diferencias en el uso de elementos culturales compartidos en toda la zona, e inclusive lingüísticas.

Las referencias, además, se completan con experiencias propias que se basan en el intercambio cotidiano en las cooperativas del MOI, en las que es bastante mayoritaria la participación de migrantes uruguayos. La convivencia entre ambas nacionalidades se califica, desde los argentinos, como pacífica, y ello se relaciona con la existencia de necesidades y proyectos comunes a ambas naciones.

ARGENTINA POR LOS URUGUAYOS

La imagen altamente positiva que los argentinos expresaron sobre la nación uruguaya no parece tener eco en la representación que los participantes uruguayos describen de sus pares argentinos. En las experiencias grupales que realizamos en Uruguay, se sucedía una serie de características negativas atribuidas a los argentinos que inmediatamente se diferenciaban de las que habría podido tener la entrevistadora. Estas características listaban formas idiosincrásicas como cierta pedantería, soberbia, pretenciosidad, desconfianza hacia el otro y hasta violencia, que la mayor parte de las veces terminaban adjudicándose a los habitantes de la Capital Federal exclusivamente, discerniéndolos de aquellos argentinos que habitan las provincias del territorio nacional, con quienes asumen sentirse más identificados.

El porteño es así. El argentino no, porque en el interior es como irte a un pueblito del interior de acá, es como estar acá. La misma humildad. (Focus group COVIESFE, octubre de 2008)

Y de lo que me di cuenta es que de repente les cuesta más confiar a ellos que a nosotros. [. . .] Capaz que eso es lo que nos hace más humildes, que somos tres millones. (Focus group COVIESFE, octubre de 2008)

Y después, el argentino en sí, es muy... disculpame, que tú sos argentina, pero yo lo veo muy bullero. O sea, cada cosa como que para ellos es lo único, lo primero, y es el único. [. . .] No todos son iguales, eh? No generalizo. (Focus Group MUJEFA, octubre de 2008)

Yo, me encanta tanto Argentina, muero por Argentina. Yo soy fanática de Maradona. Y me encanta la Argentina. [. . .] Pero la sociedad argentina... yo no me veo identificada, para nada. No veo la lucha incansable que tenemos nosotros. [. . .] No veo pueblo. Vos hablás Argentina, y yo no veo pueblo. Capaz que es lo que uno está acostumbrado a ver. Qué te venden, no? (Focus group MUJEFA, octubre de 2008)

Aparece en estos discursos la referencia a la fuerte diferencia que los mismos argentinos incluyen en su idea de nación y que tiene que ver con el distanciamiento entre la capital del país y el resto del territorio. Los uruguayos afirman poner en cuestión sus representaciones sobre los argentinos en cuanto tienen la oportunidad de haberse contactado con habitantes de las provincias y exponen que existen fuertes diferencias de carácter entre unos y otros.

Estas actitudes atribuidas a una forma de ser de los argentinos se solidifica en la acción colectiva de ese país. En este sentido, los integrantes de las organizaciones uruguayas que aquí consideramos afirman que las formas de acción colectiva que tienen lugar en Argentina se caracterizan por su baja capacidad de institucionalización, su espontaneidad, escasa formación política y cierto grado de violencia. Se observa la carencia de programas políticos completos que contengan estos episodios de acción colectiva, aunque al mismo tiempo se valora la rápida capacidad de movilización que se atribuye a las organizaciones y a la población en general y que daría cuenta de cierta combatividad. Las organizaciones políticas argentinas son entendidas, por los uruguayos entrevistados, como difíciles de cooptar por el entramado partidario, que se entiende como débil.

Los episodios de acción colectiva a los que estos sujetos refieren se recuerdan protagonizados por personas con baja formación y cierta escasez de «conciencia política», es decir, un programa que excediera la movilización desarrollada, y que midiera las consecuencias de la misma.

—Yo creo que el pueblo argentino ha sido combativo.

—No, que no está tan politizado como... Quizás los métodos son combativos. Y tienen una cualidad que nosotros no tenemos. Los argentinos tienen la cualidad de que se calientan y se levantan. Nosotros nos calentamos y hacemos una asamblea para evaluar si nos levantamos, y hacemos un cuarto intermedio. Es decir, ¿los argentinos derrocaron cuántos presidentes en menos de un mes?» (Focus group FUCVAM, octubre de 2008).

—Pero como que no están tan politizados, no tienen una conciencia política como me parece que teníamos nosotros acá. (Focus group COVIESFE, octubre de 2008)

En relación con el peso del nacionalismo en ambas márgenes del río, los uruguayos que participaron de nuestras experiencias grupales atribuyen un marcado

nacionalismo y una activa reproducción de pautas y costumbres nacionales a los argentinos. En este sentido, los sujetos señalan como un aspecto ambivalente el fomento del uso de los símbolos patrios en Argentina, que se interpreta como mucho mayor al que se transmite en Uruguay. Este nacionalismo, detectado también en las autorreferencias de los argentinos, se entiende, por un lado, como un indicador de cierta resistencia. Por otro lado, es entendido también por estos sujetos como la fuente de discordias entre naciones de una misma región y el primer elemento de una imagen exterior negativa.

—Pero no es que andamos todos embanderados, no, negativo. La bandera de alguna cooperativa, de la Federación...

—Pero viste que nada que ver la escarapela... nadie anda con eso...

—Nada que ver con la argentina, la uruguaya. Los argentinos llevan la bandera a todos lados. Yo, una cosa que me llamaba la atención cuando fui a lo de la CTA, ¡en todos lados banderas argentinas!

—Acá puede haber puntualmente... quizás cuando hay una movida que no quieren politizar se dice «vayan con banderas de Uruguay», que esa es como la referencia o es lo que nos cohesionan, pero si no...

—¡Pero tenés que avisar! Si no, la gente lleva la de su partido, su cooperativa. (Focus group FUCVAM, octubre de 2008)

Por otro lado, en lo que refiere a manifestaciones artísticas e íconos nacionales argentinos, las imágenes detectadas en los discursos demuestran cierta admiración. Sin embargo, la saturación de señales televisivas argentinas parecería ser la razón de cierto hartazgo señalado por los participantes de las experiencias grupales. Aparece aquí también la referencia a elementos culturales compartidos que son resignificados en cada una de las naciones y que se presentan como espacios de discordia, más en estos discursos que en los de los argentinos. Así, el mate, Carlos Gardel y el tango, el asado y el dulce de leche serían elementos cuyo origen no queda del todo esclarecido y frente a los cuales se establecen diferencias tajantes que marcan nacionalidades.

—Ah, sí, costumbres sí. Pero ni siquiera el mate, porque el mate lo toman con la pavita y lo toman casi frío. Y no salen a la calle a tomar mate. Nosotros es de uno, el mate de uno. ¡Y nos roban cosas! Nos roban cosas. Porque el asado, no sé que otras porquerías más, son de ellos... el tango, y nos robaron a Gardel.

—¿Y el dulce de leche?

—El dulce de leche. Saben que el mate es nuestro, el tango es nuestro, Gardel es nuestro. Y todo. Pero igual se los prestamos (risas). (Focus group MUJEFA, octubre de 2008)

Estas diferencias se plantean desde una relación de rivalidad, aunque se asume que la posibilidad de establecerlas entre dos naciones fronterizas y que comparten un pasado, así como ciertas similitudes históricas, es útil en vistas a la construcción de las imágenes de uno y otro.

REFLEXIONES FINALES

Los estudios sobre la construcción de las identidades nacionales contemporáneas suelen basarse, como mencionamos en la primera parte de este trabajo, en las acciones de las clases dominantes y de los aparatos estatales para la difusión de determinada representación sobre las características compartidas por el pueblo que comparte un territorio, en vistas a consolidar cierta homogeneidad interna. Las diferencias culturales, lingüísticas y religiosas suelen intentar ser soslayadas en tanto amenazan la estabilidad del sistema político que la nación sustenta.

Sin embargo, en los últimos tiempos se han difundido las preguntas acerca de la recepción de estas ideas nacionales oficiales en los distintos sectores de la población poniéndose en cuestión la idea de una nación como un proyecto únicamente estatal. Partir de estos cuestionamientos permite cuestionar la conceptualización teórica de la nación como iniciativa puramente burguesa que luego es transmitida a los sectores subalternos a través de mecanismos estatales, instituciones y medios de comunicación evidenciando la coexistencia de distintas versiones de la misma nación y entendiéndola como conjuntos de discursos en constante negociación (Mallón; Chatterjee).

La emergencia de experiencias colectivas como las que mencionamos en este artículo manifiesta algunos cambios al interior de los entramados nacionales. Es entonces vital que las ciencias sociales exploren de qué manera participan estos actores en la construcción de ideas nacionales, que son continuamente redefinidas para que puedan abarcar la heterogeneidad que estas prácticas organizadas visibilizan.

El surgimiento y consolidación en Latinoamérica de movilizaciones sociales afirmadas en contextos locales, y en su mayoría con novedosas formas de plantear demandas, hace necesaria una reflexión analítica que comprenda que las demandas de estos movimientos sociales muestran que la reconfiguración del rol estatal y las políticas adoptadas a finales del siglo xx tuvieron consecuencias en la vida de los sujetos y en cómo éstos construyen una idea acerca de la comunidad a la que pertenecen (la nación) y del contexto en que ésta se inserta (la región).

Estas experiencias se inscriben en un momento en que los relatos sobre la pertenencia se están poniendo en cuestión, sin entender por ello que estuvieran próximos a su desaparición. Así es que los reclamos y las nuevas consignas que se escuchan en las naciones latinoamericanas no apuntarían a la «demolición» de la nación sino a la reconstrucción de esas referencias sobre nuevas premisas. Queda claro, a partir de los discursos aquí resumidos, que la nación continúa siendo decisiva en la estructuración de los marcos interpretativos de los sujetos y que es un elemento central de la construcción de vínculos con pares extrafronterizos.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AA.VV. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*. Montevideo: Trilce, 1992.
- Achúgar, Hugo. «Uruguay, el tamaño de la utopía» en AA.VV. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce, 1992.
- Alfaro, Milita. «Cultura subalterna e identidad nacional» en AA.VV. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce, 1992.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Balibar, Etienne. «La forma nación: historia e ideología» en Wallerstein, Immanuel y Balibar, Etienne *Raza, nación y clase*. Madrid: ICAPE, 1991, pp.86-106.
- Caetano, Gerardo. «Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario» en AA.VV. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce, 1992.
- Chatterjee, Partha. *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI, 2008.
- Devoto, Fernando. «Introducción» en AA.VV. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce, 1992.
- Elías, Norbert. *Os alemaes*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1997.
- Fanlo, Luis. «Emergencia de la matriz militar-discursiva argentina: el discurso de Leopoldo Lugones» en *Discurso y argentinidad*, publicación electrónica de la Cátedra Sociología de la Argentinidad, Año 1, N° 1, 2007, pp.2-30. Disponible en <http://www.scribd.com/doc/13561150/Luis-Garcia-Fanlo-Emergencia-del-discurso-militar-argentino-el-discurso-de-Leopoldo-Lugones>. (Accedido en abril de 2009).
- Funes, Patricia. «Nación, patria, argentinidad. La reflexión intelectual sobre la nación en la década de 1920» en Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel (eds.) *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- García Canclini, Néstor. *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Gellner, Ernest. *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa, 2003.
- González, Jorge. «Introducción» en González, Jorge (ed.) *Nación y nacionalismo en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/CLACSO, 1997, pp. 7-28.
- Grimson, Alejandro. «El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad» en Grimson, Alejandro (compilador) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: La Crujía, 2000, pp 201-31.
- . «Introducción» en Grimson, Alejandro (comp.) *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa, 2007, pp. 8-35.
- Hobsbawn, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1997.
- Loza, Jorgelina. «Gritos urbanos en América Latina. Representaciones sobre la nación y la región en movimientos sociales de Buenos Aires y Montevideo». Tesis presentada para completar el programa de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, IDAES-UNSAM, 2009.
- Mallón, Florencia. *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. México: CIESAS-El Colegio de San Luis-El Colegio de Michoacán, 2003.
- Migdal, Alicia. «Imágenes simbólicas y realidades históricas» en AA.VV. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo: Trilce, 1992.
- Renán, Ernst. «¿Qué es una nación?» en Fernandez Bravo, Álvaro. *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial, 2001, pp.53-66.
- Ribeiro, Darcy. *As Americas e a civilização. Processo de formação e causas do desenvolvimento desigual dos povos americanos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2007.
- Rosaldo, Renato. «Reimaginando las comunidades nacionales» en Valenzuela Arce, José Manuel (coord.) *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 1992.

- Sábato, Hilda. «República y nación en América Latina: notas breves sobre una historia turbulenta» en Nun, José y Alejandro Grimson (comps.) *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.
- Terán, Oscar. «Representaciones de la deriva argentina» en Nun, José y Alejandro Grimson (comps.) *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.
- Vernik, Esteban, Valentina Salvi y Jorgelina Loza. «Imágenes de la nación y la globalización. La posibilidad de explorar representaciones de la nación desde la recepción de discursos televisivos». Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales. La Plata, diciembre de 2008.
- Weber, Max. *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

LISTADO DE ENTREVISTAS Y EXPERIENCIAS GRUPALES CITADAS

En Uruguay

Universidad de la República.

Entrevista a Gerardo Caetano, setiembre de 2008.

Experiencias grupales

Cooperativa de Vivienda Esperanza y Fe (COVIESFE), octubre de 2008.

Cooperativa de Vivienda Mujeres Jefas de Hogar (MUJEFA), octubre de 2008.

Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM), octubre de 2008.

En Argentina

Cooperativa de Vivienda El Molino, diciembre de 2008.

Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI), julio de 2009.

Recibido el 28 de mayo de 2010.
Aceptado el 14 de diciembre de 2010.

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

La co-construcción de políticas públicas en el campo de la economía social, de Mirta Vuotto (compiladora). Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007, 338 págs.

En este libro se presentan diversas experiencias de economía social y de políticas sociales surgidas de distintos procesos de construcción conjunta entre Estado y sociedad civil organizada. Esto se desarrolla a través de la presentación de estudios de caso en Quebec (Canadá) y tres países latinoamericanos (Argentina, Brasil y México) siendo el denominador común en algunos casos la economía social y en otros casos la co-construcción de políticas sociales.

La organización del libro responde a las distintas ponencias presentadas en el marco de un coloquio realizado en 2006 por parte de la Red Continental de Coproducción de Conocimientos, Investigación y Formación. Dichas ponencias constituyen los diferentes capítulos del libro (cinco capítulos para Quebec, cinco para Argentina, cinco para Brasil y dos para México), que proceden a una presentación bajo la firma de la compiladora y un capítulo introductorio con nociones más bien metodológicas acerca del alcance de la co-construcción de las políticas. Si bien el objetivo del libro es analizar estos procesos de construcción conjunta (Estado-Sociedad Civil) de políticas públicas referidas a la economía social, lo cierto es que algunas de las ponencias se alejan de la economía social ubicándose más bien en el campo de las políticas sociales.

Es Frédéric Lesemann en el primer capítulo quien se encarga de señalar el

alcance del texto (no recogido plenamente en el título de la obra) al señalar que no se referirán sólo a la economía social sino «a las políticas sociales relativas a la lucha contra la pobreza, la inserción en el empleo y también a la economía social». El lector especializado seguramente aquí se preguntará si acaso las restantes 300 páginas del libro referirán a la economía social, como reza en el título, o se confundirán como habitualmente sucede sobre todo en el campo de las políticas públicas, con el ámbito de las estrategias de generación de trabajo y renta dirigidos a los sectores más desfavorecidos. Digamos rápidamente que no existe esa confusión, pero sí claramente encontraremos capítulos muy pertinentes con el espíritu del título del libro y otros que parecen no serlo demasiado.

El estudio de Quebec comienza con el capítulo escrito por Marguerite Mendel que sí se centra en la co-construcción de las políticas públicas dirigidas a la economía social. El sector comunitario en esta particular provincia canadiense integra a 7000 empresas. La autora, cuando caracteriza este tipo de empresas expresa: «No solamente remite al estatus legal de la empresa colectiva, a las cooperativas o a las organizaciones no lucrativas. Se trata de una visión, un modelo de desarrollo económico alternativo que desafía el paradigma dominante por medio de la práctica y la creación de herramientas de desarrollo —recursos financieros, documentación y estrategias laborales— como elementos básicos para una economía basada en el ciudadano» (25). Esta definición nos parece muy acertada y coincide con el aporte realizado por el movimiento de la economía solidaria, en el sentido de superar la noción de un sector integrado sólo por organizaciones que respondan a determinado estamento

legal (por ejemplo, cooperativas y mutuales) avanzando más bien sobre el contenido de las acciones y los métodos para llevarlas adelante. Sin embargo, más adelante en el libro, otros autores preferirán definiciones más bien formalistas para dar cuenta de la economía social. El proceso de co-construcción tuvo como actor fundamental al *Chantier de l'économie sociale* que reúne a los sectores, movimientos y organizaciones de carácter comunitario con un fuerte acento en el desarrollo local y asociativo, donde se destaca como elemento característico una activa participación del movimiento sindical.

Marie Bouchard, centrada en la idea de la innovación social, cuando desarrolla la evolución histórica del sector, expresa que en los años setenta y ochenta el movimiento comunitario, el movimiento de las mujeres y el movimiento estudiantil originaron una nueva oleada de economía social que identifica al concepto de economía solidaria. Desde esta perspectiva, la economía solidaria supera la noción de economía social en la medida en que incluye nuevas variantes asociativas y permite una mayor presencia de otros movimientos sociales en su conformación. En los noventa, por ejemplo, cita los casos de la agricultura orgánica, el comercio justo y el reciclaje (33). Podríamos hacer referencia además a las distintas expresiones de finanzas solidarias que tuvieron y tienen una particular importancia en Quebec.

Marguerite Mendell y Nancy Neamtan continúan con el análisis y ofrecen datos llamativos (al menos para las culturas sindicales más reivindicativas como las nuestras) acerca del involucramiento de las centrales sindicales en la creación de fondos de ahorro y pensiones para el fomento de la actividad económica en

Quebec (el primero de ellos creado en 1983). En esos años también surgirían las sociedades de desarrollo económico comunitario. Este dinamismo de la sociedad civil lleva a que en 1996 el Gobierno pactara con la sociedad civil el plan «Atreverse a la Solidaridad», puntapié del ya mencionado Chantier. Las autoras elaboran una interesante clasificación de las políticas públicas: de carácter territorial, de finanzas solidarias, políticas sectoriales y políticas a favor de poblaciones específicas.

El texto de Lesemann y Pierre-Joseph Ulysse se dispone a un análisis más enfocado a lo territorial ejemplificando con el caso de Trois Rivières. Aunque más reducido que los otros artículos, éste se vuelve de fundamental importancia para quienes se encuentran investigando los vínculos entre movimiento sindical y movimiento de la economía solidaria, habida cuenta, como se dijo antes, de la particular importancia que asumen algunas instituciones sindicales en la promoción y desarrollo de las economías solidarias en Quebec.

Martine D'Amours, finalmente para el caso norteño, observa los entretelones de la negociación cuando intervienen los actores sindicales en la co-construcción de normas laborales. Este artículo, sin embargo, no tiene referencia alguna con la economía social. Una pena, pues perdemos la posibilidad de encontrar referencias a un tema que en todo el continente se está debatiendo, como es el vínculo que debería existir entre el derecho laboral y el derecho cooperativo.

Con respecto a nuestro continente, el libro comienza con Argentina, sigue con Brasil y culmina con México. El caso argentino se abre con un artículo de Susana Heintze sobre las políticas sociales en el escenario neoliberal de Argentina y

en el escenario actual. Son especialmente útiles las referencias a la economía social y solidaria cuando explica las características del Plan Manos a la Obra del año 2003, así como cuando menciona al INAES y otras políticas provinciales.

El artículo de la compiladora (Mirta Vuotto) hace un detallado repaso sobre las políticas de empleo argentinas dirigidas al sector cooperativo valorizando el perfilamiento que el gobierno ha tenido sobre el tema en los últimos años.

El artículo de Nora Britos y Rubén Caro refiere al caso de Córdoba y se centra fundamentalmente en las políticas de empleo en la Provincia. Marina Assandri profundiza la experiencia del Plan Integral del Empleo Local en la Municipalidad de Córdoba. El artículo de Silvia Fernández refiere a la ciudad de Tandil (Provincia de Bs.As.). En todos estos casos locales, el acento está puesto en las políticas sociales más que en la economía social. Fernando Acosta y Miguel Fiad finalizan el capítulo argentino con un artículo sobre la mirada de la CTA en la construcción de lo público en Jujuy. En esta provincia destaca la experiencia de Tupac Amaru que, sin embargo, sólo es mencionada al pasar, muy a pesar nuestro.

Son tres los artículos referidos al caso brasileiro. El de Leda Gitahy y Alessandra Azevedo se centra en el cooperativismo autogestionario industrial. Es interesante el proceso vivido por la CUT al abrir su central sindical a diversas experiencias autogestionadas por los trabajadores desde 1995, proceso que se afirma con la creación de UNISOL y la ADS en 2000. Este artículo permite conocer la génesis de algunas de las organizaciones más representativas del cooperativismo alternativo en Brasil, en obvia contra referencia al cooperativismo representado por las organizaciones tradicionales.

El de Antonio Cruz es sin duda uno de los artículos con mayor actualidad en el libro. Analiza las limitaciones de un conocido programa de transferencia de ingresos (Bolsa Familia) y sus posibles articulaciones con la economía solidaria para fomentar el necesario carácter emancipador que deberían perseguir las políticas sociales dirigidas a los sectores más desfavorecidos. Si bien el autor por momentos parece excederse en las características que asumen, según él, las políticas sociales desde el paradigma neoliberal (la descripción que hace de sus características en parte parecen ser compartibles por varios paradigmas de intervención), el artículo revisa muy bien las condiciones que deben darse desde la economía solidaria para conseguir resultados alentadores, a partir del caso concreto de una Incubadora de Cooperativas.

Maria Silva se detiene en el análisis del Programa Bolsa Familia, concluyendo, como era de esperar, que sus resultados serán limitados en la medida que no se incluyan políticas de desarrollo socioeconómico de más largo alcance.

El caso mexicano merece dos artículos. El primero de ellos, elaborado por Gabriela Sánchez, refiere a un caso de coproducción de políticas en el estado de Chiapas. Se echa de menos el escaso desarrollo que merecen algunos proyectos específicos de la economía solidaria en la región, como los vinculados a la producción del café para el comercio justo.

El libro finaliza con un artículo de Beatriz Schumkler sobre un caso de política pública en materia de violencia familiar. Este capítulo parece descolgado del resto del libro. De hecho, el caso mexicano (con interesantes experiencias de economía social y solidaria y con algunas iniciativas de co-construcción de políticas legislativas) no parece estar

adecuadamente representado en estos dos artículos.

En definitiva se trata de un libro con las limitaciones que conlleva el publicar los resultados de un coloquio con disparas intervenciones. Aún así, se trata de un material indispensable para el analista en economía social y solidaria, sobre todo si su campo de investigación refiere a las políticas públicas. Si bien hay ausencia

de varios casos nacionales especialmente útiles en este campo, que no deberían faltar en un riguroso análisis comparado (por ejemplo el caso de Colombia y Ecuador), se destaca un buen desarrollo y acercamiento al tema para los casos de Quebec, de Argentina y de Brasil.

Pablo Guerra

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

La participación de las juventudes hoy. La condición juvenil y la redefinición del involucramiento político y social, de Federico M. Rossi. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009, 156 págs.

Desde sus primeras páginas, el libro se embarca en un ambicioso e insistente proyecto: conocer si existe algún tipo de afirmación más o menos generalizable que se pueda realizar sobre la participación política de los jóvenes, ya sea en el plano de sus motivaciones, expresiones organizacionales, modalidades, condicionantes, sin más límite que el planeta mismo. Tarea difícil sin lugar a dudas, no sólo por la vastedad del campo, sino —y especialmente— por la dificultad para recortar y conceptualizar al sujeto de

este proyecto: los jóvenes. Más aun, Rossi no oculta su agenda detrás de este ejercicio de investigación: poder conocer cómo se hace para promover la participación política de los jóvenes para el cambio social. Esto supone, en primer lugar, cuestionar ese lugar común repetido a voces, de que los jóvenes de hoy muestran un rechazo creciente hacia la política institucional y el elenco político. Pero, en segundo lugar, supone identificar y entender las nuevas formas de participación política y las condiciones —biográficas y estructurales— que son capaces de activarla. Desde estos intereses, entonces, el autor dispara las tres preguntas centrales de su investigación que guiarán su recorrido: a) ¿qué es lo que moviliza políticamente a los jóvenes en la actualidad?, b) ¿cuáles son las formas y las modalidades de la participación política de los jóvenes?, c) ¿existe algún

tipo de organización que resulte más atractiva para los jóvenes?

Para responder a estas preguntas el autor llevó adelante unas 43 entrevistas semi-estructuradas a jóvenes activistas y adultos que se desempeñan como directivos de organizaciones que trabajan con jóvenes o por jóvenes en el mundo. La selección de estas organizaciones fue realizada en base a un muestreo intencional buscando experiencias que permitieran cubrir la diversidad de la participación política, tanto por sus fines como por sus estructuras y ubicación geográfica. Sin dudas, el emprendimiento se vio favorecido por la extensa red de vínculos y contactos del autor con varias de estas organizaciones. Dentro de estas experiencias, los entrevistados fueron seleccionados aplicando dos criterios muy generales pero efectivos: a) personas que por su extensa experiencia en el campo de la participación política pudieran aportar información relevante para sus preguntas de investigación y b) una diversidad suficiente que permitiera cubrir distintos contextos nacionales, organizacionales y de tipo de participación política.

El libro se estructura en tres capítulos teniendo como centro los estudios de caso de las organizaciones seleccionadas. Este capítulo central es precedido por un estudio de los cambios que ha traído la globalización a la participación política y continuado por el penúltimo capítulo, que pone el énfasis en las dinámicas sociales y políticas en las que están inmersos los jóvenes, para cerrar con un último apartado de recapitulación y conclusiones. En cierto sentido, el libro tiene

una estructura circular al comenzar por el análisis de las tendencias estructurales que han transformado los modos clásicos de comprender la participación política y concluir re-visitando una perspectiva macro que sitúa la perspectiva de los actores en el marco de los condicionamientos y oportunidades que ofrecen las estructuras.

Ya desde el inicio, queda evidenciada la principal dificultad conceptual que enfrenta el autor para poder avanzar en su ambiciosa agenda de investigación: la condición juvenil es interpretada por los propios jóvenes como algo transitorio y por lo tanto no constituye un fin en sí mismo. El haber nacido en fechas más o menos próximas no convierte a las personas que comparten esa cualidad en un sujeto colectivo. Es muy difícil hablar de «los jóvenes» como sujetos políticos o de «la juventud» como proyecto político. Más aun, el fin de las identidades «fuertes» y de las biografías líneales, como bien explica Rossi, lejos de ser reemplazado por otras «señas de identidad» universales tiende a reforzar la fragmentación y aumentar las distancias que separan a quienes pertenecen a un mismo tramo etario. La globalización puede profundizar aún más este proceso acortando las distancias y haciendo que pueda haber mucho más en común entre dos jóvenes de clases medias-altas de dos partes opuestas del planeta que lo que puede haber entre esos jóvenes con sus coterráneos más desfavorecidos. Para complejizar más aún el panorama, el autor nos cita la vasta lista de autores que se ha encargado de demostrar cómo

se ha desdibujado la secuencialidad y el orden de los tramos vitales a los que estábamos acostumbrados siendo cada vez más frecuente la existencia de patrones tales como la juventud «extendida», la adultez «precoz», el «avance y retorno» entre la juventud y la adultez, todo lo cual no debe ser visto como algo patológico o disfuncional sino como expresiones de esta nueva modernidad tardía. Queda claro, pues, que la condición juvenil no puede ser definida por un rango etario y que, para que esta categoría adquiera fuerza explicativa, necesita considerar otros aspectos como el entorno, relaciones sociales y particularidades concretas.

Hechas estas aclaraciones, Rossi va al encuentro de sus casos seleccionados armado con sus tres preguntas que oficiarán de ejes transversales para el análisis. La variedad y particularidad de cada uno de los casos es tal que resulta difícil mantener una perspectiva integrada sobre el conjunto de los casos. No obstante, la riqueza de las experiencias analizadas aporta elementos interesantes y agudos para comprender los procesos de participación política y sus contextos. Los casos estudiados incluyen al movimiento social transnacional ATTAC en Argentina, el movimiento social local «Amigos de Talas» de Finlandia, la comunidad Klampún de Papua Nueva Guinea, el movimiento activista Aministía Internacional, los movimientos autónomos anti-globalización que tuvieron lugar en Estados Unidos, Argentina y Australia, tribus urbanas como los *graffiteros* y *punks* de México, los *hip hoppers* de Estados Unidos o los *okupas*

de Catalonia, organizaciones híbridas como la YWCA (Asociación Cristiana de Jóvenes Mujeres), el Parlamento Internacional de Jóvenes (IYP, International Youth Parliament), organizado por Oxfam Australia.

Más allá de constatar la heterogeneidad de la condición juvenil, el análisis transversal de los casos arroja algunos aprendizajes y preguntas interesantes. Por ejemplo, no es verdad que los jóvenes prefieran las organizaciones descentralizadas e informales. Existen muchas organizaciones estructuradas y formales que resultan altamente atractivas para canalizar inquietudes que sintonizan con lo que el autor llama los «intereses biográficos-profesionales» de los jóvenes. La familia, al igual que los vínculos estudiantiles e Internet son los principales canales para acercar a los jóvenes a sus experiencias de activismo y participación. Una vez iniciado el proceso participativo, existen tres factores que explican la permanencia y continuidad del joven en la organización. En primer lugar, una sintonía mutua, un «ida y vuelta» en las palabras del autor, entre la posibilidad de autorrealización que le ofrece la organización al joven y el aporte que éste realiza a su construcción. En segundo lugar, la posibilidad de ver materializado su aporte en cosas concretas, tangibles y visibles. (Nota: en Uruguay, un estudio reciente sobre la organización Un Techo Para Mi País muestra que el éxito en su capacidad de reclutamiento de voluntarios universitarios para la construcción de viviendas de emergencia tiene que ver en buena medida con esta posibilidad de hacer tangible y concreta la solidaridad. La

misma organización no tiene la misma capacidad de reclutamiento de voluntarios para las tareas de desarrollo comunitario y promoción social, cuyos resultados son menos materializables y supone procesos de largo aliento). En tercer lugar, la posibilidad de sentirse respetado y considerado en su individualidad sin perderse ni diluirse en el colectivo.

El análisis de los casos concluye con una constatación que no por obvia deja de interpelar al lector: los jóvenes que llegan a ocupar roles de alta decisión en las organizaciones estudiadas, no son cuestionadores del *status quo*. Esta situación remite al *para qué* de la participación juvenil y a su vinculación con

los procesos de transformación social. ¿Quiénes son los jóvenes que llegan a ocupar cargos de responsabilidad en las organizaciones? ¿Quiénes son los «premiados» y «promovidos» para compartir las decisiones con el mundo adulto? Todo parece indicar que son aquellos que logran moderar sus posturas, los menos radicales, los menos contestatarios, los más diplomáticos. El estudio vuelve a confirmarnos la transitoriedad de la condición juvenil y a recordarnos que, aun en el mundo aparentemente más contestatario, sigue reinando el adulto-centrismo.

Javier Pereira

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL URUGUAY

Construcción social de la discapacidad, de María Noel Míguez. Montevideo: Trilce, 2009, 88 págs.

En relación a la trayectoria de la autora se destaca que, en 1997, escribe su monografía de grado para la Licenciatura en Trabajo Social titulada «Diferentes culturas en un mismo hogar; niños sordos con padres sin antecedentes de discapacidad auditiva». Desde ese primer trabajo académico, la autora reconoce haber encontrado el impulso y la motivación para emprender el desafío de buscar, en

el campo del Trabajo Social, marcos de análisis y comprensión del tema. De esta forma transmite las interrogantes planteadas y las búsquedas emprendidas a través del análisis teórico en un amplio recorrido desde distintas perspectivas. Resulta interesante reconocer que uno de los ejes principales de preocupación esté puesto en la situación del niño con discapacidad auditiva, en su micro mundo de relaciones afectivas. Por tanto, sus reflexiones también prestan especial atención al análisis de la familia y muy particularmente a las familias de los niños sordos. Otro eje lo constituye el análisis de la coexistencia y convivencia de dos

culturas diferentes, así como la revisión de las formas y modos de comunicación. Su lectura invita a revisar aspectos comunicacionales jerarquizados a nivel social, que se limitan a satisfacer necesidades y usos de una sociedad de oyentes.

En el marco de la maestría en Servicio Social, producto del convenio entre la Universidad Federal de Río de Janeiro y la Universidad de la República del Uruguay, la autora profundiza en el tema de la discapacidad y realiza su tesis *Construcción social de la discapacidad* a través del par dialéctico integración-exclusión, la que se constituye en la base de esta publicación. En la introducción de la misma plantea que se trata del cuerpo teórico de la investigación llevada a cabo y que responde a un «interés personal por encontrar nuevas respuestas o posibilidades de intervención y especialmente, al desafío de encontrar categorías de análisis que sustentan la discapacidad como objeto de investigación.» Se ubica en el intento de redescubrir el par dialéctico integración y exclusión social, categorías fundamentalmente utilizadas para el estudio de la pobreza y la marginalidad.

A partir de esta definición y opción personal, el ensayo se organiza a partir de dos capítulos centrales en los que, primero, recorre y reconoce el devenir histórico de los conceptos, integración y exclusión social, en un esfuerzo por lograr un acercamiento al tema de la discapacidad. En segundo lugar, coloca la discapacidad como objeto de estudio reconociendo distintas concepciones y mitos atravesados por categorías tales como alteridad, otredad y accesibilidad e intenta redefinirlos como mediaciones que explican el tema. En este punto la autora advierte que su visión parte de la matriz hegeliana de unidad de contrarios, no en términos estrictos sino como

opuestos complementarios, partes de un mismo proceso.

El recorrido de la investigación recoge la voz de algunos clásicos que implícita o explícitamente han trabajado estos conceptos y las categorías de análisis: poder, ciudadanía y derechos. Si bien en la sociología clásica no le resulta posible hacer una referencia precisa a los conceptos, se detiene en la anomia de Durkheim, las formas de legitimar el poder de unos sobre otros de Weber y la exclusión socioeconómica de Marx. Su análisis articula y diferencia a Durkheim y Weber respecto de la trama social reconociendo que, para el primero, la cohesión une al individuo al todo social y por tanto la anomia surge por oposición a la conciencia colectiva; proceso horizontal dentro de la trama social. En cambio, según Weber, para los individuos que integran una sociedad estos valores operan como mandatos aceptando la dominación y por tanto generándose una verticalidad en la trama social. Por otra parte, Marx, que no alude a este par de forma explícita, es interpretado por la autora desde la mirada de la exclusión social, situación posible de constituirse en aquellos que no se insertan adecuadamente a lo exigido por la clase dominante. El concepto de exclusión social propiamente analizado por la sociología inicia su camino en la Escuela de Chicago hasta la contemporaneidad. La selección que realiza la autora recorre la Teoría de la Ecología Humana y establece un paralelismo entre segregación social y exclusión social centrándose en las dificultades que encuentran aquellos que no logran ajustarse a pautas socialmente preestablecidas.

En el siguiente escalón recoge al interaccionismo simbólico y sus formas de categorizar los desvíos en relación a los individuos considerados anómicos y a

las sociedades modernas entendiéndolas como no integradoras de lo diferente o desviado. También estos teóricos reconocen sanciones que la sociedad impone a quienes son vistos como diferentes del colectivo social. Menciona a Goffman y su concepto de estigma, que identifica a los sujetos desviados de las pautas colectivas.

En la sociología francesa reconoce a Michel Foucault como uno de los autores que se refiere a la incidencia del programa de la Modernidad a través de la civilización occidental y la racionalización de las normas que rigen a los individuos insertos en las sociedades. Surgiendo entonces el concepto de «anormalidad» para identificar a aquellos individuos que no se subordinan y disciplinan con las consecuentes sanciones institucionalizadas que permiten el control social de todos los individuos que integran las sociedades modernas. Al ubicarse en un análisis más contemporáneo de los conceptos de integración y exclusión social, sostiene que cada vez más son las personas que quedan por fuera de la normalidad definida por la ideología dominante.

La autora recoge los planteos de Rebellato, quien a su vez retoma planteos de Habermas respecto de la «colonización del mundo de la vida» ya que entiende que los mundos neoliberales han logrado penetrar y moldear el imaginario social y la vida cotidiana. Por tanto «quien no entra en la globalización queda por fuera de la historia» (32).

Manteniéndose en el análisis de autores contemporáneos, relaciona a Robert Castel con Rossanvallon, los planteos de la «nueva cuestión social» y por tanto las condiciones que generan y definen la exclusión de los individuos en una sociedad. Los ejes de análisis propuestos son: integración (garantía de

trabajo permanente, soporte de la estructura social) y el socio relacional (soporte de una protección aproximada: familia, vecindad, entre otros). Los niveles de firmeza de estos ejes pueden llevar a zonas de integración, vulnerabilidad, asistencia o desafiliación. Los autores uruguayos y brasileros discrepan con esta conceptualización de nueva cuestión social y se expresan más en el sentido de que se trata de nuevas manifestaciones de la misma cuestión social. En este sentido la autora recoge los planteos de Elimar Nascimento y las acepciones de exclusión social que propone: a) Excluidos desde un principio, ya sea por su color o religión, entre otros, que tienen formas de socialización particulares cuando sus diferencias no son aceptadas; b) No integrados en el mundo del trabajo, lo que implica la expulsión parcial o total del mundo de los derechos; c) La nueva exclusión, concepto que alude a los «sin derecho a tener derechos» (36).

Ya camino a cerrar el primer capítulo del texto, retoma los planteos de un teórico trascendente como Foucault, al tiempo de reconocer tres categorías de análisis que determinan los conceptos de integración y exclusión social: poder, ciudadanía y derechos. Si bien la autora no reconoce ni ubica a este autor en la matriz hegeliana, admite que su actitud problematizadora, lejos de facilismos y conformismos, lo colocan como referencia ineludible. Para Foucault, el poder se encuentra caracterizado por tres cualidades: su origen, su naturaleza básica y sus manifestaciones. Por tanto la conceptualización del poder, tanto como la consecuente asimetría de las relaciones, justifican a esta categoría analítica como mediadora del par dialéctico para la autora. Las personas con discapacidad, excluidas por la ideología dominante,

también excluyen a otros, constatándose la dialéctica de la integración y la exclusión social, ya que mientras se es excluido se puede estar integrado y así sucesivamente.

Cuando el lector se introduce en el segundo capítulo, se retoma la convicción de la autora de que «las ideas de la clase dominante son las legitimadas en cada lugar y época [...] y son las que determinan lo que es normal y lo que no y por otra parte analizar una temática compleja como la discapacidad implica posicionarse desde una postura relativista» (50). Así, distingue la discapacidad de acuerdo al tipo (física, mental o sensorial), origen (congénita o adquirida), por su carácter (definitiva, recuperable o compensable), en cuanto al grado (leve, moderada o severa) y por último en relación a su evolutividad (progresiva, estacionaria o regresiva). Son categorizaciones atravesadas por mediaciones, tales como la personalidad, las relaciones familiares, las condiciones socio-económicas, la cultura y el mercado. Nuevamente, la autora retoma los planteos de Foucault respecto de la distinción entre las «desviaciones» y las «conformidades» entendiéndolo que estos términos continúan vigentes.

Finalmente, abre un espacio para el análisis de determinaciones que considera básicas para el estudio de la discapacidad, a saber: a) otredad: concepto que permite ubicar a las personas con discapacidad dentro de los considerados dominados, definidos como anormales por un nosotros que se define como normal; b) alteridad: concepto que remite a lo ajeno; nosotros y los otros como opuestos y complementarios para el estudio de la discapacidad, construcción social producto de interpretaciones culturales de las desigualdades entre unos y otros; c) accesibilidad: que implica la posibilidad

de ser un sujeto con derecho a tener derechos. La exclusión social de las personas con discapacidad omite la consideración a partir de una mirada anclada en las habilidades que sí portan o poseen; y c) mitificación: delimitación del mito de la discapacidad como construcción dialéctica de la alteridad en tanto desigualdad.

La influencia de los medios masivos de comunicación transita por distintas etapas que según Miranda Redondo ponen en evidencia un manejo inadecuado de la discapacidad, transita desde el «paradigma de la rehabilitación» al «paradigma de la autonomía personal o vida independiente». En el primer caso, el discapacitado aparece como sujeto de protección o tutela, objeto de la intervención profesional de equipos de rehabilitación. En el segundo caso, el movimiento atribuye a las personas con discapacidad el poder de romper pronósticos de institucionalización y/o dependencia. La articulación de ambos paradigmas produce un cambio de mirada respecto a la concepción de la discapacidad. En la actualidad predomina la integración sobre el concepto de adaptación (72) rescatando en este punto expresiones que se viabilizan a través de resoluciones y convenciones, tanto de Naciones Unidas como de Organizaciones Interamericanas. Estos instrumentos jurídicos y políticos que promueven el bienestar y el respeto de los derechos de la población, parten de una ideología y su consiguiente particular interpretación. En este recorrido, en el que la discapacidad se constituye en el objeto de investigación a través del par dialéctico inclusión-exclusión social, la matriz hegeliana de pares dialécticos como opuestos complementarios resulta ser la elección metodológica.

Las principales virtudes y aportes al campo específico del trabajo pueden

sintetizarse de la siguiente forma. En primer lugar, se trata de un destacado esfuerzo por generar un campo de análisis específico para la construcción social de la discapacidad. En segundo lugar, la revisión teórica del tema, ordenada y generosa en la selección de aportes de distintos autores, se presenta de forma articulada y respeta el devenir histórico para el análisis propuesto. Tercero, si bien el recorrido por éstos introduce al lector alternadamente en densas construcciones teóricas, la autora lo «rescata» introduciendo reflexiones propias que agilizan y facilitan la retención ordenada de los distintos aportes. Cuarto, tradicionalmente el análisis del tema vinculado al área de la salud, encuentra a través de la «voz» de la autora, una sólida conceptualización. Quinto, como bien plantea a modo de justificación en la introducción, el interés personal por hallar nuevas respuestas y posibilidades de intervención resulta ser una meta que orienta y acompaña la lectura. Por tanto, el ensayo opera como «continente» no sólo de reflexiones y análisis teóricos sino que se impregna de reflexiones propias de una trayectoria profesional vinculada al área.

Analizar el contenido de un documento sobre la construcción social de la discapacidad podría tentarnos a identificar zonas no exploradas o planteadas con cierta debilidad. La complejidad de su abordaje siempre deja intersticios que podrían identificarse en el intento de encontrar aspectos no analizados. En este sentido, la atención está puesta en expresiones propias de la autora, de las que se rescata: «en lo personal, pese a los constantes esfuerzos por no caer en un etnocentrismo» (15), «importa reconocer que los planteos aparecen, por lo general unidireccionalmente, es decir desde la sociedad, hacia el discapacitado, lo que sería desde una posición pensada de saber hacia una de no saber» (52) alentando la expectativa de que futuros trabajos de investigación la alienten a conjugar sus hallazgos con expresiones propias de las personas con discapacidad. La búsqueda de la inclusión social como tarea transformadora, seguramente continúe siendo una meta para María Noel Míguez y signifique el impulso a nuevas construcciones y reflexiones.

Lida Blanc

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL URUGUAY

Normas de presentación de originales

La Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica de Uruguay llama a la presentación de trabajos inéditos para el tercer número de RECSO (Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Uruguay). Se trata de una publicación anual y arbitrada que recibe trabajos inéditos provenientes de la sociología, la ciencia política y el trabajo social.

- Artículos originales de investigación que traten investigación original o una actualización o discusión teórica de relevancia. Extensión aproximada de 9000 palabras.
- Ensayos sobre uno o más informes publicados en el área de la educación por instituciones, organismos o congresos de educación. Extensión aproximada de 2500 palabras.
- Ensayos bibliográficos sobre dos o más libros editados recientemente y vinculados entre sí por una temática común. Extensión aproximada de 4000 palabras.
- Reseñas bibliográficas de un solo libro recientemente editado. Extensión aproximada de 1500 palabras.
- Reseñas de tesis recientemente aprobadas. Extensión aproximada de 1500 palabras.

El comité editorial decidirá, sin conocer al autor del artículo, si el tema del trabajo coincide con la línea editorial de la revista. Una vez aprobado, será enviado de forma anónima a, al menos, dos árbitros externos para su evaluación. Estos árbitros no pueden conocer la identidad del autor y el autor no puede conocer la identidad de los árbitros. Esto se conoce como sistema de «doble ciego».

Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación del artículo. Al cabo de este período, hacen sus observaciones de acuerdo a estas posibilidades:

1. Publicar tal como está
2. Publicar con sugerencias
3. Publicar con modificaciones
4. No publicar

En todos los casos los árbitros escriben una breve argumentación que el editor le hace llegar al autor. En el caso en que se sugieran modificaciones, el autor tendrá un par de semanas para introducirlas. Finalmente los árbitros confirman que sus observaciones fueron contempladas. Los autores publicados recibirán dos ejemplares de la revista.

Para el dossier central, el Comité Editorial Asesor decidirá el tema y elegirá un editor invitado quien, a su vez, invitará a los autores, actuará como uno de los evaluadores y enviará el trabajo a un evaluador anónimo. En el caso en que lleguen artículos referidos al tema central, queda a decisión del editor invitado considerarlo como un artículo de la elección, previa autorización del autor, o enviarlo a dos evaluadores anónimos.

FORMATO

- Los trabajos deben presentarse en castellano o inglés, a doble espacio en letra Arial 12 en archivos «.doc» o «.rtf».
- Los autores deben adjuntar un cv abreviado con sus datos personales, dirección electrónica de contacto, su trayectoria profesional e institucional y sus publicaciones recientes.
- Los artículos deben incluir el título del trabajo, nombre del autor (o autores) y su afiliación institucional, además de un resumen de 120 palabras de todo el artículo junto con una selección de cuatro palabras clave. Resumen y palabras clave deben ser escritos en español e inglés.
- Las referencias bibliográficas deben aparecer en el cuerpo del texto y entre paréntesis figurando el apellido del autor (Arnold) junto con el año de edición en caso en que se trate de más de un trabajo (Arnold 2005). Si la referencia es textual debe aparecer el texto entrecomillado agregando en la referencia el número de página donde figura (Arnold, 93) o (Arnold 2005, 93). Si la referencia textual siguiente es del mismo autor y obra pero figura en otra página, sólo se incluye el número de página al final de la cita (95).
- Si la referencia es textual y sobrepasa las cinco líneas, debe aparecer en párrafo aparte y con sangrado, con la referencia al final del párrafo y siguiendo las mismas normas mencionadas.
- Los artículos deben incluir al final una bibliografía final de acuerdo a las siguientes reglas:

Libro de un autor:

Harvey, David. *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.

Artículo en un libro de artículos:

Monsiváis, Carlos. «Ciudadanía y violencia urbana: pesadillas al aire libre» en Rotker, Susana *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad, 2000, pp. 231-36.

Artículo en una revista

Goodrich, Heidi. «Understanding rubrics» en *Educational Leadership*, Vol.57 n.5, 2000, pp.25-33.

Autor corporativo:

UNESCO. *Informe de seguimiento de la educación para todos en el mundo 2005*. París, 2005. Disponible en <http://portal.unesco.org/education/es/>. (Accedido el 26 de enero de 2011).

Fecha límite de presentación: 1 de agosto de 2011

CIENCIAS SOCIALES

Facultad de Ciencias Humanas

- Departamento de Sociología y Trabajo Social
- Departamento de Ciencia Política
- Programa de Gerontología Social
- Instituto de Investigación sobre Integración, Pobreza y Exclusión Social (IPES)
- Instituto de Estudios del Desarrollo Regional y Local (IDEL)



Carreras de grado

- Licenciatura en Sociología
- Licenciatura en Ciencia Política
- Licenciatura en Servicio Social

Título intermedio

- Analista en Ciencias Sociales

Maestrías y Postgrados

- Comunicación Política y Gestión de Campañas Electorales

Facultad de Ciencias Humanas

Área Ciencias Sociales
Avda 8 de Octubre 2738
487 2717 ints: 220 y 369
deptoccss@ucu.edu.uy

ucu.edu.uy



Universidad
Católica